

RAFAEL MARÍA DE BALBÍN

LIBERTAD PARA LA VIDA

UNIVERSIDAD MONTEÁVILA

© 2001. Rafael María de Balbín
Universidad Monteávila. Caracas

ISBN 980-07-7513-3
Depósito legal IF2522001100921

Impreso en Caracas, en los talleres de

Este libro, LIBERTAD PARA LA VIDA, se publica con el *nihil obstat* del censor Pbro. Alfonso Alfonso Vaz (2-V-2001) y con el *imprimatur* de Mons. Nicolás Bermúdez Villamizar, Obispo Auxiliar de Caracas (4-V-2001).

SUMARIO

Presentación.....

I. Vivir y dejar vivir.....

Un canto a la vida.....

Nuevas amenazas.....

Raíces de violencia.....

Devaluación de la vida.....

Un remedo de libertad.....

Doble eclipse.....

Precariedad.....

Dignidad humana.....

¿Vivir o durar?.....

Toda vida humana tiene doliente.....

Tres responsabilidades.....

Débil, pero con dignidad.....

Una ley para la vida.....

No matarás.....

Asesinados en la oscuridad.....

Amores que matan.....

Al César y a Dios.....

Promover la vida.....

Un pueblo de vivos.....

Anunciar la vida.....

Celebrar.....

En servicio de la vida.....

Un cambio cultural.....

Para todos.....

Un homenaje a la paz.....

II. Libertad en familia.....

En defensa de la vida y de la familia.....

El ámbito familiar.....

Hedonismo.....

Sarna con gusto.....

Sexo y familia.....

La alianza conyugal.....

Fidelidad matrimonial.....

Mala metafísica.....

Un amor fiel y fecundo.....

Persona y familia.....

La vida como regalo.....

III. Libertad personal.....

Crisis moral y crisis de la moral.....

Pregunta importante.....

Verdaderamente bueno.....

Sólo para el que quiera.....

Nostalgia de plenitud.....

Vigencia de la ley natural.....

Libres en verdad.....

Coherencia.....

Mártires.....

Derechos humanos y ley moral.....

Nació el Redentor.....

Y habitó entre nosotros.....

Aprender a amar.....

Liberados.....

Libertad solidaria.....

¡Viva la libertad!.....

La libertad es democrática.....

Libremente responsables.....

Libertad para los laicos.....

¿Libertad para pecar?.....

Una libertad no alienada.....

Liberación y salvación.....

Con ayuda.....

Libertad amenazada.....

Virtudes devaluadas.....

IV. Libertad para trabajar.....

Sobre el ocio y el negocio.....

Hacia una armonía.....

Trabajo y dignidad del hombre.....

Una nueva mentalidad laboral.....

La enseñanza bíblica acerca del trabajo.....

Trabajo y misión humana.....

Trabajo y contemplación.....

Miedos.....

¿A la felicidad por la electrónica?.....

¿Libre mercado o mercado libre?.....

Vivir con dignidad.....

Vocación universal.....

Elegidos.....

¿Optimismo?.....

Mensaje comprometedor.....

Dimensiones de progreso.....

Constructores de la sociedad.....

Apertura.....

Una jornada en Guanare.....

PRESENTACIÓN

A lo largo de todo este libro se hace eco a las enseñanzas de Juan Pablo II acerca del Evangelio de la vida, la familia, la verdad y la libertad. También a sus enseñanzas con motivo de su última venida a Venezuela

Aquí se trata acerca de la libertad en relación a la vida humana. En primer lugar, como un gran don de Dios, que merece por nuestra parte toda valoración y agradecimiento. Una vida que es buena no sólo en su despliegue temporal en este mundo, sino también en su culminación con la eterna contemplación de Dios. La vida humana, toda vida humana, merece consideración, respeto y amor: el derecho a la vida es un derecho humano básico y fundamental. Es preciso contrarrestar la difusión de la *cultura de la muerte* con una auténtica promoción y servicio a la vida.

Dar libertad a la vida adquiere pleno sentido en la familia, que no es un convencionalismo social sino el entrañable ámbito donde la vida comienza y se cultiva. La fidelidad, el amor, el aprecio de cada persona singular en cuanto tal, tienen su primer y mejor despliegue en el seno de la familia.

La libertad de que venimos hablando es una perfección esencial de cada persona. La vida humana tiene una finalidad y un sentido en la libre prosecución del bien. La libertad no es un juego ni un capricho sino el modo humano de alcanzar la excelencia de la vida en el servicio generoso, en el don de sí a Dios y a los demás hombres.

La vida de cada hombre implica una tarea: no es un transcurso temporal vacío, hay un trabajo que realizar, en desarrollo de los propios talentos. Este despliegue no es primordialmente pragmático: supone la perfección de la tarea, la maduración del hombre trabajador, la búsqueda de la gloria de Dios y del bien del prójimo.

Así procuramos la plenitud de la vida personal. Y si ésta tiene un marco terreno y temporal, lo trasciende en sus intenciones y en sus logros con la ayuda de la gracia divina.. Según una profunda consideración del Papa, que cada uno puede hacer suya: “Yo no puedo añadir años a mi vida, pero puedo añadir vida a mis años”.

I. VIVIR Y DEJAR VIVIR

Un canto a la vida

“El *Evangelio de la vida* está en el centro del mensaje de Jesús. Acogido con amor cada día por la Iglesia, es anunciado con intrépida fidelidad como buena noticia a los hombres de todas las épocas y culturas”. Así comienza el Papa Juan Pablo II su encíclica *Evangelium vitae*, que constituye una apasionada apología de la vida como don de Dios al hombre.

La vida humana viene presentada en su itinerario total, no en la perspectiva limitante de unos pocos años. “El hombre está llamado a una plenitud de vida, que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la *grandeza* y el *valor* de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad”¹. La creencia en la vida perdurable después de la muerte no quita su valor a la vida terrena, sino que por el contrario la potencia, cuando “subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y la mujer. En verdad, ésa no es realidad <<última>>, sino <<penúltima>>; es realidad sagrada, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos”².

El gozoso anuncio del valor de la vida encuentra un eco profundo en el corazón de toda persona de buena voluntad. “Todo hombre, abierto sinceramente a la verdad y al bien, aun entre dificultades e incertidumbres, con la luz de la razón y no sin el influjo secreto de la gracia, puede llegar a descubrir en la ley natural escrita en su corazón³ el valor sagrado

¹ Enc. *Evangelium vitae*, n. 2.

² *Ibidem*.

³ Cf. *Romanos* 2, 14-15.

de la vida humana, desde su inicio hasta su término, y afirmar el derecho de cada ser humano a ver respetado totalmente este bien primario suyo”⁴. Sin el reconocimiento de este derecho humano básico toda la convivencia social se vendría abajo.

En el “*valor incomparable de cada persona humana*”⁵ se refleja el amor creador y salvador de Dios hacia el hombre. La valoración y la defensa de la vida humana ocupa un lugar primordial en el anuncio de la *buena nueva* a todos los hombres. “El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio”⁶.

Nuevas amenazas

Es demasiado frecuente que nos lleguen noticias de atentados terroristas, en los que, por razones inverosímiles se ha quebrantado la vida, indiscriminadamente, de numerosas personas inocentes. Son hechos de estilo demencial que no parecerían posibles si de hecho no hubieran ocurrido. El anuncio del *Evangelio de la vida* “es particularmente urgente ante la impresionante multiplicación y agudización de las amenazas a la vida de las personas y de los pueblos, especialmente cuando ésta es débil e indefensa. A las tradicionales y dolorosas plagas del hambre, de las enfermedades endémicas, la violencia y las guerras, se añaden otras, con nuevas facetas y dimensiones inquietantes”⁷. Los atentados y amenazas contra la vida humana que denunció el Concilio Vaticano II siguen siendo deplorablemente actuales: “Todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes, también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran

⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 2.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Evangelium vitae*, n. 3.

más a quienes las practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador”⁸.

Y no es sólo que haya más numerosos y mayores medios tecnológicos con los que atender contra la frágil vida humana. Tanto o más preocupante es el cambio de mentalidad: “se va delineando y consolidando una nueva situación cultural, que confiere a los atentados contra la vida *un aspecto inédito y -podría decirse- aún más inicuo*, ocasionando ulteriores y graves preocupaciones: amplios sectores de la opinión pública justifican algunos atentados contra la vida en nombre de los derechos de la libertad individual, y sobre este presupuesto pretenden no sólo la impunidad, sino incluso la autorización por parte del Estado, con el fin de practicarlos con absoluta libertad y además con la intervención gratuita de las estructuras sanitarias”⁹. La legislación se encoge de hombros ante la violación de derechos humanos elementales; y la medicina, orientada constitutivamente hacia la vida, se pone al servicio de la *cultura de la muerte*.

La deformación de esas conciencias lleva a oscurecer los imperativos de la ley moral. El genetista francés Jerome Lejeune, mundialmente conocido por sus investigaciones bioquímicas, respondía así a una pregunta sobre la fecundación *in vitro*: “Es un curioso adelanto de nuestra civilización. Primero se creó la píldora, y luego se llegó a la fecundación *in vitro*. Parecería que no tienen nada que ver, porque la píldora es para impedir la fecundidad y la fecundación *in vitro* para restablecerla. Si uno reflexiona un poco, se da cuenta de que en ambos casos se da un uso imprudente de la facultad que tenemos de separar la reproducción de la unión sexual. La píldora es para *hacer* el amor sin hacer al niño, la fecundación *in vitro* es para *hacer* el niño sin hacer el amor. El aborto es matar al niño; y la pornografía es deshacer el amor. Uno advierte que esas cuatro prácticas son contrarias tanto al niño como a la madre”.

Raíces de violencia

Hace ya muchos milenios desde que se produjo el primer asesinato de la Historia: “Cuando estaban en el campo, se lanzó Caín contra su hermano Abel y lo mató”¹⁰. La vida es presupuesto para todo el perfeccionamiento y desarrollo de la misión de la persona

⁸ Const. *Gaudium et spes*, n. 27.

⁹ Enc. *Evangelium vitae*, n. 4.

¹⁰ *Génesis* 4, 8.

humana. Y sin embargo ¡cuántas veces una vida humana, llena todavía de posibilidades inéditas, es tronchada por el golpe cruel de la violencia!

Dios creador nos regala el don de la vida. Quiere que vivamos, hagamos fructificar la propia vida y ayudemos solidariamente a la vida de los demás: “No fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes; El todo lo creó para que subsistiera... Porque *Dios creó al hombre para la incorruptibilidad*, lo hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo *entró la muerte en el mundo*, y la experimentan los que le pertenecen”¹¹.

Juan Pablo II¹² comenta el diálogo de Dios con Caín, a quien recuerda su libertad frente al mal y el deber de dominar la tentación. “Los celos y la ira prevalecen sobre la advertencia del Señor, y así Caín se lanza contra su hermano y lo mata”. Y esto ha sucedido después demasiadas veces en la historia de la humanidad. “*El hermano mata a su hermano*. Como en el primer fratricidio, en cada homicidio se viola el parentesco <<espiritual>>, que agrupa a los hombres en la única gran familia humana, donde todos participan del mismo bien fundamental: la idéntica dignidad personal. Además, no pocas veces se viola el parentesco <<de carne y sangre>>, por ejemplo, cuando las amenazas a la vida se producen en la relación entre padres e hijos, como sucede en el aborto o cuando, en un contexto familiar o de parentesco más amplio, se favorece o procura la eutanasia”¹³. Cuando el hombre se revela contra Dios acaba también atentando violentamente contra la vida de sus semejantes, “*se cede a la lógica del maligno*”¹⁴, que <<era homicida desde el principio>>¹⁵.

Cuando Dios pide cuentas al homicida Caín, éste se encoge mentirosamente de hombros: <<No sé. ¿Soy yo acaso guardián de mi hermano?>>¹⁶. Ningún hombre debe eludir la solidaridad hacia la vida de los demás hombres, pues *sí* somos guardianes, responsables, del bien de los hermanos; “la sangre del asesinado clama justicia a Dios (...); quien atenta contra la vida del hombre, de alguna manera atenta contra Dios mismo”¹⁷. El

¹¹ *Sabiduría* 1, 13-14; 2, 23-24.

¹² Enc. *Evangelium vitae*, n. 8.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ *Juan* 8, 44.

¹⁶ *Génesis* 4, 9.

¹⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 9.

relato del Génesis muestra cómo Caín es maldecido y castigado por Dios, pero con una justicia misericordiosa, que da ocasión para el arrepentimiento del pecador¹⁸.

Devaluación de la vida

En todas las épocas de la ya larga historia de la humanidad ha habido atentados contra la vida humana: “*La voz de la sangre derramada por los hombres no cesa de clamar, de generación en generación, adquiriendo tonos y acentos diversos y siempre nuevos*”¹⁹. Hay amenazas a la vida que proceden de la naturaleza misma, agravadas por la desidia culpable; y otras que proceden del egoísmo y del odio: la injusta distribución de los bienes materiales, las guerras y el tráfico de armas, la difusión criminal de la droga, las prácticas sexuales desordenadas y perniciosas para el individuo y la familia²⁰.

Es preciso también poner la atención “en *otro género de atentados*, relativos a la vida naciente y terminal, que presentan *caracteres nuevos respecto al pasado y suscitan problemas de gravedad singular*, por el hecho de que tienden a perder, en la conciencia colectiva, el carácter de <<delito>> y a asumir padójicamente el de <<derecho>>, hasta el punto de pretender con ello un verdadero y propio *reconocimiento legal por parte del Estado y la sucesiva ejecución mediante la intervención gratuita de los mismos agentes sanitarios*”²¹. Estos atentados son principalmente el aborto y la eutanasia, que se dirigen contra las personas más débiles y desprotegidas. El modo de pensar que se viene apreciando en muchos ambientes “se puede considerar como una verdadera y auténtica *estructura de pecado*, caracterizada por la difusión de una cultura contraria a la solidaridad, que en muchos casos se configura como verdadera <<cultura de muerte>>”²².

La mentalidad que admite el aborto voluntario está muy relacionada con la que propugna la anticoncepción, aunque otra cosa pudiera parecer; “en muchísimos casos, estas prácticas tienen sus raíces en una mentalidad hedonista e irresponsable respecto a la sexualidad y presuponen un concepto egoísta de libertad que ve en la procreación un obstáculo al desarrollo de la propia personalidad”²³. También las técnicas de reproducción

¹⁸ Cf. *Ibidem*.

¹⁹ JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 10.

²⁰ Cf. *Ibidem*.

²¹ *Ibidem*, n. 11.

²² *Ibidem*, n. 12.

²³ *Ibidem*, n. 13.

artificial, que parecieran estar al servicio de la vida, dan ocasión a nuevos atentados contra ella: son muchos los embriones que *se quedan por el camino*²⁴. “Amenazas no menos graves afectan a los *enfermos incurables* y a los *terminales*, en un contexto social y cultural que, haciendo más difícil afrontar y soportar el sufrimiento, agudiza *la tentación de resolver el problema del sufrimiento eliminándolo en su raíz*, anticipando la muerte al momento considerado como más oportuno”²⁵.

A todo esto se une el *imperialismo demográfico* que lleva a países poderosos a ofrecer (e imponer) a los menos desarrollados la *panacea* de la anticoncepción, la esterilización y el aborto²⁶. No se trata de atentados aislados, sino de una mentalidad y una praxis devaluadoras de la vida; “se trata de *amenazas programadas de manera científica y sistemática*. El siglo XX será considerado una época de ataques masivos a la vida, una serie interminable de guerras y una destrucción permanente de vidas inocentes. Los falsos profetas y los falsos maestros han logrado el mayor éxito posible”²⁷.

Un remedo de libertad

Van a eliminar los feos, decía una canción que estuvo de moda hace años. Esa broma siniestra parece haberse hecho realidad en las legislaciones y costumbres que favorecen, en muchos lugares, el aborto y la eutanasia. Es sorprendente que, en los numerosos atentados contra la vida humana que jalonan nuestro siglo y civilización, no haya solamente motivaciones o circunstancias individuales más o menos explicables o atenuantes sino “la tendencia, cada vez más frecuente, a interpretar estos delitos contra la vida como *legítimas expresiones de la libertad individual, que deben reconocerse y ser protegidas como verdaderos y propios derechos*”²⁸.

Es paradójico que en una época en que se habla tanto de los derechos humanos, se atente contra el básico derecho a la vida “en particular en los momentos más emblemáticos de la existencia, como son el nacimiento y la muerte”²⁹. El anciano y el recién concebido son los seres humanos más frágiles y desprotegidos. La forma más intolerable de

²⁴ Cf. *Ibidem*, n. 14.

²⁵ *Ibidem*, n. 15.

²⁶ Cf. *Ibidem*, n. 16.

²⁷ *Ibidem*, n. 17.

²⁸ JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 18.

²⁹ *Ibidem*.

discriminación es aquella en que una minoría poderosa decide, no se sabe en nombre de qué derecho, quiénes deben vivir y quiénes deben morir. La *cultura de muerte* se manifiesta en una prepotencia del fuerte, que en mal uso de su libertad atenta contra la vida del débil.

Mi libertad es un regalo de Dios, no para el servicio de mi egolatría, sino para el don de sí y la apertura solidaria a los hermanos. La libertad no está en el juego caprichoso o individualista, en que se destruye a sí misma y -de paso- a los demás. Solamente la guía de la verdad puede impedir el galope errático de la fuerza poderosa de una libertad sin sentido: “la libertad reniega de sí misma, se autodestruye y se dispone a la eliminación del otro, cuando no reconoce ni respeta su *vínculo constitutivo con la verdad*. Cada vez que la libertad, queriendo emanciparse de cualquier tradición y autoridad, se cierra a las evidencias primarias de una verdad objetiva y común, fundamento de la vida personal y social, la persona acaba por asumir como única e indiscutible referencia para sus propias decisiones no ya la verdad sobre el bien y el mal, sino sólo su opinión subjetiva y mudable o, incluso, su interés egoísta y su capricho”³⁰.

Si no hay unos valores fundamentales y universales, si el bien y el mal quedan al arbitrio de una libertad poderosa y relativista, la convivencia social se desintegra ante el atropello insolidario. Aunque las decisiones homicidas se tomen por mayoría de votos. “¿Cómo es posible hablar todavía de dignidad de toda persona humana, cuando se permite matar a la más débil e inocente? ¿En nombre de qué justicia se realiza la más injusta de las discriminaciones entre las personas, declarando a algunas dignas de ser defendidas, mientras a otras se niega esta dignidad?”³¹.

Cobra realidad el viejo dicho: *Libertad, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!* “Reivindicar el derecho al aborto, al infanticidio, a la eutanasia, y reconocerlo legalmente, significa atribuir a la libertad humana *un significado perverso e inicuo: el de un poder absoluto sobre los demás y contra los demás*. Pero ésta es la muerte de la verdadera libertad: <<En verdad, en verdad os digo: todo el que comete pecado es un esclavo>>^{32,33}.

Doble eclipse

³⁰ *Ibidem*, n. 19.

³¹ *Ibidem*, n. 20.

³² *Juan* 8, 34.

³³ *Ibidem*, n. 20.

No me refiero a ningún insólito fenómeno astronómico, sino a un hecho más dramático, que señala Juan Pablo II en la sociedad contemporánea: “*el eclipse del sentido de Dios y del hombre*”³⁴, destacando su mutua relación: “*perdiendo el sentido de Dios, se tiende a perder también el sentido del hombre, de su dignidad y de su vida*”³⁵. Es lo que ya afirmaba escuetamente el Concilio Vaticano II: “La criatura sin el Creador desaparece... Más aún, por el olvido de Dios la propia criatura queda oscurecida”³⁶. Lo más característico del misterio de cada hombre, como persona creada a imagen y semejanza de Dios, se difumina en el nivel horizontal de una realidad técnicamente manipulable. “El eclipse del sentido de Dios y del hombre conduce inevitablemente al *materialismo práctico*, en el que proliferan el individualismo, el utilitarismo y el hedonismo”³⁷. “En realidad, viviendo <<como si Dios no existiera>>, el hombre pierde no sólo el misterio de Dios, sino también el del mundo y el de su propio ser”³⁸.

De esta manera se desconoce el valor humano y cristiano del sufrimiento llevado con amor, se busca en la sexualidad la mera satisfacción egoísta y “*las relaciones interpersonales* experimentan un grave empobrecimiento”³⁹. “Los primeros que sufren sus consecuencias negativas son la mujer, el niño, el enfermo o el que sufre y el anciano”⁴⁰.

El Redentor del hombre se ha solidarizado con todos nuestros sufrimientos: “Vosotros, en cambio, os habéis acercado al Monte Sión, a la ciudad del Dios vivo... al mediador de una Nueva Alianza, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel”⁴¹. “La sangre de Cristo, *mientras revela la grandeza del amor del Padre, manifiesta qué precioso es el hombre a los ojos de Dios y qué inestimable el valor de su vida*. (...) Además la sangre de Cristo manifiesta al hombre que su grandeza, y por tanto su vocación, consiste en el don sincero de sí mismo”⁴²

“Es en la sangre de Cristo donde todos los hombres encuentran *la fuerza para comprometerse en favor de la vida*”⁴³. Son abundantes en nuestro tiempo, contrastando con

³⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 21.

³⁵ *Ibidem*.

³⁶ Const. *Gaudium et spes*, n. 36.

³⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 23.

³⁸ *Ibidem*, n. 22.

³⁹ *Ibidem*, n. 23.

⁴⁰ *Ibidem*.

⁴¹ *Hebreos* 12, 22.24.

⁴² *Ibidem*, n. 25.

⁴³ *Ibidem*.

las sombras, las luces de múltiples personas e instituciones comprometidas a favor de la vida, promotoras de una *cultura de la vida* que deje atrás la *cultura de la muerte*. Pero es precisa una clara opción: “Mira, yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia...; te pongo delante de ti vida o muerte, bendición o maldición (...). Yo te prescribo hoy que *ames al Señor tu Dios, que sigas sus caminos y guardes sus mandamientos*, preceptos y normas (...). Escoge la vida, para que vivas, tú y tu descendencia, amando al Señor tu Dios, escuchando su voz, viviendo unido a él; *pues en eso está tu vida*, así como la prolongación de tus días”⁴⁴.

Precariedad

Un conjunto de limitaciones, que afectan a la vida de cada persona y de la humanidad entera, hace que podamos hablar de pequeñez y de precariedad. Somos limitados: en fuerzas y capacidad, en tiempo, en realizaciones. ¡Cuántas veces nuestros hechos quedan por debajo de nuestras intenciones y promesas! Sin embargo sería tonto rebelarse contra esta realidad de nuestra imperfección: conviene que nos esforcemos por dar lo mejor de nosotros mismos, pero, al no lograrlo, tampoco hay por qué pensar que la vida no tiene sentido. Con limitaciones y todo, la vida es siempre un buen regalo. Y para remediar nuestras deficiencias Dios se ha inclinado hacia nosotros: “<<Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva>>⁴⁵. Con estas palabras del profeta Isaías⁴⁶, Jesús presenta el significado de su propia misión. Así quienes sufren a causa de una existencia de algún modo <<disminuída>>, escuchan de El la buena nueva de que Dios se interesa por ellos, y tienen la certeza de que también su vida es un don celosamente custodiado en las manos del Padre^{47,48}.

Reconocer las propias limitaciones es un primer paso para impetrar la ayuda divina, y también una invitación que recibimos para vivir la solidaridad con el prójimo necesitado. Sólo quien experimenta la precariedad de su valía puede colocarse en el *lugar* del otro, com-padecer al hermano. Y esto en las penurias materiales y también en esos otros

⁴⁴ Deuteronomio 30, 15-20.

⁴⁵ Lucas 7, 22.

⁴⁶ 35, 5-6; 61, 1.

⁴⁷ Cf. Mateo 6, 25-34.

⁴⁸ JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 32.

problemas que afectan existencialmente a las personas: los errores, los desengaños; el pecado, profunda raíz de todos los males. “La palabra y las acciones de Jesús y de su Iglesia no se dirigen sólo a quienes padecen enfermedad, sufrimiento o diversas formas de marginación social, sino que conciernen más profundamente al sentido mismo de la vida de cada hombre en sus dimensiones morales y espirituales. Sólo quien reconoce que su propia vida está marcada por la enfermedad del pecado, puede redescubrir, en el encuentro con Jesús Salvador, la verdad y autenticidad de su existencia, según sus mismas palabras: <<No necesitan médico los que están sanos, sino los que están mal. No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores>>”⁴⁹.

Estas reflexiones adquieren una especial validez con el entorno de una sociedad materialista y deshumanizante. El estilo consumista parece asegurar una suficiencia a la propia vida, pero es provisional, precaria. La adicción al dinero y a los bienes materiales camufla las auténticas carencias personales. La persona no vale por lo que *tiene*, sino por lo que *es*. Lo contrario no deja de ser un espejismo, por muy difundido que esté: quien cree que puede asegurar su vida mediante la acumulación de bienes materiales, como el rico agricultor de la parábola evangélica, en realidad se engaña. La vida se le está escapando, y muy pronto se verá privado de ella sin haber logrado percibir su verdadero significado: <<¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?>>⁵⁰”⁵¹.

Dignidad humana

La vida de cada hombre es un gran bien. Y lo es no por ser una parte más o menos ínfima del enorme cosmos sideral, o un producto complejo y versátil de una cadena evolutiva biológica. Sino porque el hombre obedece a un proyecto y a una acción especial de Dios.

“¿*Por qué la vida es un bien?* La pregunta recorre toda la Biblia, y ya desde sus primeras páginas encuentra una respuesta eficaz y admirable. La vida que Dios da al hombre es original y diversa de la de las demás criaturas vivientes, ya que el hombre,

⁴⁹ *Ibidem*.

⁵⁰ *Lucas* 12, 20.

⁵¹ Cf. Enc. *Evangelium vitae*, *Ibidem*.

aunque proveniente del polvo de la tierra es manifestación de Dios en el mundo, signo de su presencia, resplandor de su gloria. Es lo que quiso acentuar también San Ireneo de Lyon con su célebre definición: <<El hombre que vive es la gloria de Dios>>. Al hombre se le ha dado *una altísima dignidad*, que tiene sus raíces en el vínculo íntimo que lo une a su Creador: en el hombre se refleja la realidad misma de Dios”⁵².

Hay, pues, una diferencia cualitativa inmensa entre la vida humana, y las otras manifestaciones de vida que enriquecen nuestro mundo. Y si es razonable y conveniente la defensa y conservación del medio ambiente, ello es especialmente por relación y consideración hacia el hombre. La *ecología humana* ennoblece y da sentido a los demás entornos naturales. “En el relato bíblico, la distinción entre el hombre y las demás criaturas se manifiesta sobre todo en el hecho de que sólo su creación se presenta como fruto de una especial decisión por parte de Dios, de una deliberación que establece un *vínculo particular y específico con el Creador*: <<Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra>>⁵³. *La vida que Dios ofrece al hombre es un don con el que Dios comparte algo de sí mismo con la criatura*”⁵⁴. La persona humana emerge por encima del resto del universo: por su inteligencia, por su voluntad libre, por su alma espiritual e inmortal. No hay nada semejante en el catálogo del resto de los seres.

El proyecto divino inicial se oscureció por el pecado, con el que el hombre idolatró a las criaturas: <<Cambiaron la verdad de Dios por la mentira, y adoraron y sirvieron a la criatura en vez de al Creador>>⁵⁵. La dignidad humana es así desconocida en uno mismo y en los demás. “De este modo, el ser humano no sólo desfigura en sí mismo la imagen de Dios, sino que está tentado de ofenderla en los demás, sustituyendo la relaciones de comunión por actitudes de desconfianza, indiferencia, enemistad, llegando al odio homicida. Cuando no se reconoce a *Dios como Dios*, se traiciona el sentido profundo del hombre y se perjudica la comunión entre los hombres”⁵⁶.

Sin embargo hubo una restauración, una re-creación de la dignidad perdida, que llevó a cabo el Redentor del hombre. “La plenitud de vida se da a cuantos aceptan seguir a Cristo. En ellos la imagen divina es restaurada, renovada y llevada a perfección. Este es el

⁵² JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 34.

⁵³ *Génesis* 1, 26.

⁵⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 34.

⁵⁵ *Romanos* 1, 25.

⁵⁶ Enc. *Evangelium vitae*, n. 36.

designio de Dios sobre los seres humanos: que <<reproduzcan la imagen de su Hijo>>⁵⁷. Sólo así, con el esplendor de su imagen, el hombre puede ser liberado de la esclavitud de la idolatría, puede reconstruir la fraternidad rota y reencontrar su propia dignidad”⁵⁸.

¿Vivir o durar?

Vivir no es solamente prolongarse a través del tiempo. Vivir no es solamente durar. La calidad de la vida, su intensidad y perfección hace que sea un bien verdadero; y que no podamos llegar a exclamar: ¡esto no es vida!

En esta línea se mueven algunas consideraciones de Juan Pablo II⁵⁹: “La vida que el Hijo de Dios ha venido a dar a los hombres no se reduce a la mera existencia en el tiempo. La vida que desde siempre está <<en El>> y es <<la luz de los hombres>>⁶⁰, *consiste en ser engendrados por Dios y participar de su amor: <<A todos los que lo recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre; el cual no nació de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios>>⁶¹”.*

Se trata de una vida no sólo material, del cuerpo; sino también del alma espiritual y de sus mejores posibilidades. Es una elevación, por la gracia, a participar ya en la tierra de la misma vida de Dios. La vida eterna “no se refiere sólo a una perspectiva supratemporal. <<Eterna>> es la vida que Jesús promete y da, porque es participación plena de la vida del <<Eterno>> (...). Conocer a Dios y a su Hijo es acoger el misterio de la comunión de amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en la propia vida, que *ya desde ahora* se abre a la vida eterna por la *participación en la vida divina*”⁶².

Por eso, cuando decimos que *la vida merece vivirse* no nos referimos sólo a su bondad fisiológica, su prolongación cronológica o sus logros externos; “la vida eterna es la vida misma de Dios y a la vez la *vida de los hijos de Dios*. Un nuevo estupor y una gratitud sin límites se apoderan necesariamente del creyente ante esta inesperada e inefable verdad que nos viene de Dios en Cristo. Así *alcanza su culmen la verdad cristiana sobre la vida*.

⁵⁷ Romanos 8, 29.

⁵⁸ Enc. *Evangelium vitae*, n. 36.

⁵⁹ Enc. *Evangelium vitae*, n. 37.

⁶⁰ Juan 1, 4.

⁶¹ Juan 1, 12-13.

⁶² Enc. *Evangelium vitae*, n. 37.

Su dignidad no sólo está ligada a sus orígenes, a su procedencia divina, sino también a su fin, a su destino de comunión con Dios en su conocimiento y amor”⁶³.

El amor a la vida tiene así unos dilatadísimos horizontes, muy superiores al mero *instinto de conservación*. “En esta perspectiva, el amor que todo ser humano tiene por la vida no se reduce a la simple búsqueda de un espacio donde pueda realizarse a sí mismo y entrar en relación con los demás, sino que se desarrolla en la gozosa conciencia de poder hacer de la propia existencia el <<lugar>> de la manifestación de Dios, del encuentro y la comunión con El. La vida que Jesús nos da no disminuye nuestra existencia en el tiempo, sino que la asume y conduce a su destino último: <<Yo soy la resurrección y la vida...; todo el que vive y cree en mí no morirá jamás>>^{64,65}.

Toda vida humana tiene doliente

Y esos dolientes no son solamente los familiares y los amigos. Sino en primer lugar el mismo Dios. “La vida del hombre proviene de Dios, es su don, su imagen e impronta, participación de su soplo vital. Por tanto, *Dios es el único señor de esta vida*: el hombre no puede disponer de ella. Dios mismo lo afirma a Noé después del diluvio: <<Os prometo reclamar vuestra propia sangre: la reclamaré a todo animal y al hombre: a todos y a cada uno reclamaré el alma humana>>^{66,67}.

La soberanía divina sobre la vida humana no se desenvuelve “como voluntad amenazante, sino como *cuidado y solicitud amorosa* hacia sus criaturas”⁶⁸. Dios quiere la vida de sus hijos, a quienes la obsequia como un regalo, y confía en que éstos la utilicen bien, respetando plenamente el carácter sagrado de la vida propia y ajena. El mandamiento <<No matarás>>⁶⁹, aunque expresado en forma prohibitiva o negativa, tiene un contenido altamente afirmativo, proclamando el respeto hacia la vida e integridad física del prójimo y también hacia su bien moral: <<Amarás a tu prójimo como a ti mismo>>⁷⁰. La enseñanza de Jesús en el Sermón de la Montaña es todavía más exigente, profunda y personal que la

⁶³ *Ibidem*, n. 38.

⁶⁴ *Juan* 11, 25.26.

⁶⁵ Enc. *Evangelium vitae*, n. 38.

⁶⁶ *Génesis* 9, 6.

⁶⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 39.

⁶⁸ *Ibidem*.

⁶⁹ *Éxodo* 20, 13.

⁷⁰ *Levítico* 19, 18.

de la Antigua Alianza: <<Habéis oído que se dijo a los antepasados: no matarás; y aquél que mate será reo ante el tribunal. Pues yo os digo: Todo aquél que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal>>⁷¹. No basta ya con la justicia y caridad exterior -la única que practicaban los fariseos- sino que es necesaria la sincera apertura del corazón ante las necesidades y la persona del hermano.

También en el Antiguo Testamento había exigencias de respeto ante la vida de los más desprotegidos: extranjeros, viudas, pobres. Con la enseñanza moral del Nuevo Testamento el requerimiento se vuelve universal: también con respecto al desconocido (parábola del buen samaritano⁷²) y hacia el enemigo, que deja con ello de serlo⁷³. Es una auténtica fraternidad humana, que deriva de la paternidad divina: <<Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos>>⁷⁴.

No se trata solamente de una abstención: no matar, no dañar, no injuriar, no odiar; “el mandamiento de Dios para salvaguardar la vida del hombre tiene su aspecto más profundo en la *exigencia de veneración y amor* hacia cada persona y su vida”⁷⁵.

Tres responsabilidades

El ser humano emerge por su excelencia sobre todo el universo material. Por ello tiene un señorío, que va ejerciendo progresivamente, al compás de los progresos de la técnica, la ciencia y la cultura. “Se trata, sobre todo, del dominio sobre la tierra y sobre cada ser vivo, como recuerda el libro de la Sabiduría: <<Dios de los Padres, Señor de la misericordia... con tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por ti creados, y administrase el mundo con santidad y justicia>>^{76,77}. Sin embargo ese dominio humano no debe ser absoluto ni tiránico. Implica responsabilidades.

La primera se refiere a la naturaleza, al medio ambiente. El *habitat* humano no admite sin grave protesta los abusos cometidos contra él. La naturaleza es como es, y no es el hombre quien ha impuesto en ella sus reglas básicas. “La limitación impuesta por el

⁷¹ Mateo 5, 21-22.

⁷² Lucas 10, 25-37.

⁷³ Cf. Mateo 5, 38-48.

⁷⁴ Mateo 5, 44-45.

⁷⁵ Enc. *Evangelium vitae*, n. 41.

⁷⁶ Sabiduría 9, 1.2-3.

⁷⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 42.

mismo Creador desde el principio, y expresada simbólicamente con el prohibición de <<comer del fruto del árbol>>⁷⁸ muestra claramente que, ante la naturaleza visible, estamos sometidos a las leyes no sólo biológicas sino también morales, cuya transgresión no queda impune”⁷⁹. Yo puedo no querer aceptar la ley de la impenetrabilidad de los cuerpos, pero, si me empeño en atravesar la pared a toda carrera, seré el primero en pagar las consecuencias.

Hay también una segunda responsabilidad, referente a la vida humana, que alcanza en la procreación -al conferir el don de la vida- su aspecto culminante en la unión matrimonial del varón y la mujer; “cuando de la unión conyugal de los dos nace un nuevo hombre, éste trae consigo al mundo una particular imagen y semejanza de Dios mismo: *en la biología de la generación está inscrita la genealogía de la persona*. Al afirmar que los esposos, en cuanto padres, son colaboradores de Dios creador en la concepción y generación de un nuevo ser humano, no nos referiremos sólo al aspecto biológico; queremos subrayar más bien que *en la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente* de un modo diverso de como lo está en cualquier otra generación <<sobre la tierra>>. En efecto, solamente de Dios puede provenir aquella <<imagen y semejanza>>, propia del ser humano, como sucedió en la creación. La generación es, por consiguiente, la continuación de la creación”⁸⁰.

Existe una tercera responsabilidad, que no es sólo el arranque humano generoso de un Don Quijote, defensor de los débiles y *desfacedor de entuertos*; “*el deber de acoger y servir la vida incumbe a todos y ha de manifestarse principalmente con la vida que se encuentra en condiciones de mayor debilidad*. Es el mismo Cristo quien nos lo recuerda, pidiendo ser amado y servido en los hermanos probados por cualquier tipo de sufrimiento: hambrientos, sedientos, forasteros, desnudos, enfermos, encarcelados... Todo lo que se hace a uno de ellos se hace a Cristo mismo”^{81,82}.

⁷⁸ Cf. *Génesis* 2, 16-17.

⁷⁹ JUAN PABLO II. Enc. *Sollicitudo rei socialis*, n. 34.

⁸⁰ JUAN PABLO II. Carta a las familias *Gratissimum sane*, n. 9.

⁸¹ Cf. *Mateo* 25, 31-46.

⁸² JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 43.

Débil, pero con dignidad

La vida humana se encuentra especialmente desprotegida en sus momentos iniciales y terminales. El no nacido o el recién nacido, y el anciano constituyen como un llamado a la solidaridad humana, por el hecho de su indefensión.

La enseñanza bíblica nos presenta siempre la vida naciente como una auténtica bendición de Dios: “La herencia del Señor son los hijos, recompensa el fruto de las entrañas”⁸³. La formación de una vida en el claustro materno es un hecho admirable y gozoso. Y podemos decir también que único e irrepetible, pues cada persona ha sido mirada con cariño por Dios: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado”⁸⁴. No somos fruto del azar ni de un destino caprichoso, “la existencia de cada individuo, desde su origen, está en el designio divino”⁸⁵. Son especialmente reveladoras y poéticas las palabras de Job, cuando se refiere a su origen, al don de la vida recibido de Dios: “Tus manos me formaron, me plasmaron, y, luego, en arrebató, ¡me quieres destruir! Recuerda que me hiciste como se amasa el barro, y que al polvo has de devolverme. ¿No me vestiste como leche y me cuajaste como queso? De piel y carne me vestiste y me tejiste de huesos y de nervios. Luego en la vida me agraciaste y tu solicitud cuidó mi aliento”⁸⁶. ¿Cómo se puede *promover una interrupción voluntaria del embarazo*, que constituye un homicidio directo contra el ser más inocente e indefenso? Interfiriendo de esa manera con los planes benéficos de Dios.

La debilidad propia del anciano pone también a prueba la consistencia de una cultura verdaderamente humana. En el Israel de la Antigua Alianza “*la vejez está marcada por el prestigio y rodeada de veneración*”^{87,88}. Sólo un hedonismo superficial y materialista se atreve a despreciar la ancianidad, en razón de las limitaciones que ésta lleva consigo. No pensaba así el salmista: “Pues Tú eres mi esperanza, Señor, mi confianza desde mi juventud... Y ahora que llega la vejez y las canas, ¡oh Dios, no me abandones!, para que anuncie yo tu brazo a todas las edades venideras”⁸⁹.

⁸³ Salmo 126/127; cf. Salmo 128/129, 3-4.

⁸⁴ Jeremías 1, 5.

⁸⁵ Enc. *Evangelium vitae*, n. 44.

⁸⁶ Job 10, 8-12.

⁸⁷ Cf. 2 Macabeos 6, 3.

⁸⁸ Enc. *Evangelium vitae*, n. 46.

⁸⁹ Salmo 71/70, 5.18.

Ante el progresivo e inevitable declinar de la vida, “¿*Qué actitud tomar ante la muerte? El creyente sabe que su vida está en las manos de Dios*”⁹⁰. El es dueño de la vida, y dispone de ella con sabiduría y amor. También en la enfermedad, que es una prueba y una fuente de purificación moral, el hombre debe poner en Dios su confianza. “Ciertamente, *la vida del cuerpo en su condición terrena no es un valor absoluto* para el creyente, sino que se le puede pedir que la ofrezca por un bien superior (...). Sin embargo, ningún hombre puede decidir arbitrariamente entre vivir o morir. En efecto, sólo es dueño absoluto de esta decisión el Creador, en quien <<vivimos, nos movemos y existimos>>^{91,92}.

Una ley para la vida

Vivir la vida supone para cualquier hombre descubrir su *sentido*. Tenemos una inteligencia, que nos permite descubrir la *verdad de la vida* y realizarla en plenitud. “*La verdad de la vida es revelada por el mandamiento de Dios*. La palabra del Señor indica concretamente qué dirección debe seguir la vida para poder respetar su propia verdad y salvaguardar su propia dignidad. No sólo el específico mandamiento <<no matarás>>⁹³ asegura la protección de la vida, sino que *toda la ley del Señor* está al servicio de esta protección, porque revela aquella verdad en la que la vida encuentra su pleno significado”⁹⁴. Se equivocaría quien viera en las leyes morales un freno o cortapisa, una limitación que impide a la vida desarrollarse a sus anchas. El mandamiento divino aparece siempre como una orientación y un servicio a la vida humana: “Yo pongo hoy ante ti vida y felicidad, muerte y desgracia. Si escuchas los mandamientos del Señor tu Dios, si sigues sus caminos y guardas sus mandamientos, preceptos y normas, vivirás y te multiplicarás; el Señor tu Dios te bendecirá en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión”⁹⁵.

Hay que huir de las falsas contraposiciones entre el deber y la felicidad, entre la ley y la vida (que han dado tema abundante a tantas novelas). “El bien que hay que cumplir no se superpone a la vida como un peso que carga sobre ella, ya que la razón misma de la vida es precisamente el bien, y la vida se realiza sólo mediante el cumplimiento del bien (...).

⁹⁰ Enc. *Evangelium vitae*, n. 46.

⁹¹ *Hechos de los Apóstoles* 17. 28.

⁹² Enc. *Evangelium vitae*, n. 47.

⁹³ *Éxodo* 20, 13; *Deuteronomio* 5, 17.

⁹⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 48.

⁹⁵ *Deuteronomio* 30, 15-16.

Sólo escuchando la palabra del Señor el hombre puede vivir con dignidad y justicia; observando la Ley de Dios, el hombre puede dar frutos de vida y felicidad: <<todos los que la guardan alcanzarán la vida, mas los que la abandonan morirán>>^{96,97}.

En el Antiguo Testamento abundan las denuncias de los profetas hacia quienes desprecian y atropellan la vida y los derechos de los débiles. Y preparan con ello el advenimiento de la Ley Nueva en “*espera de un nuevo principio de vida*”⁹⁸. Será el *Evangelio de la vida*, que renovará el corazón de los hombres y les descubrirá un sentido más pleno de la vida: “*un don que se realiza al darse*”⁹⁹. Jesús no rechaza la Ley, sino que la lleva a su plenitud mediante el amor fraterno a los demás por Dios. Es “*el don de sí mismo en el amor a los hermanos: <<Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos>>*”¹⁰⁰. Es ley de libertad, de alegría y de bienaventuranza”¹⁰¹.

La vida nueva de los hijos de Dios se lleva a cabo mediante la muerte redentora del Hombre-Dios, Jesucristo, en la Cruz. “*De la Cruz, fuente de vida, nace y se propaga el <<pueblo de la vida>> (...). Él, que no había <<venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos>>*”¹⁰², alcanza en la Cruz la plenitud del amor. <<Nadie tiene mayor amor, que el que da su vida por sus amigos>>¹⁰³. Y Él murió por nosotros, siendo todavía nosotros pecadores^{104,105}.

No matarás

Es uno de los principales mandamientos de la ley de Dios. Un imperativo de la dignidad personal y de la convivencia social. Si no se comienza por reconocer y respetar el derecho a la vida, resulta un lujo hablar de otros derechos humanos.

⁹⁶ *Baruc* 4, 1.

⁹⁷ *Enc. Evangelium vitae*, n. 48.

⁹⁸ *Ibidem*, n. 49.

⁹⁹ *Ibidem*.

¹⁰⁰ *1 Juan* 3, 14.

¹⁰¹ *Enc. Evangelium vitae*, n. 49.

¹⁰² *Marcos* 10, 45.

¹⁰³ *Juan* 15, 13.

¹⁰⁴ Cf. *Romanos* 5, 8.

¹⁰⁵ *Enc. Evangelium vitae*, n. 51.

Constituye un mandamiento necesario para “conseguir la vida eterna”¹⁰⁶. Dios ama la vida de todos los hombres, y manda respetarla. “*El mandamiento de Dios no está nunca separado de su amor*; es siempre un don para el crecimiento y la alegría del hombre. Como tal, constituye un aspecto esencial y un elemento irrenunciable del Evangelio, más aún, es presentado como <<evangelio>>, esto es, buena y gozosa noticia. También el *Evangelio de la vida* es un gran don de Dios y, al mismo tiempo, una tarea que compromete al hombre. Suscita asombro y gratitud en la persona libre, y requiere ser aceptado, observado y estimado con gran responsabilidad: al darle la vida, Dios *exige* al hombre que la ame, la respete y la promueva. De este modo, *el don se hace mandamiento, y el mandamiento mismo es un don*”¹⁰⁷.

El ser humano es el rey de la creación, emergiendo por su inteligencia y por su libre querer sobre todos los demás seres del universo material. Sin embargo, su dominio no ha de ser despótico, sino razonable: “Como sucede con las cosas, y más aún con la vida, el hombre no es dueño absoluto y árbitro incensurable, sino -y aquí radica su grandeza sin par- que es <<administrador del plan establecido por el Creador->>”¹⁰⁸.

La Sagrada Escritura, la Tradición apostólica y la enseñanza ininterrumpida de la Iglesia enseñan que: “Sólo Dios es Señor de la vida desde su comienzo hasta su término: nadie, en ninguna circunstancia, puede atribuirse el derecho de matar de modo directo a un ser humano inocente”¹⁰⁹. Y el respeto a la vida debe nacer de lo profundo del corazón: “Todo el que aborrece a su hermano es un asesino; y sabéis que ningún asesino tiene vida eterna permanente en él”¹¹⁰.

Es verdad que hay derecho a la legítima defensa, contra el injusto agresor: proviene del legítimo amor a uno mismo, que es paradigma del amor a los demás (“Amarás a tu prójimo *como a ti mismo*”¹¹¹).

¿Qué pensar acerca de la pena de muerte? Es un último recurso, que hay que evitar en la medida de lo posible: “si los medios incruentos bastan para defender las vidas humanas contra el agresor y para proteger de él el orden público y la seguridad de las

¹⁰⁶ Cf. *Mateo* 19, 16.

¹⁰⁷ JUAN PABLO II. Enc. *Evangelium vitae*, n. 52.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

¹⁰⁹ *Ibidem*, n. 53.

¹¹⁰ *I Juan* 3, 15.

¹¹¹ *Marcos* 12, 31.

personas, en tal caso, la autoridad se limitará a emplear sólo esos medios, porque ellos corresponden mejor a las condiciones concretas del bien común y son más conformes con la dignidad de la persona humana”¹¹².

Si toda vida humana, incluso la del agresor y delincuente, no debe ser menospreciada, con mayor razón habrá que tomar en consideración la vida de la *persona inocente*¹¹³. Así lo ha enseñado unánimemente la Iglesia a lo largo de los siglos. Y recogiendo esta enseñanza, el Papa Juan Pablo II ha manifestado categóricamente: “con la autoridad conferida por Cristo a Pedro y a sus Sucesores, en comunión con los Obispos de la Iglesia Católica *confirmando que la eliminación directa y voluntaria de un ser humano inocente es siempre gravemente inmoral*”¹¹⁴.

El respeto a la vida humana inocente es un deber para todos, y garantiza el fundamental derecho humano a la vida. Si no se respeta ese derecho, aparecen como una burla todos los llamados a una mejor calidad de vida y a la solidaridad humana.

Asesinados en la oscuridad

Entre los diversos atentados que el hombre puede cometer contra la vida, el aborto es particularmente cobarde y vergonzoso, porque da la muerte al ser más inocente y débil: el que ya vive, pero ni siquiera ha tenido tiempo de nacer y todavía no puede gritar. Es altamente preocupante la degradación del sentido moral en diversas mentalidades y ambientes que le restan importancia. “Ante una situación tan grave, se requiere más que nunca el valor de mirar de frente a la verdad y de *llamar las cosas por su nombre*, sin ceder a compromisos de conveniencia o a la tentación del autoengaño. A este propósito resuena categórico el reproche del Profeta: <<¡Ay, de los que llaman al mal bien, y al bien mal!; que dan oscuridad por luz y luz por oscuridad>>¹¹⁵. Precisamente en el caso del aborto se percibe la difusión de una terminología ambigua, como la de *interrupción del embarazo*, que tiende a ocultar su verdadera naturaleza y a atenuar su gravedad en la opinión pública. Quizás este mismo fenómeno lingüístico sea síntoma de un malestar en las conciencias. Pero ninguna palabra puede cambiar la realidad de las cosas: el aborto procurado es la

¹¹² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.267.

¹¹³ Cf. *Enc. Evangelium vitae*, n. 57.

¹¹⁴ *Ibidem*.

¹¹⁵ *Isaías* 5, 20.

eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento”¹¹⁶.

En las personas que procuran un aborto pueden concurrir a veces circunstancias difíciles, dolorosas y hasta dramáticas. Pero estas razones, cualesquiera que fueran, “*jamás pueden justificar la eliminación deliberada de un ser humano inocente*”¹¹⁷. No raramente ocurren sobre la mujer que aborta fuertes presiones, familiares y sociales. Quienes concurren a ese atentado se hacen solidariamente responsables, así como “los médicos y el personal sanitario, cuando ponen al servicio de la muerte la competencia adquirida para promover la vida”¹¹⁸. También esa responsabilidad alcanza a los legisladores que contribuyen a amparar su realización, y a las organizaciones que lo promueven y difunden. “*Estamos ante lo que puede definirse como una <<estructura de pecado>> contra la vida humana aún no nacida*”¹¹⁹.

Es un hecho que desde el momento de la concepción se ha iniciado una nueva vida, distinta de la del padre y de la madre. “Jamás llegará a ser humano, si no lo ha sido desde entonces”¹²⁰. La genética moderna confirma plenamente esta realidad. Desde ese momento debe ser considerado como persona, y respetado su derecho fundamental a la vida. La Sagrada Escritura refleja la particular providencia de Dios sobre la persona aún no nacida: “Antes de haberte formado yo en el seno materno, te conocía, y antes que nacieses, te tenía consagrado: yo profeta de naciones te constituí”¹²¹. La Tradición cristiana rechaza unánimemente desde los comienzos del cristianismo el crimen del aborto; y la disciplina canónica lo castigó con sanciones penales. Hoy en día quienes consciente y voluntariamente procuran un aborto directo, caen automáticamente en excomunión reservada al Obispo. Juan Pablo II se ha hecho eco de esta incommovible praxis en su Encíclica *Evangelium vitae*¹²²: “Por tanto, con la autoridad que Cristo confirió a Pedro y a sus sucesores, en comunión con todos los Obispos -que en varias ocasiones han condenado el aborto y que en la consulta citada anteriormente, aunque dispersos por el mundo, han concordado unánimemente sobre esta doctrina-, *declaro que el aborto directo, es decir,*

¹¹⁶ Enc. *Evangelium vitae*, n. 58.

¹¹⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 58.

¹¹⁸ *Ibidem*, n. 59.

¹¹⁹ *Ibidem*.

¹²⁰ *Ibidem*, n. 60.

¹²¹ *Jeremías* 1, 4-5.

¹²² N. 62.

querido como fin o como medio, es siempre un desorden moral grave, en cuanto eliminación deliberada de un ser humano inocente. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita: es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal”.

Las recientes técnicas de diagnóstico e intervención sobre los embriones humanos y la experimentación científica, adquieren un carácter siniestro cuando se dirigen a la supresión de la vida humana no nacida¹²³.

Amores que matan

Cuando la vida humana en este mundo no es considerada como un don de Dios, preludio de una vida imperecedera y feliz, es fácil que se desvalore y desenfoque su sentido. “En efecto, cuando prevalece la tendencia a apreciar la vida sólo en la medida en que da placer y bienestar, el sufrimiento aparece como una amenaza insostenible, de la que es preciso librarse a toda costa. La muerte, considerada <<absurda>> cuando interrumpe por sorpresa una vida abierta a un futuro rico de posibles experiencias interesantes, se convierte, por el contrario, en una <<liberación reivindicada>> cuando se considera que la existencia carece ya de sentido por estar sumergida en el dolor e inexorablemente condenada a un sufrimiento posterior más agudo”¹²⁴.

Es entonces cuando, considerándose el hombre como dueño absoluto de su vida o de la vida ajena, piensa que puede truncarla a su albedrío, teniendo en cuenta que dispone de medios técnicos para hacerla *dulce* y sin dolor (*eutanasia*). Es “*adueñarse de la muerte, procurándola de modo anticipado*”¹²⁵. Es uno de los síntomas más preocupantes de la llamada *cultura de la muerte*¹²⁶.

¿En qué consiste exactamente la eutanasia? “Por eutanasia *en sentido verdadero y propio* se debe entender una acción u omisión que por su naturaleza y en la intención causa la muerte, con el fin de eliminar cualquier dolor”¹²⁷.

¹²³ Enc. *Evangelium vitae*, n. 63.

¹²⁴ *Ibidem*, n. 64.

¹²⁵ *Ibidem*.

¹²⁶ Cf. *Ibidem*.

¹²⁷ *Ibidem*, n. 65.

Ciertamente esto es distinto de la renuncia a seguir practicando un tratamiento médico extraordinario, ya inútil y demasiado oneroso para el enfermo o su familia, que llevaría al llamado *ensañamiento terapéutico*¹²⁸.

Pueden también aplicarse a un enfermo terminal los *cuidados paliativos*, destinados a aminorar el dolor, aunque se limite la conciencia o se abrevie la vida, con tal de que no se le impida el cumplimiento de sus deberes religiosos y morales, antes de su encuentro definitivo con Dios¹²⁹.

A la eutanasia propiamente dicha se refieren las inequívocas palabras del Papa Juan Pablo II: “de acuerdo con el Magisterio de mis predecesores y en comunión con los Obispos de la Iglesia Católica, *confirmo que la eutanasia es una grave violación de la Ley de Dios*, en cuanto eliminación deliberada y moralmente inaceptable de una persona humana. Esta doctrina se fundamenta en la ley natural y en la Palabra de Dios escrita; es transmitida por la Tradición de la Iglesia y enseñada por el Magisterio ordinario y universal”¹³⁰.

“Semejante práctica conlleva, según las circunstancias, la malicia propia del suicidio o del homicidio”¹³¹. Es rechazar la soberanía de Dios sobre la vida humana, que tan claramente señala la enseñanza bíblica: “Tú tienes el poder sobre la vida y sobre la muerte, haces bajar a las puertas del Hades y de allí subir”¹³²; “Yo doy la muerte y doy la vida”¹³³.

Nos encontramos aquí ante una falsa piedad, ante un amor mal entendido de la propia vida o de la de otra persona. “La verdadera <<compasión>> hace solidarios con el dolor de los demás, y no elimina a la persona cuyo sufrimiento no se puede soportar”¹³⁴. Y ello es tanto más perverso cuando son los familiares (más obligados al auténtico amor) o los médicos (más obligados a conservar la vida) los que la ejecutan¹³⁵.

Hace falta una auténtica solidaridad con el que sufre, que evite su abatimiento y desesperación. Proporcionándole compañía, consuelo y afecto en tan duro trance. Y sin

¹²⁸ Cf. *Ibidem*.

¹²⁹ Cf. *Ibidem*.

¹³⁰ *Ibidem*.

¹³¹ *Ibidem*.

¹³² *Sabiduría* 16, 13; *Tobías* 13, 2.

¹³³ *Deuteronomio* 32, 39.

¹³⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 66.

¹³⁵ Cf. *Ibidem*.

perder de vista las promesas divinas de una vida inmortal¹³⁶. “Ninguno de nosotros vive para sí mismo; como tampoco muere nadie para sí mismo. Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así que, ya vivamos ya muramos, del Señor somos”¹³⁷.

Al César y a Dios

“Una de las características propias de los atentados actuales contra la vida humana (...) consiste en la tendencia a exigir su *legitimación jurídica*, como si fuesen derechos que el Estado, al menos en ciertas condiciones, debe reconocer a los ciudadanos y, por consiguiente, la tendencia a pretender su realización con la asistencia segura y gratuita de médicos y agentes sanitarios”¹³⁸. Se alega para ello que las decisiones, por ejemplo, respecto a la práctica del aborto y la eutanasia pertenecen solamente a la conciencia de la persona individual, que debe ser respetada en un régimen auténticamente democrático.

Tal afirmación se basa en un *relativismo ético*, que se presenta como una condición para la realización de la democracia, en cuanto sería plenamente válido todo aquello que ley civil establezca por una decisión de la mayoría. Hay aquí, sin embargo, una grave ambigüedad. “Cuando una mayoría parlamentaria o social decreta la legitimidad de la eliminación de la vida humana aún no nacida, inclusive con ciertas condiciones, ¿acaso no acepta una elección tiránica respecto al ser humano más débil e indefenso? La conciencia universal reacciona justamente ante los crímenes contra la humanidad, de los que nuestro siglo ha tenido tristes experiencias. ¿Acaso estos crímenes dejarían de serlo si, en vez de haber sido cometidos por tiranos sin escrúpulos, hubieran sido legitimados por el consenso popular?”¹³⁹.

Conviene traer a la memoria que las leyes humanas no constituyen una última instancia, sino que por encima de ellas está la ley de Dios, ley natural inscrita en cada corazón humano. Si las leyes humanas quebrantaren los inalienables derechos de la persona humana o la búsqueda efectiva del bien común, se opondrían a la ley de Dios y tratarían de suplantarla. Y según la enseñanza del Evangelio hay que dar a Dios lo que es de Dios, así

¹³⁶ Cf. *Ibidem*, n. 67.

¹³⁷ *Romanos* 14, 7-8.

¹³⁸ Enc. *Evangelium vitae*, n. 68.

¹³⁹ Enc. *Evangelium vitae*, n. 70.

como se da al César lo que es del César¹⁴⁰. Si se ponen en duda los fundamentos de la ley moral, el mismo ordenamiento democrático civil queda en el aire, para convertirse en un equilibrio de egoísmos contrapuestos¹⁴¹.

“En la época moderna se considera realizado el bien común, cuando se han salvado los derechos y los deberes de la persona humana”¹⁴². Una ley humana que negara el derecho fundamental y originario a la vida, dejaría de ser ley para convertirse en una “corrupción de la ley”¹⁴³. Si el Estado no tutela la vida humana inocente, ¿qué es lo que tutela? “Por lo tanto, las leyes que autorizan y favorecen el aborto y la eutanasia se oponen radicalmente no sólo al bien del individuo, sino también al bien común, y, por consiguiente, están privadas de auténtica validez jurídica”¹⁴⁴.

La existencia de legislaciones que atentan contra la vida humana plantea el deber y el derecho inalienable de la *objeción de conciencia*, por la que una persona se opone a una directa colaboración con las prácticas anti-vida. Y eso aunque pueda sufrir onerosas consecuencias en su vida profesional y económica¹⁴⁵. Porque: “Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres”¹⁴⁶.

Promover la vida

Los preceptos de la ley moral que prohíben determinadas acciones no han de ser vistos simplemente como una negación, sino más bien como una salvaguarda de un bien superior. Así el precepto de respetar la vida humana inocente se extiende a toda circunstancia y ocasión, en defensa del bien de la vida. La prohibición moral señala un límite que en ningún caso se debe traspasar, pero la prohibición no tendría sentido por sí misma, “indica el mínimo que debe respetar (el hombre) y del que debe partir para pronunciar innumerables <<sí>>, capaces de abarcar progresivamente el *horizonte completo del bien*”¹⁴⁷. La prohibición tutela la libertad y dignidad de cada persona humana.

¹⁴⁰ Cf. Mateo 22, 21.

¹⁴¹ Cf. Enc. *Evangelium vitae*, n. 70.

¹⁴² Cf. JUAN XXIII. Enc. *Pacem in terris*.

¹⁴³ Sto. TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica* I-II, q. 93, a. 3, ad 2.

¹⁴⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 72.

¹⁴⁵ Cf. Enc. *Evangelium vitae*, n. 73-74.

¹⁴⁶ *Hechos de los Apóstoles* 5, 29.

¹⁴⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 75.

No basta con no eliminar la vida: es preciso fomentarla activamente, en sus mejores condiciones. A ello tienden todos los preceptos dados en favor del prójimo. Hemos recibido de Dios el don de la vida, para nosotros mismos y para nuestros hermanos, “según la ley de la reciprocidad del dar y del recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro”¹⁴⁸. La venida de Cristo a la tierra y la entrega de su vida por nuestra salvación nos hace ver hasta qué punto podemos prodigarnos en la ayuda a los demás, de su bien material y espiritual. Y Jesucristo nos dejó al Espíritu Santo. “El Espíritu, que es artífice de comunión en el amor, crea entre los hombres una nueva fraternidad y solidaridad, reflejo verdadero del misterio de recíproca entrega y acogida, propio de la Santísima Trinidad. El mismo Espíritu llega a ser la ley nueva, que da fuerza a los creyentes y apela a su responsabilidad, para vivir con reciprocidad el don de sí mismos y la acogida del otro, participando del amor mismo de Jesucristo según su medida”¹⁴⁹.

El contenido, pues, del mandamiento *no matarás* es muy amplio. Supone el respeto, la comprensión, el amor, la ayuda al hermano. Constituye para el cristiano un deber primordial, según el amor de Dios que se nos ha manifestado en Jesucristo. “El dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”¹⁵⁰.

Respetar y promover la vida humana obliga a todo hombre: la voz de la conciencia lo manifiesta y el impulso silencioso del Espíritu lo vigoriza. Promover la vida humana, especialmente la más desprotegida es exigencia ineludible a nivel personal y social, “para que se instaure finalmente en nuestro tiempo, marcado por tantos signos de muerte, una cultura nueva de la vida, fruto de la cultura de la verdad y del amor”¹⁵¹.

Un pueblo de vivos

Fundamentalmente, vivo es el que tiene vida; más que quien se mueve mucho o el que actúa con *viveza*. En su Encíclica *Evangelium vitae* Juan Pablo II caracteriza al Pueblo de Dios como “el pueblo de la vida y para la vida”¹⁵², citando la primera Carta de San Pedro¹⁵³, que dice: “Vosotros sois el pueblo adquirido por Dios para anunciar sus

¹⁴⁸ *Ibidem*, n. 76.

¹⁴⁹ *Ibidem*.

¹⁵⁰ *1 Juan* 3, 16.

¹⁵¹ *Ibidem*, n. 77.

¹⁵² N. 78.

¹⁵³ 2, 9.

alabanzas”. El Evangelio es buena nueva, noticia alegre, anuncio de vida. Y al Pueblo de Dios le corresponde vivirlo y anunciarlo: “evangelizar constituye la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”¹⁵⁴.

Hay una vida natural o terrena y también una vida espiritual que proviene de la gracia de Dios en el alma del hombre. Parte importante del Evangelio es el *Evangelio de la vida*, el reconocimiento y el anuncio de la vida, en ambas dimensiones, como un regalo de Dios. Debemos proclamarlo a toda la humanidad <<hasta los confines de la tierra>>¹⁵⁵. Mantengamos, por ello, la conciencia humilde y agradecida de ser *el pueblo de la vida y para la vida* y presentémonos de este modo ante todos”¹⁵⁶.

Hay una continuidad, que no debe interrumpirse, entre la vida humana natural y la vida sobrenatural de la gracia, pues el don divino de la vida es completo, no tiene solamente un horizonte terreno. Amar la vida es agradecerla en toda su amplitud, sin limitar su alcance a lo material o a lo meramente temporal; “en este mundo hay quienes están vivos y quienes están muertos, aunque parece que todos viven”¹⁵⁷.

La pertenencia al Pueblo de Dios supone una dimensión nueva, superior a la simplemente sociológica de comunidad de lazos humanos. La vida sobrenatural de la gracia aglutina una nueva colectividad. “Somos el pueblo de la vida porque Dios, en su amor gratuito, nos ha dado el Evangelio de la vida y hemos sido transformados y salvados por este mismo Evangelio. Hemos sido redimidos por el <<autor de la vida>>¹⁵⁸ a precio de su preciosa sangre¹⁵⁹ y mediante el baño bautismal hemos sido injertados en El¹⁶⁰, como ramas que reciben savia y fecundidad del árbol único¹⁶¹”¹⁶².

La pertenencia viva a este Pueblo lleva consigo una misión que cumplir, de cara a toda la humanidad y en contrapeso a la difundida *cultura de la muerte*. “Renovados interiormente por la gracia del Espíritu, <<que es Señor y da la vida>>, hemos llegado a ser un *pueblo para la vida* y estamos llamados a comportarnos como tal”¹⁶³.

¹⁵⁴ PABLO VI. Exhort. Apost. *Evangelii nuntiandi*, n. 13.

¹⁵⁵ *Hechos de los Apóstoles* 1, 8.

¹⁵⁶ Enc. *Evangelium vitae*, n. 78.

¹⁵⁷ SAN AGUSTÍN. *Exposición del Evangelio de San Juan* 22, 6.

¹⁵⁸ *Hechos de los Apóstoles* 3, 15.

¹⁵⁹ Cf. *1 Corintios* 6, 20; 7, 23; *1 Pedro* 1, 19.

¹⁶⁰ Cf. *Romanos* 6, 4-5; *Colosenses* 2, 12.

¹⁶¹ Cf. *Juan* 15, 5.

¹⁶² Enc. *Evangelium vitae*, n. 79.

¹⁶³ *Ibidem*.

En la presente coyuntura histórica y ante los diversos signos de menosprecio de la vida se hace especialmente patente la importancia de esta misión: “*Somos enviados*: estar al servicio de la vida no es para nosotros una vanagloria, sino un deber, que nace de la conciencia de ser el pueblo adquirido por Dios para anunciar sus alabanzas¹⁶⁴. En nuestro camino *nos guía y sostiene la ley del amor*: el amor cuya fuente y modelo es el Hijo de Dios hecho hombre, que <<muriendo ha dado la vida al mundo>>”¹⁶⁵.

Somos responsables de esta misión comunitariamente, como Pueblo de Dios. Y lo somos también cada uno, personalmente, haciéndonos prójimo de cada persona, arrimando el hombro solidariamente a su vida y a su bien integral¹⁶⁶.

Anunciar la vida

Con la vida, evidentemente, lo primero que hacemos es vivirla. Cada uno la suya, y compartiéndola además con quienes tiene más cerca.

¿Qué quiere decir anunciar la vida? Manifestar el valor, el sentido, la finalidad, el contenido de ese valioso don que hemos recibido.

Todo esto tiene mucho que ver con el modo en que vivimos y damos a conocer el Evangelio. Tal como lo afirma el testimonio personal del Apóstol San Juan en su primera Carta¹⁶⁷: “Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de la vida (...) os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros”. Y Juan Pablo II añade: “*Jesús es el único Evangelio*: no tenemos otra cosa que decir y testimoniar. *Precisamente el anuncio de Jesús es anuncio de la vida*. En efecto, El es la <<Palabra de vida>>¹⁶⁸. En El <<la vida se manifestó>>¹⁶⁹; más aún, El mismo es <<la vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó>>¹⁷⁰. Esta misma vida, gracias al don del Espíritu, ha sido comunicada al hombre. La vida terrena de cada uno, ordenada a la vida en plenitud, a la <<vida eterna>>, adquiere también pleno sentido”¹⁷¹.

¹⁶⁴ Cf. *1 Pedro* 2, 9.

¹⁶⁵ Enc. *Evangelium vitae*, n. 79.

¹⁶⁶ Cf. *Ibidem*.

¹⁶⁷ 1, 1.3.

¹⁶⁸ *1 Juan* 1, 1.

¹⁶⁹ *1 Juan* 1, 2.

¹⁷⁰ *Ibidem*.

¹⁷¹ Enc. *Evangelium vitae*, n. 80.

Ese Evangelio de la vida tiene una novedad sorprendente, vence lo caduco y lo viejo del pecado y descubre las ilimitadas perspectivas de cada vida humana¹⁷². Es lo que afirmaba uno de los más preclaros Padres de la Iglesia oriental, San Gregorio de Nisa: “El hombre que, entre todos los seres, no cuenta nada, que es polvo, hierba, vanidad, cuando es adoptado por el Dios del Universo como hijo, llega a ser familiar de este Ser, cuya excelencia y grandeza nadie puede ver, escuchar o comprender. ¿Con qué palabra, pensamiento o impulso del espíritu se podrá exaltar la sobreabundancia de esta gracia? El hombre sobrepasa su naturaleza: de mortal se hace inmortal, de perecedero imperecedero, de efímero eterno, de hombre se hace Dios”¹⁷³. Así en la Navidad lo anuncia el ángel a los pastores de Belén: “No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías Señor, en la ciudad de David”¹⁷⁴.

El Evangelio, más que señalar cortapisas o prohibiciones, es una proclama en favor de la vida. “Es anuncio de un Dios vivo y cercano, que nos llama a una profunda comunión con El y nos abre a la esperanza segura de la vida eterna; es afirmación del vínculo invisible que fluye entre la persona, su vida y su corporeidad; es presentación de la vida humana como vida de relación, don de Dios, fruto y signo de su amor; es proclamación de la extraordinaria relación de Jesús con cada hombre, que permite reconocer en cada rostro humano el rostro de Cristo; es manifestación del <<don sincero de sí mismo>> como tarea y lugar de realización plena de la propia libertad”¹⁷⁵.

Además del primer anuncio del Evangelio a quienes no lo conocen, es preciso continuarlo a través de la catequesis y en las diversas formas de predicación, en el diálogo personal y en la actividad educativa, de manera que el *Evangelio de la vida* ilumine plenamente el significado de la existencia humana y propicie el surgimiento de una nueva *cultura de la vida*¹⁷⁶.

El anuncio de la vida lleva consigo unas consecuencias muy concretas para la vida personal y social: “la vida humana, don precioso de Dios, es sagrada e inviolable, y por esto, en particular, son absolutamente inaceptables el aborto procurado y la eutanasia; la

¹⁷² Cf. *Ibidem*.

¹⁷³ *Sobre las bienaventuranzas*, Sermón VII.

¹⁷⁴ *Lucas 2*, 10-11.

¹⁷⁵ Enc. *Evangelium vitae*, n. 81.

¹⁷⁶ Cf. Enc. *Evangelium vitae*, n. 82.

vida del hombre no sólo no debe ser suprimida, sino que debe ser protegida con todo cuidado amoroso; la vida encuentra su sentido en el amor recibido y dado, en cuyo horizonte hallan su plena verdad la sexualidad y la procreación humana; en este amor incluso el sufrimiento y la muerte tienen un sentido y, aun permaneciendo el misterio que los envuelve, pueden llegar a ser acontecimiento de salvación; el respeto de la vida exige que la ciencia y la técnica estén siempre ordenadas al hombre y a su desarrollo integral; toda la sociedad debe respetar, defender y promover la dignidad de cada persona humana, en todo momento y condición de vida”¹⁷⁷.

Celebrar

Nosotros nos alegramos y expresamos nuestra alegría ante las cosas buenas. Toda celebración hace referencia de algún modo a la vida: nacimientos, bautizos, primeras comuniones, matrimonios, graduaciones, cumpleaños, aniversarios. Y decimos también: ¡Viva...tal persona! ¡Viva...tal ideal! Desear vida es celebrar. Y celebrar es alegrarnos ante la vida y sus acontecimientos. Para ello hemos de saber detenernos a valorarlos. “Con este fin, urge ante todo *cultivar*, en nosotros y en los demás, una *mirada contemplativa*. Esta nace de la fe en el Dios de la vida, que ha creado a cada hombre haciéndolo como un prodigio¹⁷⁸. Es la mirada de quien ve la vida en su profundidad, percibiendo su dimensiones de gratuidad, belleza, invitación a la libertad y a la responsabilidad. Es la mirada de quien no pretende apoderarse de la realidad, sino que la acoge como un don, descubriendo en cada cosa el reflejo del Creador y en cada persona su imagen viviente¹⁷⁹. Esta mirada no se rinde desconfiada ante quien está enfermo, sufriendo, marginado o a las puertas de la muerte; sino que se deja interpelar por todas estas situaciones para buscar un sentido y, precisamente en estas circunstancias, encuentra en el rostro de cada persona una llamada a la mutua consideración, al diálogo y a la solidaridad”¹⁸⁰.

Con esa mirada podemos “*venerar y respetar a todo hombre*”, prorrumpir en “*himnos de alegría, alabanza y agradecimiento por el don inestimable de la vida*”¹⁸¹. “En cada niño que nace y en cada hombre que vive y muere reconocemos la imagen de la gloria

¹⁷⁷ Enc. *Evangelium vitae*, n. 81.

¹⁷⁸ Cf. *Salmo* 139/138, 14.

¹⁷⁹ Cf. *Génesis* 1, 27; *Salmo* 8, 6.

¹⁸⁰ Enc. *Evangelium vitae*, n. 83.

¹⁸¹ *Ibidem*.

de Dios, gloria que celebramos en cada hombre, signo del Dios vivo, icono de Jesucristo”¹⁸². La celebración del Evangelio de la vida tiene su ciclo anual, que constituye el año litúrgico, y se desarrolla en buena parte a través de los *Sacramentos*. “Ellos hacen a los hombres partícipes de la vida divina, asegurándoles la energía espiritual necesaria para realizar verdaderamente el significado de vivir, sufrir y morir”¹⁸³. Además “*es preciso saber apreciar y valorar también los gestos y los símbolos, de los que son ricas las diversas tradiciones y costumbres culturales y populares*. Son momentos y formas de encuentro en los que, en los diversos Países y culturas, se manifiestan el gozo por una vida que nace, el respeto y la defensa de toda existencia humana, el cuidado del que sufre o está necesitado, la cercanía al anciano o al moribundo, la participación del dolor de quien está de luto, la esperanza y el deseo de inmortalidad”¹⁸⁴.

Toda celebración, si no queremos que sea simple algarabía exterior, debe provenir del corazón; así constituye un verdadero culto espiritual, agradable a Dios¹⁸⁵. La fiesta hunde sus raíces en una vida cotidiana coherente “vivida en el amor por los demás y en la entrega de uno mismo. Así toda nuestra existencia se hará acogida auténtica y responsable del don de la vida y alabanza sincera y reconocida a Dios que nos ha hecho este don. Es lo que ya sucede en tantísimos gestos de entrega, con frecuencia humilde y escondida, realizados por hombres y mujeres, niños y adultos, jóvenes y ancianos, sanos y enfermos”¹⁸⁶. Del heroísmo cotidiano surgirá algunas veces el heroísmo extraordinario. Como el heroísmo cotidiano de “todas las madres valientes, que se dedican sin reservas a su familia, que sufren al dar a luz a sus hijos, y luego están dispuestas a soportar cualquier esfuerzo, a afrontar cualquier sacrificio, para transmitirles lo mejor de sí mismas”¹⁸⁷.

En la Navidad celebramos, cantamos la vida, que procede de Dios: “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado”¹⁸⁸; “Se manifestará la gloria del Señor y todo el mundo verá la salvación de nuestro Dios”¹⁸⁹.

¹⁸² Enc. *Evangelium vitae*, n. 84.

¹⁸³ *Ibidem*.

¹⁸⁴ *Ibidem*, n. 85.

¹⁸⁵ Cf. *Romanos* 12, 1.

¹⁸⁶ Enc. *Evangelium vitae*, n. 86.

¹⁸⁷ *Ibidem*.

¹⁸⁸ *Isaías* 9, 6.

¹⁸⁹ *Isaías* 40, 15.

En servicio de la vida

Servir es siempre una excelente tarea, en la medida en que sirviendo buscamos el bien de nuestros semejantes y promovemos la mejor realización de su vida. “Esta es *una exigencia particularmente apremiante en el momento actual*, en que la <<cultura de la muerte>> se contrapone tan fuertemente a la <<cultura de la vida>> y con frecuencia parece que la supera. Sin embargo, es ante todo una exigencia que nace de la <<fe que actúa por la caridad>>¹⁹⁰, como nos exhorta la Carta de Santiago¹⁹¹: <<¿De qué sirve, hermanos míos, que alguien diga: *Tengo fe*, si no tiene obras? ¿Acaso podrá salvarle la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y carecen del sustento diario, y alguno de vosotros le dice: *Idos en paz, calentaos y hartaos*, pero no le dais lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe, si no tiene obras, está realmente muerta>>¹⁹².

En el servicio a los demás, hemos de ver a la persona del prójimo como confiada a nuestra responsabilidad: particularmente el hambriento, el sediento, el desnudo, el enfermo, el encarcelado, el niño aún no nacido, el anciano que sufre o cercano a la muerte. Es servir a la vez a Dios y al prójimo, como Jesús mismo dijo: “Cuanto hicísteis a uno de estos hermanos míos más pequeños, a mí me lo hicísteis”¹⁹³. El servicio a la vida debe ser unitario, sin distinguos ni excepciones, “porque la vida humana es sagrada e inviolable en todas sus fases y situaciones. Es un bien indivisible. Por tanto, se trata de llegar a las raíces mismas de la vida y del amor”¹⁹⁴. Hay a lo largo de los siglos una permanente y ejemplar historia de la caridad, que también hoy debe manifestarse como *acompañamiento de la vida naciente* y como atención a la vida que se encuentra en la marginación o en el sufrimiento¹⁹⁵.

Todo esto supone una amplia labor educativa que promueva la vocación de servicio, con proyectos e iniciativas concretos: los centros de métodos naturales de regulación de la fertilidad, los consultorios matrimoniales y familiares, los centros de ayuda a la vida y de acogida a las madres solteras y a las parejas en dificultades; las comunidades de recuperación de drogadictos, las residencias para menores o enfermos mentales, los centros

¹⁹⁰ *Gálatas* 5, 6.

¹⁹¹ 2, 14-17.

¹⁹² Enc. *Evangelium vitae*, n. 87.

¹⁹³ *Mateo* 25, 40.

¹⁹⁴ Enc. *Evangelium vitae*, n. 87.

¹⁹⁵ *Ibidem*.

de atención y acogida para enfermos de SIDA, las cooperativas de solidaridad sobre todo para incapacitados¹⁹⁶.

Especial consideración merecen los ancianos desasistidos y los enfermos terminales, de manera que los hospitales, clínicas y casas de salud sean “ambientes en los que el sufrimiento, el dolor y la muerte son considerados e interpretados en su significado humano y específicamente cristiano”¹⁹⁷. El personal médico y sanitario tiene en esto una peculiar responsabilidad de promover y respetar la vida humana. En ocasiones el absoluto respeto de toda vida humana inocente exigirá ejercer la objeción de conciencia ante el aborto procurado y la eutanasia¹⁹⁸.

Una dimensión colectiva revisten los diversos voluntariados en favor de la vida, así como las iniciativas de personas individuales, familias, grupos y asociaciones en proyectos que favorezcan la vida. Los legisladores tienen en esto una responsabilidad muy principal. “Hay que eliminar las causas que favorecen los atentados contra la vida, asegurando sobre todo el apoyo debido a la familia y a la maternidad: la *política familiar* debe ser *eje y motor de todas las políticas sociales*. Por tanto, es necesario promover iniciativas sociales y legislativas, capaces de garantizar condiciones de auténtica libertad en la decisión sobre la paternidad y la maternidad; además, es necesario replantear las políticas laborales, urbanísticas, de vivienda y de servicios para que se puedan conciliar entre sí los horarios de trabajo y los de la familia, y sea efectivamente posible la atención a los niños y a los ancianos”¹⁹⁹. La problemática demográfica no debe nunca suponer un atentado a la persona humana y al derecho fundamental a la vida: “*la defensa y la promoción de la vida no son monopolio de nadie, sino deber y responsabilidad de todos (...)*. Sólo la cooperación concorde de cuantos creen en el valor de la vida podrá evitar una derrota de la civilización de consecuencias imprevisibles”²⁰⁰.

Un cambio cultural

En buena parte de los ambientes sociales, a escala mundial, se pueden observar hoy los avances preocupantes de una *cultura de muerte*. En este sentido es muy de desear un

¹⁹⁶ Cf. *Ibidem*, n. 88.

¹⁹⁷ *Ibidem*.

¹⁹⁸ Cfr. Enc. *Evangelium vitae*, n. 89.

¹⁹⁹ *Ibidem*, n. 90.

²⁰⁰ *Ibidem*, n. 91.

agudo sentido crítico que pueda discernir los auténticos valores de la vida. La estrategia en favor de la vida exige un esfuerzo ético, una cultura renovada, también dentro de las mismas comunidades cristianas²⁰¹.

Para el cambio de la cultura de la muerte a la *cultura de la vida* se requiere una buena formación de la conciencia moral, que sepa “*redescubrir el nexo inseparable entre vida y libertad (...)*. No hay libertad verdadera donde no se acoge y ama la vida; y no hay vida plena, sino en la libertad. Ambas realidades guardan además una relación innata y peculiar, que las vincula indisolublemente: la vocación al amor. Este amor, como don sincero de sí, es el sentido más verdadero de la vida y de la libertad de la persona²⁰². También es muy importante, para la formación de la conciencia moral “*el descubrimiento del vínculo constitutivo entre la libertad y la verdad*”²⁰³. Así los derechos de la persona se fundamentan sobre un criterio racional, y no sobre la arena movediza del capricho individual o del totalitarismo del poder público. Aquí es esencial reconocer la dependencia humana con respecto a Dios creador y legislador. “Cuando se niega a Dios y se vive como si no existiera, o no se toman en cuenta sus mandamientos, se acaba fácilmente por negar o comprometer también la dignidad de la persona humana y el carácter inviolable de su vida”²⁰⁴.

La educación tiene un papel fundamental para el desarrollo de una nueva cultura de la vida. No se valora la vida cuando se presenta a los jóvenes el sexo como un producto banal de consumo y de placer. “La sexualidad, riqueza de toda la persona, manifiesta su significado íntimo al llevar a la persona hacia el don de sí misma en el amor”²⁰⁵. La educación de la castidad favorece también la madurez de la persona. En los esposos la paternidad responsable lleva a valorar el don de la vida y a seguir fielmente la ley de Dios, sin dejarse llevar por una mentalidad anticonceptiva²⁰⁶.

El sufrimiento y la muerte enfrentan también al hombre con el misterio de la vida; son invitaciones a penetrar más en su valor y sentido²⁰⁷.

²⁰¹ Cf. *Ibidem*, n. 95.

²⁰² *Ibidem*, n. 96.

²⁰³ *Ibidem*.

²⁰⁴ *Ibidem*.

²⁰⁵ *Ibidem*, n. 97.

²⁰⁶ *Ibidem*.

²⁰⁷ Cf. *Ibidem*.

“En síntesis, podemos decir que el cambio cultural deseado aquí exige a todos el valor de *asumir un nuevo estilo de vida* que se manifieste en poner como fundamento de las decisiones concretas -a nivel personal, familiar, social e internacional- la justa escala de valores: *la primacía del ser sobre el tener, de la persona sobre las cosas*. Este nuevo estilo de vida implica también pasar *de la indiferencia al interés por el otro y del rechazo a su acogida*: los demás no son contrincantes de quienes hay que defenderse, sino hermanos y hermanas con quienes se ha de ser solidarios; hay que amarlos por sí mismos; nos enriquecen con su misma presencia”²⁰⁸.

En la promoción de una nueva cultura de la vida todos tenemos un papel importante. Cabe subrayar la responsabilidad de los profesores y educadores, de los intelectuales, de los comunicadores sociales. También especialmente de las mujeres, con su peculiar sensibilidad ante la vida²⁰⁹.

Para todos

La promoción y defensa de la vida del hombre, que es el primero de los derechos humanos, interesa a cualquier hombre de buena voluntad. Esta es una realidad bastante evidente: no se trata de una creencia especializada, de una sutileza o de una simple opinión: el bien de la vida es de urgente interés común para una sociedad justa y humana. Así Juan Pablo II, en su Encíclica *Evangelium vitae*²¹⁰, afirma: “*El Evangelio de la vida* no es exclusivamente para los creyentes: *es para todos*. El tema de la vida y su defensa y promoción no es prerrogativa única de los cristianos. Aunque de la fe recibe luz y fuerza extraordinarias, pertenece a toda conciencia humana que aspira a la verdad y está atenta y preocupada por la suerte de la humanidad. En la vida hay seguramente un valor sagrado y religioso, pero de ningún modo interpela sólo a los creyentes: en efecto, se trata de un valor que cada ser humano puede comprender también a la luz de la razón y que, por tanto, afecta necesariamente a todos”.

Aunque los derechos humanos sean múltiples y la salvaguarda de todos ellos sea muy importante, el derecho humano básico es el derecho a la vida. Si ese derecho humano no se respeta y defiende, resulta ocioso hablar de otros derechos de la persona, que no

²⁰⁸ *Ibidem*, n. 98.

²⁰⁹ Cf. *Ibidem*, n. 98-100.

²¹⁰ N. 101.

podrían tener soporte si no se garantiza el derecho básico y primordial a vivir, “mejor es perro vivo que león muerto”²¹¹. Y el hombre es mucho más que el perro y las perfecciones de su vida valen mucho más que las del león. En la defensa del derecho a la vida los cristianos hacemos causa común con todos los hombres de buena voluntad. “Cuando la Iglesia declara que el respeto incondicional del derecho a la vida de toda persona inocente - desde la concepción a la muerte natural- es uno de los pilares sobre los que se basa toda sociedad civil, quiere simplemente *promover un Estado humano*. Un Estado que reconozca, como su deber primario, la defensa de los derechos fundamentales de la persona humana, especialmente de la más débil”²¹².

La promoción del bien común de la sociedad supone la tutela eficaz de todos los derechos humanos. Sin esa tutela no puede haber verdadera democracia, ya que no se reconocería la dignidad de toda persona humana. Y esta afirmación es especialmente válida con respecto al derecho humano primario, que es el derecho a la vida, que necesita de más defensa si es débil o marginada²¹³. Si el Estado no sirve para proteger la vida de sus ciudadanos, entonces ¿para qué sirve?

Sin el respeto a la vida, tampoco puede haber verdadera paz: “Todo delito contra la vida es un atentado contra la paz, especialmente si hace mella en la conducta del pueblo (...): por el contrario, donde los derechos del hombre son profesados realmente y reconocidos y defendidos públicamente, la paz se convierte en la atmósfera alegre y operante de la convivencia social”²¹⁴.

Un homenaje a la paz

El mes de junio de 1994 presencié diversos actos conmemorativos del desembarco de los Aliados en Normandía, hacía justamente 50 años. Esa acción militar significó, pese al gran número de bajas que llevó consigo, el comienzo del fin de la guerra más cruel y sangrienta de la Historia.

²¹¹ *Eclesiastés* 9, 4.

²¹² Enc. *Evangelium vitae*, n. 101.

²¹³ Cf. *Ibidem*.

²¹⁴ PABLO VI. *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz*, 1977.

Se reunieron Jefes de Estado y de gobierno, ex-combatientes, contingentes de las fuerzas armadas de los países aliados. Se pronunciaron discursos y se recorrieron los lugares de las acciones bélicas.

Pienso que todo ello no debe ser interpretado como una celebración guerrerista, sino como un gran homenaje a la paz, ese gran bien que se vió gravemente dañado durante la Segunda Guerra Mundial, después por la *guerra fría*, y hoy en día por las diversas guerras y conflictos locales. “El respeto y el desarrollo de la vida humana exigen la *paz*. La paz no es sólo ausencia de guerra y no se limita a asegurar el equilibrio de fuerzas adversas. La paz no puede alcanzarse en la tierra, sin la salvaguardia de los bienes de las personas, la libre comunicación entre los seres humanos, el respeto de la dignidad de las personas y de los pueblos, la práctica asidua de la fraternidad. Es la *tranquilidad del orden* (San Agustín)”²¹⁵.

Hoy en día aparece como un deseo ampliamente generalizado el de la paz. Una exaltación de la guerra como tal, estaría fuera de ambiente y de época. La guerra sólo es atractiva en la ficción cinematográfica. Representa en la realidad un gran mal para la humanidad. “El quinto mandamiento condena la destrucción voluntaria de la vida humana. A causa de los males y de las injusticias que ocasiona toda guerra, la Iglesia insta constantemente a todos a orar y actuar para que la Bondad divina nos libre de la antigua servidumbre de la guerra”²¹⁶.

La gravedad de los males que la guerra ocasiona hace que, mientras no haya una autoridad internacional dotada de la competencia y poderío suficiente, la guerra sea un último recurso, al que sólo se debe apelar cuando se hayan agotado todas las demás instancias. Además el poder de los medios modernos de destrucción hace muy difícil que los bienes que se esperan obtener de la guerra, sobrepasen a los males que de ella se originan. “Toda actuación bélica que tiende indiscriminadamente a la destrucción de ciudades enteras o de amplias regiones con sus habitantes, es un crimen contra Dios y contra el hombre mismo, que hay que condenar con firmeza y sin vacilaciones”²¹⁷. “Un riesgo de la guerra moderna consiste en facilitar a los que poseen armas científicas,

²¹⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.304.

²¹⁶ *Ibidem*, n. 2.307.

²¹⁷ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 80.

especialmente atómicas, biológicas o químicas, la ocasión de cometer semejantes crímenes”²¹⁸.

No bastaría con reprimir la producción y el comercio de armas, y firmar pactos de no agresión. Hay que extirpar las raíces de la guerra, que tienen su asiento en el corazón humano: “Las injusticias, las desigualdades excesivas de orden económico o social, la envidia, la desconfianza y el orgullo, que existen entre los hombres y las naciones, amenazan sin cesar la paz y causan las guerras. Todo lo que se hace para superar estos desórdenes contribuye a edificar la paz y evitar la guerra”²¹⁹.

Hubo motivo para alegrarnos con las celebraciones de Normandía. Pero no como exhibición de poder, ni desenterramiento de odios viejos; sino como lección que no debemos olvidar, como un gran homenaje a la paz.

218. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2.314.

219. *Ibidem*, n. 2.317.

II. LIBERTAD EN FAMILIA

En defensa de la vida y de la familia

El Papa Juan Pablo II ha venido predicando incansablemente la santidad de la familia y de la vida, y su mutua implicación: “es decisiva la responsabilidad de la familia: es una responsabilidad que brota de su propia naturaleza -la de ser comunidad de vida y de amor, fundada en el matrimonio- y de su misión de <<custodiar, revelar y comunicar el amor>> (...); en la familia cada uno es reconocido, respetado y honrado por ser persona y, si hay alguno más necesitado, la atención hacia él es más intensa y viva”²²⁰. La familia acompaña al hombre a lo largo de toda su peripecia existencial, desde que nace hasta que muere. Su papel en la *cultura de la vida* es decisivo. “Como *iglesia doméstica*, la familia está llamada a anunciar, celebrar y servir al *Evangelio de la vida*”²²¹. Los esposos descubren allí la vida como un regalo, viendo la procreación “como acontecimiento privilegiado en el cual se manifiesta que *la vida humana es un don recibido para ser a su vez dado*”²²².

La misión de los esposos, iniciada en la procreación, continúa largos años a través de la educación de los hijos, anunciando antes que nada en su familia el *Evangelio de la vida*. “Con la palabra y con el ejemplo, en las relaciones y decisiones cotidianas, y mediante gestos y expresiones concretas, los padres inician a los hijos en la auténtica libertad, que se realiza en la entrega sincera de sí, y cultivan en ellos el respeto del otro, el sentido de la justicia, la acogida cordial, el diálogo, el servicio generoso, la solidaridad y los demás valores que ayudan a vivir la vida como un don”²²³. Es una tarea que se proyecta hacia el futuro, ayudando a que los hijos descubran la vocación recibida de Dios; una tarea que les prepara para enfrentar las difíciles coyunturas del sufrimiento y de la muerte; que les inclina a la solicitud solidaria ante los enfermos y ancianos”²²⁴.

La oración cotidiana se aprende y practica en el ámbito familiar: en la familia se enseña a amar a Dios y, como consecuencia inmediata, el servicio solidario a los demás,

²²⁰ Enc. *Evangelium vitae*, n. 92.

²²¹ *Ibidem*.

²²² *Ibidem*.

²²³ *Ibidem*, n. 93.

²²⁴ Cf. *Ibidem*.

“como atención solícita, vigilante y cordial en las pequeñas y humildes cosas de cada día”²²⁵.

Un servicio especialmente significativo es la adopción o la acogida temporal de niños abandonados; e incluso la *adopción a distancia*, sin desarraigarlos de su propio ambiente familiar²²⁶.

La solidaridad, como empeño constructivo por el bien común, lleva a las asociaciones familiares a procurar que las leyes e instituciones públicas no violen sino que defiendan y promuevan el elemental derecho a la vida²²⁷.

Una particular atención merecen los ancianos, cuya marginación sería intolerable. Hace falta un auténtico intercambio entre las diversas generaciones. El anciano “gracias al rico patrimonio de experiencias adquirido a lo largo de los años, puede y debe ser *transmisor de sabiduría, testigo de esperanza y caridad*”²²⁸.

Es necesario que haya un esfuerzo universal, por parte de las entidades públicas y privadas, de apoyo y promoción a la familia, en servicio de la vida.

El ámbito familiar

Es oportuno poner la atención sobre la familia, una realidad que tiene importancia decisiva en la vida de los individuos y de los pueblos; importancia que podría pasar desapercibida por la misma cotidianidad de la vida familiar, y que queda más de manifiesto cuando algunos evidentes peligros amenazan la disolución o deterioro de tan importante institución humana.

Ya en su primera encíclica, *El Redentor del hombre*, Juan Pablo II condensó en una frase su atención y afecto hacia todos los hombres, para cuya felicidad y salvación fue instituida la Iglesia: “El hombre es el camino de la Iglesia”²²⁹. En la *Carta a las familias* el Papa expresaba el significado de esta afirmación: “Con estas palabras deseaba referirme sobre todo a las múltiples sendas por las que el hombre camina y, al mismo tiempo, quería

²²⁵ *Ibidem*.

²²⁶ Cf. *Ibidem*.

²²⁷ Cf. *Ibidem*.

²²⁸ *Ibidem*, n. 94.

²²⁹ N. 14.

subrayar cuán vivo y profundo es el deseo de la Iglesia de acompañarle en recorrer los caminos de su existencia terrena”²³⁰.

Advirtamos esta realidad de primera importancia: “Entre los numerosos caminos, *la familia es el primero y el más importante*. Es un camino común, aunque particular, único e irrepetible, como irrepetible es todo hombre; un camino del cual no puede alejarse el ser humano. En efecto, él viene al mundo en el seno de una familia, por lo cual puede decirse que debe a ella el hecho mismo de existir como hombre. Cuando falta la familia, se crea en la persona que viene al mundo una carencia preocupante y dolorosa que pesará posteriormente durante toda la vida”²³¹. Estas palabras no expresan un lugar común sino una realidad vital. Basta con que cada uno examine el recuerdo y la presencia de sus vivencias y sentimientos familiares, y considere también los efectos nocivos, en cabeza propia o en cabeza ajena, de las deficiencias familiares.

La realidad familiar, en la que cada hombre y cada mujer viven inmersos, no es fruto del azar o de la simple costumbre social. Responde a un designio divino, orientado al bien de la humanidad. “La familia tiene su origen en el mismo amor con que el Creador abraza al mundo creado, como está expresado <<al principio>>, en el libro del Génesis²³². Jesús ofrece una prueba suprema de ello en el Evangelio: Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único²³³. *El Hijo unigénito*, consustancial al Padre, <<*Dios de Dios, Luz de Luz*>>, *entró en la historia de los hombres a través de una familia*: El Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido, en cierto modo, con todo hombre. Trabajó con manos de hombre (...), amó con corazón de hombre (...). Por tanto, si Cristo <<manifiesta plenamente el hombre al propio hombre>>²³⁴, lo hace empezando por la familia en la que eligió nacer y crecer. Se sabe que el Redentor transcurrió gran parte de su vida oculta en Nazareth: <<sujeto>>²³⁵ como <<Hijo del hombre>> a María, su Madre, y a José, el carpintero (...). El misterio divino de la Encarnación del Verbo está, pues, en estrecha relación con la familia humana”²³⁶. Así el camino del desarrollo y perfección humanos, según el ejemplo y las enseñanzas de Jesucristo, pasa por ese ámbito entrañable y *propio* de la familia de cada

²³⁰ N. 1.

²³¹ *Carta a las familias*, n. 2.

²³² 1, 1.

²³³ *Juan* 3, 16.

²³⁴ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

²³⁵ *Lucas* 2, 51.

²³⁶ *Carta a las familias*, n. 2.

uno, y es inseparable de él. Las relaciones y deberes familiares marcan su impronta en cada persona y le permiten también hacer donación de lo mejor de sí misma. El individuo humano no nace ni crece *robinsoniano*, desarraigado, sino con el estímulo y la proyección de los lazos familiares.

Por eso son preocupantes los signos amenazadores que se extienden y actúan a nivel mundial sobre la institución familiar. Juan Pablo II ha alertado sobre ellos: “En nuestros días, ciertos programas sostenidos por medios muy potentes parecen orientarse por desgracia a la disgregación de las familias. A veces parece incluso que, con todos los medios, se intenta presentar como <<regulares>> y atractivas -con apariencias seductoras- situaciones que en realidad son <<irregulares>>²³⁷. Pensemos en las campañas contra la vida concebida y no nacida; en la permisión legal del adulterio, la cohabitación de hecho y las uniones homosexuales: tristes remedos de la institución matrimonial y familiar.

Y concluimos, con la *Carta a las familias*²³⁸: “En efecto, tales situaciones contradicen <<la verdad y el amor>> que deben inspirar la recíproca relación entre hombre y mujer y, por tanto, son causa de tensiones y divisiones en las familias, con graves consecuencias especialmente sobre los hijos. Se oscurece la conciencia moral, se deforma lo que es verdadero, bueno y bello, y la libertad es suplantada por una verdadera y propia esclavitud. Ante todo esto, ¡qué actuales y alentadoras resultan las palabras del apóstol Pablo sobre la libertad con que Cristo nos ha liberado, y sobre la esclavitud causada por el pecado!²³⁹”.

Hedonismo

Es buscar lo placentero a toda costa. Vieja tendencia del ser humano que se ve favorecida por una sociedad que progresa en la ciencia experimental, la tecnología y el desarrollo económico. Lo que hace unos años se llamaba la civilización del bienestar y ahora la sociedad de consumo. Y no es que el bienestar y el placer sean moralmente malos; únicamente que no constituyen valores supremos. El placer es una consecuencia de haber alcanzado un cierto bien, o el lubricante necesario para el buen funcionamiento de la maquinaria: como el placer de la comida se sigue del cumplimiento del deber de

²³⁷ *Ibidem*, n. 5.

²³⁸ *Ibidem*.

²³⁹ Cf. *Gálatas* 5, 1.

alimentarse para conservar la vida y la salud; y el hambre es un estímulo necesario para no descuidar ese deber y cumplirlo con mayor agrado. La excesiva búsqueda de lo placentero desquicia la vida moral y la búsqueda de los bienes más arduos, que suelen ser los mejores. El carácter se afloja y se encoge: “Tengamos los placeres de los conquistadores sin los sufrimientos de los soldados: sentémonos en sofás y seamos una raza endurecida”, escribió irónicamente G.K. Chesterton²⁴⁰.

Pareciera que el esforzado modo de vivir de Don Quijote, protector de los débiles y *desfacedor de entuertos*, va dando paso a los seguidores de Sancho Panza, amigos de lo cómodo y placentero, cobardes ante lo arduo o peligroso. La capacidad de abnegación y aun de heroísmo, latente siempre en el hombre cuando busca unos valores consistentes, se ve como achatada o nivelada por una búsqueda general de lo fácil o agradable. “Esto de comportarse *como un caballero* en los momentos importantes no tiene mucho sentido; un hombre se comporta como un caballero en los momentos que no son importantes. En los momentos importantes debería comportarse de una manera mucho mejor”²⁴¹. En el momento en que se actúa como si lo bueno fuera *lo que a mí me gusta* y lo malo *lo que a mí me desagrada*, la conducta humana se ha vuelto egoísta y mezquina: hedonista.

Ello desemboca en una depravación del amor humano y la conducta sexual. La otra persona pasa a ser un mero instrumento de placer, al servicio del propio egoísmo. Desaparece la noble capacidad de amar a aquella persona por sí misma, en cuanto tal persona, más allá de la utilidad o del placer que pueda reportarnos. El sexo se convierte en un producto más en la gran feria del consumo. Deja de tener la prestancia de una donación gratuita a la persona amada, compromiso estable y fiel en el matrimonio, al servicio del plan divino en favor de la vida: la familia y los hijos. Ya en 1926, con intuición profética, escribió Chesterton: “La próxima gran herejía va a ser sencillamente un ataque a la moralidad, y en particular a la moralidad sexual. Y no viene de algunos socialistas sobrevivientes de la sociedad Fabiana, sino de la exultante energía vital de los ricos resueltos a divertirse por fin, sin Papismo ni Puritanismo ni Socialismo que los contengan (...). La locura de mañana no está en Moscú sino mucho más en Manhattan”²⁴².

²⁴⁰ *El amor o la fuerza del sino*. Rialp. Madrid, 1994, p. 80.

²⁴¹ *Ibidem*, p. 114.

²⁴² *Ibidem*, p. 252.

Sarna con gusto

La sarna es una enfermedad conocida desde antiguo, aunque hoy es poco frecuente. A veces reaparece, favorecida por condiciones de insalubridad y falta de higiene. En uno de sus diálogos, y para hacer frente a los que afirmaban que la felicidad consiste simplemente en el placer, Platón pone en boca de Sócrates que -entonces- la máxima felicidad consistiría en padecer sarna y poder experimentar continuamente el sabroso placer de rascarse.

Lo que hasta ahora parece no haber sostenido nadie es que padecer sarna constituya uno de los derechos humanos. En buena lógica, porque una enfermedad no es nunca un derecho humano. La persona que padece esta enfermedad es digna de toda consideración y merece por su dignidad humana el respeto de todos sus consiguientes derechos. Pero no se constituyen Asociaciones de sarnosos para la defensa y fomento de la sarna como derecho fundamental del ser humano.

Evidentemente estoy haciendo una analogía, en referencia a lo que las informaciones de prensa comentaban en su día acerca del documento y los preparativos para la Conferencia internacional de Pekín (o Beijing) sobre la mujer. Parece ser que una directriz fundamental de ese proyecto -aparte del laudable propósito de la defensa y promoción de los derechos de la mujer- era la llamada *perspectiva de género*, expresión un tanto ambigua que supone que además de los géneros naturales de varón y mujer habría otros tres: lesbianas, *gays* y hermafroditas. Es la equiparación de determinadas anomalías psico-morales a la polaridad natural de la persona humana -dotada de igual dignidad y derechos humanos- como varón y mujer. Es la desviación enfermiza puesta en beligerante pié de igualdad con la normalidad humana, y por tanto la adulteración de la familia como institución natural querida por Dios, sede del origen de la vida, la educación básica, el afecto humano y la educación del carácter.

Justo y razonable es defender siempre la dignidad humana, promover la vigencia de los derechos humanos de varones y mujeres, sean cuales fueren sus cualidades y sus defectos. Lo que no parece aceptable es la equiparación de la salud y la enfermedad, la presentación de la sarna como excelencia deseable: fuente de realización y plenitud. La anomalía no es parámetro de normalidad; la enfermedad es una desgracia y no un derecho humano.

Nadie debe ser execrado ni despreciado en razón de sus enfermedades o deficiencias. Pero tampoco éstas son un ideal que deba ser universalizado ni especialmente exaltado. Aunque, como reza el dicho, a veces llegue a parecer que *sarna con gusto no pica; y si pica no mortifica*.

Sexo y familia

Una sociedad en que se busque primordialmente el placer es una sociedad neurotizada. Con el espejismo del placer sexual como artículo de consumo, se ocultan realidades importantes: por ejemplo la realidad del amor humano, que es un amor a la persona por sí misma; y la realidad básica de la familia. “El sexo es un instinto que produce una institución; y es algo positivo y no negativo, noble y no ruin, creador y no destructor, porque produce una institución. Esa institución es la familia: un pequeño estado o comunidad que, una vez iniciada, tiene cientos de aspectos que no son de ninguna manera sexuales. Incluye adoración, justicia, festividad, decoración, instrucción, camaradería, descanso. El sexo es la puerta de esa casa; y a los que son románticos e imaginativos naturalmente les gusta mirar a través del marco de una puerta. Pero la casa es mucho más grande que la puerta. La verdad es que hay cierta gente que prefiere quedarse en la puerta y nunca da un paso más allá”²⁴³.

Si el disfrute sexual nos es presentado como un fin en sí mismo, la natural ordenación del matrimonio y la familia a suscitar nuevas vidas queda difuminada. La cultura del egoísmo hedonista no es una cultura de la vida; más bien la abundancia de vidas ajenas llega a ser una molestia: “La respuesta a cualquiera que hable del <<exceso de población>> es preguntarle si él mismo es parte de ese exceso de población, o si no lo es, cómo sabe que no lo es”²⁴⁴.

La cultura y la civilización se miden por relación a la persona humana, que es el auténtico protagonista de la Historia. ¿De qué serviría ser ricos en dólares o en tecnología si somos pobres en humanidad? Y la humanización de la sociedad pasa a través de la familia. “El negocio que se hace en la casa no es nada menos que formar los cuerpos y las almas de la humanidad. La familia es la fábrica que produce la humanidad”²⁴⁵. Algunos hablan de

²⁴³ G.K. CHESTERTON. *El amor o la fuerza del sino*. Rialp. Madrid, 1994, p. 252-253.

²⁴⁴ *Ibidem*. p. 252.

²⁴⁵ *Ibidem*, p. 189.

una crisis total de la familia, y aun se apresuran a enterrarla. Pero la familia enterrará a sus propios enterradores. “Este triángulo de verdades evidentes -de padre, madre y niño- no puede ser destruido; pero puede destruir las civilizaciones que lo desprecian”²⁴⁶.

Es urgente dar toda su importancia la matrimonio y a la familia, a la unidad y armonía del hogar, a las tareas domésticas. “No podemos insistir en que los primeros años de la vida son de una importancia suprema, y en que las madres no son de una importancia suprema; o que la maternidad es un asunto de suficiente interés para los hombres pero no de suficiente interés para las madres. Cada palabra que se dice sobre la importancia tremenda de los hábitos triviales desarrollados en la niñez se añade a la demostración de que ser niñera no es algo trivial. Todo tiende al regreso de una sencilla verdad que dice: el trabajo privado en la casa es el trabajo verdaderamente grande y el trabajo público es el empleo pequeño. El hogar humano es una paradoja porque es más grande por dentro que por fuera”²⁴⁷.

La alianza conyugal

En el designio original del Creador figuran el hombre y la mujer, partícipes de la misma dignidad humana y con misiones complementarias en el desarrollo de la vida. “Antes de crear al hombre, parece como si el Creador entrara dentro de sí mismo para buscar el modelo y la inspiración en el misterio de su Ser, que ya aquí se manifiesta de alguna manera como el <<Nosotros>> divino. De este misterio surge, por medio de la creación, el ser humano: <<Creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios le creó; varón y mujer los creó>>^{248,249}.

Hay un llamado inicial para que la raza humana se extienda y aumente: “Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla”²⁵⁰. Pero no se trata aquí de una simple proliferación cuantitativa, sino de un crecimiento con toda la calidad y la categoría que caracterizan al ser humano. *La calidad de vida* es propia del hombre desde los inicios de su historia humana; la vida humana tiene, por serlo, una egregia calidad. “La paternidad y maternidad humanas, aun siendo *biológicamente parecidas* a las de otros seres de la

²⁴⁶ *Ibidem*, p. 213.

²⁴⁷ *Ibidem*, p. 196.

²⁴⁸ *Génesis* 1, 27.

²⁴⁹ JUAN PABLO II. *Carta a las familias*, n. 6.

²⁵⁰ *Génesis* 1, 28.

naturaleza, tienen en sí mismas, de manera esencial y exclusiva una <<semejanza>> con Dios, sobre la que se funda la familia, entendida como comunidad de vida humana, como comunidad de personas unidas en el amor (*communio personarum*)”²⁵¹. La reproducción humana no es, en el plan divino, una simple multiplicación caprichosa o promiscua, sino un ordenado y entrañable proceso de amor y de convivencia familiar.

Todo aquello que se refiere al bien de la familia constituye un área especialmente sensitiva e importante, y sus consecuencias -para bien o para mal- son de amplia repercusión. “La familia ha sido considerada siempre como la expresión primera y fundamental de la *naturaleza social* del hombre”²⁵². Su origen está en una libre y amorosa decisión humana: “*Sólo las personas son capaces de existir <<en comunión>>*. La familia arranca de la comunión conyugal que el Concilio Vaticano II califica como <<alianza>>, por la cual el hombre y la mujer <<se entregan y aceptan mutuamente>>”²⁵³.

Nos encontramos frente a una realidad primaria, que está en la raíz de toda sociedad y convivencia humana. Y que, en caso de desvirtuarse, amenaza las bases mismas del perfeccionamiento humano. Un poderoso impulso natural inclina al varón y a la mujer hacia la formación de una nueva familia. “El libro del Génesis nos presenta esta verdad cuando, refiriéndose a la constitución de la familia mediante el matrimonio, afirma que <<dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y se harán una sola carne>>”²⁵⁴. En el Evangelio, Cristo, polemizando con los fariseos, cita esta mismas palabras y añade: <<De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre>>”²⁵⁵,²⁵⁶.

En el matrimonio la paternidad y la maternidad se implican y exigen mutuamente; así como los hijos enriquecen y manifiestan a la vez el amor de sus padres. “La experiencia enseña que el amor humano, orientado por su naturaleza hacia la paternidad y la maternidad, se ve afectado a veces por una *crisis* profunda y por tanto se encuentra seriamente amenazado”²⁵⁷. Habrá que buscar entonces ayudas humanas, pero habrá que acudir también a la ayuda de Dios, en asunto de tan capital importancia: “El matrimonio, el

²⁵¹ *Carta a las familias*, n. 6.

²⁵² *Ibidem*, n. 7.

²⁵³ *Ibidem*.

²⁵⁴ *Génesis* 2, 24.

²⁵⁵ *Mateo* 19, 6.

²⁵⁶ *Carta a las familias*, n. 7.

²⁵⁷ *Ibidem*.

matrimonio sacramento, es una alianza de personas en el amor. *Y el amor puede ser profundizado y custodiado solamente por el Amor, aquel Amor que es <<derramado>> <<en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado>>*^{258,259}. Es necesario acudir a la ayuda divina en los momentos difíciles, en las pruebas que puedan presentarse a los esposos y padres. “Esta <<fuerza del hombre interior>> es necesaria en la vida familiar, especialmente en sus momentos críticos, es decir, cuando el amor -manifestado en el rito litúrgico del consentimiento matrimonial con la palabras: <<Prometo ser te fiel... todos los días de mi vida>>- está llamado a superar una difícil prueba”²⁶⁰.

El compromiso no es un rito vacío sino una personal y libre decisión, destinada a proyectarse en el futuro, y crear y desarrollar establemente una familia, para el bien de todos sus integrantes. “Solamente las <<personas>> son capaces de pronunciar estas palabras; sólo ellas pueden vivir <<en comunión>>, en base a su recíproca elección, que es o debería ser plenamente consciente y libre”²⁶¹. La alianza matrimonial es un auténtico compromiso, de consecuencias vitales irreversibles, que manifiesta como pocos la dignidad y la capacidad para el bien del ser humano. “El hombre y la mujer en el matrimonio se unen entre sí tan estrechamente que vienen a ser -según el libro del Génesis- <<una sola carne>>”²⁶². Los dos sujetos humanos, aunque somáticamente diferentes por constitución física como varón y mujer, *participan de un modo similar de aquella capacidad de vivir <<en la verdad y el amor>> (...)*. Cuando, en virtud de la alianza conyugal, ellos se unen de modo que llegan a ser <<una sola carne>>²⁶³, su *unión* debe realizarse <<en la verdad y en el amor>>, poniendo así de relieve la madurez propia de las personas creadas a imagen y semejanza de Dios”²⁶⁴.

La familia se asienta así, sólidamente, sobre la alianza conyugal, mantenida fiel, madura y alegremente a través del tiempo. Propaga y construye la vida humana. “¿*Estáis dispuestos a recibir de Dios responsable y amorosamente los hijos, y a educarlos?*, les

²⁵⁸ Romanos 5, 5.

²⁵⁹ Carta a las familias, n. 7.

²⁶⁰ *Ibidem*.

²⁶¹ *Ibidem*, n. 8.

²⁶² Génesis 2, 24.

²⁶³ *Ibidem*.

²⁶⁴ Carta a las familias, n. 8.

pregunta el celebrante durante el rito del matrimonio. La respuesta de los novios corresponde a la íntima verdad del amor que los une”²⁶⁵.

El amor de los esposos constituye la flor, que culminará en el fruto que son los hijos: “su unidad, en vez de encerrarlos en sí mismos, los abre a una nueva vida, a una nueva persona. Como padres, serán capaces de dar la vida a un ser semejante a ellos, no solamente <<hueso de sus huesos y carne de su carne>>²⁶⁶, sino imagen y semejanza de Dios, esto es, persona”²⁶⁷.

Estamos así ante el misterio de la nueva vida, que se hará presente en el marco familiar. “Al preguntar: <<¿Estáis dispuestos?>>, la Iglesia recuerda a los novios que se hallan *ante la potencia creadora de Dios*. Están llamados a ser padres, o sea, a cooperar con el Creador dando la vida. Cooperar con Dios llamando a la vida a nuevos seres humanos significa contribuir a la transmisión de aquella imagen y semejanza divina de la que es portador todo <<nacido de mujer>>”²⁶⁸.

¿Cosas sabidas? ¡Ojalá!

Fidelidad matrimonial

El hombre es capaz -a diferencia de las bestias- de querer a las personas como tales personas. Y cuando el varón ama a la mujer, y la ama de veras, su querer es muy superior al amor-pasión que es solamente de orden sensible. La pasión o el sentimiento no trascienden lo más inmediato o material, lo placentero o agradable. Pero con la inteligencia descubrimos a la persona y somos capaces de amarla como tal, por sí misma. El enamorado puede decir a su enamorada: <<¡Qué bueno es que existas!>>, en frase de Josef Pieper.

El matrimonio, institución estable por naturaleza, no se apoya en la pasión o sentimiento pasajero sino en la donación recíproca y libre que hacen un hombre y una mujer que se aman como personas. Sólo así se garantiza la fidelidad. “Para un ser como el hombre que vive en el tiempo, el único modo posible de realizar la eternidad es como fidelidad a lo largo del tiempo. La afectividad no puede asegurar el futuro, puesto que la afectividad es, como mantuvieron los clásicos, *pasión*, o sea, lo que a uno le *pasa* y nadie

²⁶⁵ *Ibidem*.

²⁶⁶ Cf. *Génesis* 2, 23.

²⁶⁷ *Carta a las familias*, n. 8.

²⁶⁸ *Ibidem*.

puede asegurar qué va a pasarle, porque está fuera del ámbito de su libertad. Pero la voluntad puede habérselas con el futuro, porque está en el orden de lo que el hombre *hace* y no de lo que le pasa, y lo que el hombre hace sí está en el ámbito de la libertad. Por eso, el matrimonio se funda no en el orden de la afectividad, sino en el de la voluntad, o sea, en la decisión libre de sacar adelante la unión amorosa de dos personas”²⁶⁹.

¿Por qué hay demasiados matrimonios jóvenes o no tan jóvenes que se desmoronan? Porque tratan de apoyarlos en la afectividad, que es cambiante, más que en el libre compromiso del querer voluntario que es estable. “El hombre es el animal que puede prometer y la fidelidad a las propias promesas implica realmente una autoposición por encima de la temporalidad, un dominio de sí en el futuro, porque sólo un ser que es persona, o sea, dueño de sí, puede disponer de sí en el futuro. Desde este punto de vista, la fidelidad aparece no sólo como la virtud característica de un ser que es persona, sino como la muestra más clara de la libertad humana, puesto que ser libre es, en su sentido más radical, disponer de sí. En el fondo, la libertad es la capacidad de comprometerse y la fidelidad a la palabra dada viene garantizada por la fidelidad a sí mismo, porque supone que, pase lo que pase, yo seguiré siendo yo”²⁷⁰.

<<Descubrió que ya no estaba enamorado...>>; <<Se enamoró de otra...>>. Es como querer basar el matrimonio en el terreno movedizo de los afectos cambiantes más que en el libre compromiso de la persona, que se proyecta en la honda plenitud de la fidelidad. “Ahora bien, el concepto de fidelidad, como ha señalado agudamente Thibon, se opone tanto al puro rechazo del cambio, al anquilosamiento, como a la inconstancia. La fidelidad no es ni fosilización ni volubilidad, sino el modo de realizar lo eterno *en* el devenir, la capacidad de mantener la identidad precisamente *a través* del cambio. <<La verdadera fidelidad -escribe el filósofo francés- no consiste en la detención del cambio, consiste en impregnar de eterno el cambio>>, o, si se prefiere, es la <<forma de hacer explícito lo eterno a través del tiempo, lo inmutable a través del tiempo>>. Por eso, la fidelidad voluntaria es el único modo de realizar la pretensión de eternidad del enamoramiento afectivo”²⁷¹.

²⁶⁹ J.V. ARREGUI. *Compromiso matrimonial: amor y tiempo*. En “Nuestro tiempo” julio-agosto 1994. Pamplona, p. 115 y ss.

²⁷⁰ *Ibidem*.

²⁷¹ *Ibidem*.

Rompamos lanzas por la fidelidad y la hombría de bien. Dejemos a un lado el capricho del débil y del inmaduro. “Esta fidelidad no es puro anquilosamiento, porque el compromiso estriba precisamente en establecer la unidad de dos vidas. La verdadera fidelidad no es, por tanto, pura inercia, ni mucho menos es pereza o miedo al cambio o a la novedad. La lealtad es dinámica o no es. La fidelidad a la persona amada, la perseverancia en el intento de llevar a cabo la unión de dos vidas no puede ser nunca parálisis porque paralizar una vida es matarla”²⁷².

Mala metafísica

En un agudo libro de ensayos sobre el amor y la familia Chesterton habla de la monogamia como de una notable característica humana. El varón y la mujer son capaces de amor y de entrega mutuos, libres y permanentes. Es más: si ese amor es verdadero pide la continuidad y la correspondencia. Quienes se casan, verdaderamente enamorados, lo hacen con la sincera voluntad de quererse siempre, de permanecer unidos para siempre. “El ser humano es monógamo aun cuando lo sea sólo por un mes; el amor es eterno aun cuando sea sólo eterno por un mes. Siempre deja atrás la impresión de algo roto y traicionado”²⁷³.

Cuando dos vidas se han unido libremente y con decisión de perpetuidad, algo nuevo fuerte y profundo ha surgido entre esas personas, aunque haya momentos de desconcierto o de crisis; es algo más consistente que la “vieja y soñadora idea del soltero: la idea de que la unidad del matrimonio, el ser una sola carne, tiene algo que ver con el ser perfectamente felices, o ser perfectamente buenos, o aun con ser perfecta y continuamente afectuosos. La verdad es que un hombre ordinario y honesto es parte de su mujer aun cuando desee no serlo. La verdad es que una mujer ordinaria y buena es parte de su marido aun cuando desee verle en el fondo del mar. Ya estén ambos por el momento amigables o enfadados, felices o miserables, la <<cosa>> sigue su marcha, esa <<cosa grande>> a cuatro piés, el cuadrúpedo del hogar. Entrambos son una nación, una sociedad, una máquina. Son una sola carne, aun cuando no son un solo espíritu”²⁷⁴.

El romanticismo sólo es bueno hasta cierto punto, porque la excesiva idealización del amor humano y del matrimonio puede traer consigo desengaños y despechos. También

²⁷² *Ibidem*.

²⁷³ G.K. CHESTERTON. *El amor o la fuerza del sino*. Rialp. Madrid, 1994, p. 213.

²⁷⁴ *Ibidem*, p. 112 y s.

aquí se cumple el dicho de que *lo mejor es enemigo de lo bueno*. Con el matrimonio ha surgido una realidad nueva, que requiere un amor nuevo y más profundo, superador de la simple emoción sentimental. “Muchos hombres han tenido la suerte de casarse con la mujer que aman. Pero tiene más suerte el hombre que ama a la mujer con la que se ha casado”²⁷⁵.

Por eso la deserción, la huída de una realidad humana firme y consistente como es el matrimonio libremente asumido, no deja de ser un testimonio de humana inmadurez: no pude superar esta asignatura y para remediarlo voy a inscribirme en otras tres, nuevas y más difíciles. “Que nadie alardee de que abandona su familia por amor al arte o a la ciencia; la abandona porque huye del desconcertante conocimiento de la humanidad y del arte imposible de la vida”²⁷⁶. Por eso bien pudiera decirse: “El adulterio es cosa de mala moral; el divorcio de mala metafísica”²⁷⁷. El adulterio es un desorden culpable, un pecado. El divorcio es mala metafísica porque desconoce la realidad consistente y monógama que nació con el pacto conyugal.

Un amor fiel y fecundo

No es difícil encontrar un amplio consenso de pareceres, cuando se habla de la importancia de la familia para el integral desarrollo de la persona y de la sociedad. La sociedad doméstica constituye la célula comunitaria básica de todo conglomerado social y es la escuela natural de la instrucción, de la afectividad y del carácter. Todo crisis de la institución familiar, como la que lamentamos hoy en gran escala, es una crisis de la persona y de la nación. Juan Pablo II recordó en tierras venezolanas que “toda familia humana, a ejemplo de la Sagrada Familia de Belén y Nazaret, está llamada por Dios a ser santa e inmaculada en Cristo Jesús”²⁷⁸. Mas para que la *santidad* de la familia sea preservada, la Iglesia ha de continuar predicando la verdad sobre el matrimonio cristiano y la familia, inscrita por Dios en el corazón del hombre y revelada en Cristo en toda su profundidad”²⁷⁹.

El alma de la familia es el amor conyugal, “*amor en cuanto comunión interpersonal de los cónyuges*, que se entregan mutuamente en cuerpo y alma”²⁸⁰. El amor verdadero

²⁷⁵ *Ibidem*, p. 112.

²⁷⁶ *Ibidem*, p. 213.

²⁷⁷ *Ibidem*.

²⁷⁸ Cf. *Efesios* 1, 14.

²⁷⁹ *Homilía* 27-I-1985, n. 4 y 5.

²⁸⁰ *Ibidem*, n. 5.

lleva a no poner por delante la propia satisfacción, sino el bien de la persona amada. Sólo así el amor de los esposos se mantiene, se custodia y se incrementa. “Pues el amor conyugal comienza a deteriorarse cuando la entrega entre los esposos se hace más débil, se cierra en el egoísmo”²⁸¹.

Defender y mejorar la familia requiere mejorar y defender al amor conyugal. Quien verdaderamente se propone una meta noble, debe cuidar los medios que llevan a ella. Y solamente un amor tal como Dios lo ha querido para los esposos, fiel y fecundo, lleva a asegurar el bien propio de la familia. Si no se respetan esas características, la familia de desintegra irremediamente.

Un amor fiel hasta la muerte, sin traiciones. El Papa lo recordó expresamente a los esposos venezolanos: “vuestra misión en la sociedad y en la Iglesia es sublime. Sed creadores de verdaderos hogares, de familias unidas y educadas en la fe. Luchad contra *la plaga del divorcio* que arruina a las familias e incide tan negativamente en la educación de los hijos. No rompáis vosotros lo que Dios ha unido”²⁸². Luchar contra la plaga del divorcio no es sólo en beneficio de tal o cual particular familia, sino en favor del bien común de toda la sociedad. Y en la lucha contra las plagas morales deberíamos tomar ejemplo de quienes han luchado contra las plagas físicas (el paludismo, o la poliomielitis).

Un amor fecundo, que dé un decidido sí a la vida. “Los hijos son un don del amor creador de Dios hecho al amor de los esposos” (*Ibidem*). La paternidad responsable incluye actuar según la recta conciencia, dócil a la ley divina y al Magisterio de la Iglesia. El miedo a la vida es fruto del egoísmo materialista: “como enseña la Encíclica *Humanae vitae*: <<todo acto matrimonial debe estar abierto a la transmisión de la vida>>; de ahí que la contracepción y la esterilización con fines contraceptivos sean *siempre gravemente ilícitas*”²⁸³. La cerrazón mental y vital a la fecundidad iría agostando el amor de los esposos y debilitando el vigor espiritual de una familia. La mentalidad anticonceptiva lleva fácilmente al modo de pensar antinatalista. En aquella ocasión el Papa decía: “Respetad siempre la vida que es un espléndido don de Dios. Recordad que *nunca es lícito suprimir*

²⁸¹ *Ibidem*.

²⁸² *Ibidem*, n. 6.

²⁸³ *Ibidem*.

una vida humana, con el aborto o la eutanasia. Vuestra misma Constitución es bien clara y acertada a este propósito”²⁸⁴.

Será el noble amor de los esposos, fiel y fecundo, el que salve siempre las familias, incluso a pesar de los múltiples obstáculos que opone una sociedad fría y materialista. “La realidad estupenda del amor conyugal se manifiesta precisamente en la *comunión en el amor*. Comunión de los esposos entre sí y de los padres con los hijos. Estos íntimos vínculos que hacen de la familia *un hogar, una casa*, donde la fusión de los corazones está garantizada por Dios: <<Si el Señor no construye la casa, en vano se fatigan los obreros>>²⁸⁵”²⁸⁶.

Persona y familia

Es interesante remontarse a los orígenes. Y especialmente interesante, para conocerse a uno mismo, buscar las propias raíces. “Mediante la comunión de personas, que se realiza en el matrimonio, el hombre y la mujer dan origen a la familia. Con ella se relaciona la genealogía de cada hombre: *la genealogía de la persona*. La paternidad y la maternidad humanas están basadas en la biología y, al mismo tiempo, la superan”²⁸⁷. Al hablar de genealogía no pensemos en la averiguación de grandezas pasadas, como para adornarnos con méritos, reales o presuntos de nuestros antecesores; sino en el origen real y verdadero de nuestra propia persona. El *desarraigo*, la falta de conciencia de conciencia de las raíces, sería una carencia y una limitación: “Cuando de la unión conyugal de los dos nace un nuevo hombre, éste trae consigo al mundo una particular imagen y semejanza de Dios mismo: *en la biología de la generación está inscrita la genealogía de la persona*”²⁸⁸.

Hay un profundo misterio en el origen de cada persona y en la génesis de cada *personalidad* individual. La novedad del ser de una persona supone la aparición de un yo espiritual, inteligente y libre, que será artífice de su propia trayectoria vital. “Al afirmar que los esposos, en cuanto padres, son colaboradores de Dios Creador en la concepción y generación de un nuevo ser humano, no nos referimos sólo al aspecto biológico; queremos subrayar más bien que *en la paternidad y maternidad humanas Dios mismo está presente*

²⁸⁴ *Ibidem*.

²⁸⁵ *Salmo* 126, 1.

²⁸⁶ *Homilía* 27-I-1985, n. 6.

²⁸⁷ JUAN PABLO II. *Carta a las familias*, n. 9.

²⁸⁸ *Ibidem*.

de un modo diverso de como lo está en cualquier otra generación <<sobre la tierra>>. En efecto, solamente de Dios puede provenir aquella <<imagen y semejanza>>, propia del ser humano, como sucedió en la creación. La generación es, por consiguiente, la continuación de la creación”²⁸⁹.

Al origen de cada persona no es ajeno el amor: amoroso es el designio divino creador, y amoroso es igualmente el contexto familiar en el que el hombre nace. “Como afirma el Concilio, el hombre <<es la única creatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí misma>>²⁹⁰. El origen del hombre se debe no sólo a las leyes de la biología, sino directamente a la voluntad creadora de Dios: voluntad que llega hasta la genealogía de los hijos e hijas de las familias humanas. *Dios <<ha amado>> al hombre desde el principio y lo sigue <<amando>> en cada concepción y nacimiento humano. Dios <<ama>> al hombre como un ser semejante a Él, como persona. Este hombre, todo hombre, es creado por Dios <<por sí mismo>>. Esto es válido para todos, incluso para quienes nacen con enfermedades o limitaciones*”²⁹¹. De aquí deriva la dignidad y grandeza de *cada* persona, de *toda* persona. Aun el hombre más disminuido e incapaz es fruto de un querer creador, que lo ha mirado y continúa mirando con cariño. Es digno de consideración y respeto. No es nunca un número en una estadística ni un simple *recurso humano*. Y tiene un destino que es personal y trasciende a su vida temporal en este mundo: “Por su misma genealogía, la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, *participa precisamente en su Vida, existe <<por sí misma>> y se realiza. El contenido de esta realización es la plenitud de vida en Dios, de la que habla Cristo*²⁹², quien nos ha redimido previamente para introducirnos en ella²⁹³”²⁹⁴.

La familia responde a un diseño de bien, está orientada hacia la multiplicación del bien. Y de ese bien máximo en la realidad creada que es la persona humana. “Las palabras del consentimiento matrimonial definen lo que constituye el bien común *de la pareja y de la familia*. Ante todo, el bien común de los esposos, que es el amor, la fidelidad, la honra, la duración de su unión hasta la muerte: <<todos los días de mi vida>>. El bien de ambos, que

²⁸⁹ *Ibidem*.

²⁹⁰ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

²⁹¹ *Carta a las familias*, n. 9.

²⁹² Cf. *Juan* 6, 37-40.

²⁹³ Cf. *Marcos* 10, 45.

²⁹⁴ *Carta a las familias*, n. 9.

lo es de cada uno, deberá ser también el bien de los hijos (...). Las palabras del consentimiento expresan, pues, lo que constituye el bien común de los esposos e *indica lo que debe ser el bien común de la futura familia*. Para ponerlo en evidencia la Iglesia les pregunta si están dispuestos a recibir y educar cristianamente a los hijos que Dios les conceda”²⁹⁵. Como la persona es un bien, para su familia y para el mundo, la mentalidad antinatalista supone un empobrecimiento, y un impulso a modos de vida antihumanos. “Se da la paradoja de que los países donde se hace más propaganda del control de la natalidad - y desde donde se impone la práctica a otros países- son precisamente los que han alcanzado un nivel de vida más alto. Quizá se podrían considerar seriamente sus argumentos de carácter económico y social, cuando esos mismos argumentos les moviesen a renunciar a una parte de los bienes opulentos de que gozan, en favor de esas otras personas necesitadas. Entre tanto se hace difícil no pensar que, en realidad, lo que determina esas argumentaciones es el hedonismo y una ambición de dominio político, de neocolonialismo demográfico”²⁹⁶.

La concepción materialista de la persona y de la vida humana, no tiene en cuenta la dimensión espiritual del hombre, que tiene una importancia decisiva a la hora de valorizar la familia. “La paternidad y la maternidad representan *un cometido de naturaleza no simplemente física, sino espiritual*; en efecto, por ellas pasa la genealogía de la persona, que tiene su inicio eterno en Dios y que debe conducir a Él”²⁹⁷. Hay comunidad y multiplicación de afectos en el ámbito familiar. Allí la persona aprende a querer y ser querida; “la oración de la comunidad familiar puede convertirse en ocasión de recuerdo común y recíproco; en efecto, la familia es comunidad de generaciones. En la oración todos deben estar presentes: los que viven y quienes ya han muerto, como también los que aún tienen que venir al mundo”²⁹⁸.

La familia es el espacio de numerosos e imborrables lazos interpersonales, de conocimiento y afecto. En la medida en que la familia se reduce, se empobrece también la vida humana, en sus posibilidades de comunicación personal. Juan Pablo II se lamentaba de ello: “¿Son así las familias a las que me dirijo con esta Carta? Ciertamente no pocas son así,

²⁹⁵ *Ibidem*, n. 10.

²⁹⁶ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Conversaciones*, n. 94.

²⁹⁷ *Carta a las familias*, n. 10.

²⁹⁸ *Ibidem*.

pero en la época actual se ve la tendencia a restringir el núcleo familiar al ámbito de dos generaciones. Esto sucede a menudo por la escasez de viviendas disponibles, sobre todo en las grandes ciudades. Pero muchas veces esto es debido también a la convicción de que varias generaciones juntas son un obstáculo para la intimidad y hacen demasiado difícil la vida. Pero, ¿no es precisamente éste el punto más débil? *Hay poca vida verdaderamente humana en las familias de nuestros días*. Faltan las personas con las que crear y compartir el bien común; y sin embargo el bien, por su naturaleza, exige ser creado y compartido por otros: <<el bien tiende a difundirse>>. El bien cuanto más común es, tanto *más propio es también*: mío-tuyo-nuestro. Ésta es la lógica intrínseca del vivir en el bien, en la verdad y en la caridad. Si el hombre sabe aceptar esta lógica y seguirla, su existencia llega a ser verdaderamente una <<entrega sincera>>²⁹⁹.

La vida como regalo

La difundida mentalidad antinatalista incurre en un grave error al favorecer el egoísmo, que estrecha enormemente el horizonte vital de la persona. El Concilio Vaticano II³⁰⁰ afirma que el hombre “no puede encontrarse plenamente a sí mismo sino en la entrega sincera de sí mismo”. Y Juan Pablo II ha comentado³⁰¹ que “podría parecer una contradicción, pero no lo es absolutamente. Es, más bien, la gran maravillosa paradoja de la existencia humana: una existencia llamada a *servir a la verdad en el amor*. El amor hace que el hombre se realice mediante la entrega sincera de sí mismo. Amar significa dar y recibir lo que no se puede comprar ni vender, sino sólo regalar libre y recíprocamente”.

Así en el matrimonio hay una generosa donación, una “*entrega de la persona a la persona*”. Y entonces, cuando “*transmiten la vida al hijo, un nuevo <<tú>> humano se inserta en la órbita del <<nosotros>> de los esposos*”. El hijo, cuando es esperado y amado, aparece como un regalo, como un *don*. “Así es, efectivamente, desde el principio. ¿Podría, quizás calificarse de manera diversa este ser frágil e indefenso, dependiente en todo de sus padres y encomendado completamente a ellos? El recién nacido se entrega a los

²⁹⁹ *Ibidem*.

³⁰⁰ Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

³⁰¹ *Carta a las familias*, n. 11.

padres por el mismo hecho de nacer. *Su vida es un don, el primer don del Creador a la criatura. En el recién nacido se realiza el bien común de la familia*³⁰².

Existe, sin embargo, la tentación de decirle que no a una nueva vida, por diversos motivos y condicionamientos. El hijo *“viene a ocupar un espacio, mientras parece que en el mundo cada vez haya menos”*³⁰³.

El Papa, en esta citada *Carta a las familias* presentaba clara y abiertamente la nueva vida como un don excelente, no sólo para su propia familia, sino para la entera humanidad: *“Su vida se convierte en don para los mismos donantes de la vida... El bien común de toda la sociedad está en el hombre... <<La gloria de Dios es que el hombre viva>> (S. Ireneo)*³⁰⁴.

De ahí la especial importancia de la familia, pues todo lo que la perjudica va en detrimento del hombre: *“la familia es -más que cualquier otra realidad social- el ambiente en que el hombre puede vivir <<por sí mismo>> a través de la entrega sincera de sí. Por esto, la familia es una institución social que no se puede ni se debe sustituir: es el <<santuario de la vida>>”*³⁰⁵.

El enconchamiento ante el amor, la vida, la generosa donación de sí, hace infelices a los individuos y a las sociedades, al encapsularlos en parámetros egocentristas. Las circunstancias difíciles y complejas que afectan a veces a algunas familias, no son motivo suficiente para renunciar a estas verdades capitales: *“la Iglesia está convencida de que debe permanecer absolutamente fiel a la verdad sobre el amor humano; de otro modo, se traicionaría a sí misma” a pesar de “muchas formas de oposición que (...) encuentra por parte de los partidarios de una falsa civilización del progreso”*³⁰⁶.

³⁰² *Ibidem.*

³⁰³ *Ibidem.*

³⁰⁴ *Ibidem.*

³⁰⁵ *Ibidem.* ³⁰⁶ *Ibidem.*

III. LIBERTAD PERSONAL

Crisis moral y crisis de la moral

Para nadie es un secreto que la humanidad está atravesando tiempos de decadencia y crisis moral. De ahí la actualidad y el interés de la Encíclica *Veritatis splendor*: El esplendor de la verdad. En ella Juan Pablo II se enfrentaba a la situación de crisis moral, señalando diagnósticos y remedios. Así se recuerda la constante tendencia humana a apartarse de la verdad y del bien: “Debido al misterioso pecado del principio, cometido por instigación de Satanás, que es <<mentiroso y padre de la mentira>>³⁰⁷, el hombre es tentado continuamente a apartar su mirada del Dios vivo y verdadero y dirigirla a los ídolos³⁰⁸, cambiando <<la verdad de Dios por la mentira>>³⁰⁹; de esta manera su capacidad para conocer la verdad queda ofuscada; y debilitada su voluntad para someterse a ella. Y así, abandonándose al relativismo y al escepticismo³¹⁰, busca una libertad ilusoria fuera de la realidad misma”³¹¹.

No es lo mismo una crisis moral que una crisis de la Moral. La crisis moral se refiere a la conducta de los miembros del Pueblo de Dios y aun de toda la humanidad; mientras que la crisis de la Moral se refiere a los yerros de los teólogos y profesores moralistas: al estudio de la Moral.

Sin embargo, podríamos hablar de un mutuo condicionamiento e influjo. La crisis moral se produce cuando los hombres se apartan de las fuentes de la gracia: la palabra revelada por Dios, la oración personal, los sacramentos de la Iglesia. Sobreviene entonces una crisis moral entre los creyentes, y al poco tiempo, ya que la Iglesia es fermento en la masa, una crisis moral generalizada, para toda la humanidad, más allá de los visibles confines eclesiales. La crisis de la Moral ocurre cuando los teólogos moralistas, por su parte, se alejan de las fuentes de la gracia. Y los yerros teológicos se ven influenciados por

³⁰⁷ Juan 8, 44.

³⁰⁸ Cf. *1 Tesalonicenses* 1, 9.

³⁰⁹ *Romanos* 1, 25.

³¹⁰ Cf. *Juan* 18. 38.

³¹¹ *Enc. Veritatis splendor*, n. 1.

la crisis moral práctica, a la vez que repercuten también sobre ella, en una perniciosa retroalimentación.

Así se explica la urgencia de la llamada del Papa: “hoy se hace necesario reflexionar sobre el *conjunto de la enseñanza moral de la Iglesia*, con el fin preciso de recordar algunas verdades fundamentales de la doctrina católica, que en el contexto actual corren el riesgo de ser deformadas o negadas. En efecto, ha venido a crearse *una nueva situación dentro de la misma comunidad cristiana*, en la que se difunden muchas dudas y objeciones de orden humano y psicológico, social y cultural, religioso e incluso específicamente teológico, sobre las enseñanzas morales de la Iglesia. Ya no se trata de contestaciones parciales y ocasionales, sino que, partiendo de determinadas concepciones antropológicas y éticas, se pone en tela de juicio, de modo global y sistemático, el patrimonio moral”³¹².

En la raíz doctrinaria aparece siempre la desvinculación entre la verdad y la libertad, tema de fondo que aparece en diversos lugares de la encíclica. “En la base se encuentra el influjo, más o menos velado, de corrientes de pensamiento que terminan por erradicar la libertad humana de su relación esencial y constitutiva con la verdad. Y así, se rechaza la doctrina tradicional sobre la ley natural y sobre la universalidad y permanente validez de sus preceptos; se consideran simplemente inaceptables algunas enseñanzas morales de la Iglesia; se opina que el mismo Magisterio no debe intervenir en cuestiones morales más que para <<exhortar a las conciencias>> y <<proponer los valores>> en los que cada uno basará después autónomamente sus decisiones y opciones de vida”³¹³. Y las consecuencias llegan hasta la conducta cotidiana, individual y comunitaria.

De ahí el llamado a la solicitud pastoral de los Obispos: “Me dirijo a vosotros, venerables hermanos en el Episcopado, que compartís conmigo la responsabilidad de custodiar la <<sana doctrina>>³¹⁴, con la intención de *precisar algunos aspectos doctrinales que son decisivos para afrontar lo que sin duda constituye una verdadera crisis*, por ser tan graves las dificultades derivadas de ella para la vida moral de los fieles y para la comunión en la Iglesia, así como para una existencia social justa y solidaria”³¹⁵. Y hay otra apelación urgente a la responsabilidad eclesial de los teólogos moralistas³¹⁶.

³¹² *Ibidem*, n. 4.

³¹³ *Ibidem*.

³¹⁴ 2 *Timoteo* 4, 3.

³¹⁵ Enc. *Veritatis splendor*, n. 114-116.

³¹⁶ Cf. *Ibidem*, n. 109-113.

Ante la realidad de la crisis moral y de la Moral, destaca la importancia de esta encíclica, de contenido tan actual. Su propio autor, en los números finales, se encarga de resaltar la centralidad de los temas tratados: “A la luz de la Revelación y de la enseñanza constante de la Iglesia y especialmente del Concilio Vaticano II, he evocado brevemente los rasgos esenciales de la libertad, los valores fundamentales relativos a la dignidad de la persona y a la verdad de sus actos, hasta el punto de poder reconocer, al obedecer a la ley moral, una gracia y un signo de nuestra adopción en el Hijo único³¹⁷ (...). Cada uno de nosotros puede advertir la gravedad de cuanto está en juego, no sólo para cada persona sino también para toda la sociedad, con la *reafirmación de la universalidad e inmutabilidad de los mandamientos morales* y, en particular, de aquellos que prohíben siempre y sin excepción los actos intrínsecamente malos”³¹⁸.

Pregunta importante

Relata el evangelista San Mateo³¹⁹ que en cierta ocasión a Jesús “se le acercó uno...”. El Papa Juan Pablo II en su encíclica *Veritatis splendor*³²⁰ comenta este pasaje, y ve en él a todo hombre que “se acerca a Cristo, Redentor del hombre, y le formula la pregunta moral”, una pregunta de pleno significado para la vida. En efecto, no hay quien no se haga, al menos alguna vez, la pregunta acerca del sentido de su vida, el origen y la finalidad de ésta, el logro de los afanes e ideales, la realización en plenitud de la propia perfección y felicidad. Para poder realizar esta pregunta y obtener una cabal respuesta, Dios ha querido su Iglesia.

Ésta es la pregunta, universal y a la vez personal de cada uno: “Maestro, ¿qué he de hacer de bueno para conseguir la vida eterna?”³²¹. Pregunta esencial e ineludible para la vida de todo hombre, pregunta que va más allá de lo inmediato y anecdótico, pregunta que “se refiere al bien moral que hay que practicar y a la vida eterna”³²².

Cuando alguien pregunta, es señal de que ignora; si no, no preguntaría. No sabe e intenta saber, inquiriendo de quien ya sabe. Y pregunta porque tiene interés, porque hay

³¹⁷ Cf. *Efesios* 1, 4-6.

³¹⁸ Enc. *Veritatis splendor*, n. 115.

³¹⁹ 19, 16.

³²⁰ N. 6 y 7.

³²¹ *Mateo* 19, 16.

³²² Enc. *Veritatis splendor*, n. 8.

una inquietud en su corazón, porque aquello afecta a su vida personal. Pero el preguntar no indica solamente ignorancia, sino también que, en cierta manera, *ya se sabe*. Si nada se supiera, no surgiría tampoco la pregunta. Preguntar sobre el bien y la vida eterna expresa bien la inquietud y también ese *algo que ya se sabe*, que hay en el corazón humano.

Las grandes preguntas son perennes, en presente de todo tiempo. Y así lo es ésta. “Es necesario que el hombre de hoy se dirija nuevamente a Cristo para obtener de Él la respuesta sobre lo que es bueno y lo que es malo”³²³. Sólo así encontrará el sentido de su vida, al vislumbrar los grandiosos planes de Dios que crea al hombre, lo redime y lo glorifica. Así, “el hombre que quiere comprenderse hasta el fondo de sí mismo -y no sólo según pautas y medidas de su propio ser, que son inmediatas, parciales, a veces superficiales e incluso aparentes-, debe, con su inquietud, incertidumbre e incluso con su debilidad y pecaminosidad, con su vida y con su muerte, acercarse a Cristo. Debe, por decirlo así, entrar en Él con todo su ser, debe <<apropiarse>> y asimilar toda la realidad de la Encarnación y de la Redención para encontrarse a sí mismo. Si se realiza en él este hondo proceso, entonces da frutos no sólo de adoración a Dios, sino también de profunda maravilla de sí mismo”³²⁴.

Verdaderamente bueno

La conciencia de cada persona le lleva a preguntarse, ante lo que va a hacer o lo que hizo: ¿Esto es bueno o es malo? Y con rapidez la conciencia dictamina y nos da una respuesta. En la pregunta sobre lo bueno que un joven dirigió a Jesucristo, recibió como respuesta: “Uno solo es el Bueno”³²⁵. Y Juan Pablo II señala que solamente Dios puede responder a cabalidad a la pregunta sobre el bien, porque Él es el Bien³²⁶. Interrogarse sobre el bien significa en último término dirigirse a Dios. La pregunta de aquel joven iba bien dirigida, porque la hizo a quien podía responderla. El bien o el mal no dependen de una simple conveniencia subjetiva, sino que se miden por relación a Dios, infinito Bien.

Impera profusamente en nuestros días lo que ha sido llamado *la ley del gusto*, ley no expresamente formulada pero seguida y vivida por muchos. Según ella sería bueno lo que a

³²³ *Ibidem*.

³²⁴ Enc. *Redemptor hominis*, n. 13.

³²⁵ Mateo 19, 17.

³²⁶ Enc. *Veritatis splendor*, n. 9.

mí me agrada y malo lo que me desagradan. Pero el verdadero punto de referencia no ha de ser éste; más bien es bueno lo que agrada a Dios y malo lo que a Él le desagradan. Pues a mí hay cosas que me agradan, y que son malas; y otras que me desagradan y, sin embargo, son buenas.

Y es que nuestro bien supremo está más allá del ámbito estrecho de nuestro yo, para dirigirse y alcanzar a El que sólo es verdaderamente Bueno. “La Iglesia, iluminada por las palabras del Maestro, cree que el hombre, hecho a imagen y semejanza del Creador, redimido con la sangre de Cristo y santificado por la presencia del Espíritu Santo, tiene como *fin último* de su vida ser «alabanza de la gloria de Dios»³²⁷, haciendo así que cada una de sus acciones refleje su esplendor”³²⁸. Lo que el hombre debe hacer como bueno y evitar como malo se manifiesta en el momento en que Dios se revela a sí mismo³²⁹, promulgando los mandamientos del Decálogo, invitando a todos a la santidad³³⁰.

Así la opción por el bien no se resuelve en un soliloquio individualista, sino en un diálogo. “*La vida moral se presenta como la respuesta* debida a las iniciativas gratuitas que el amor de Dios multiplica en favor del hombre. Es una *respuesta de amor*”³³¹. El bien consiste en acercarse a Dios, reconocerle, responderle, amarle. Y de la cercanía a El que es *verdaderamente Bueno* procede la abundancia de procurar el bien de nuestro prójimo.

Aunque, de todos modos, el cumplimiento del doble precepto del amor, que es mucho más que un mero *cumplir*, “puede lograrse solamente como un don de Dios”³³².

Sólo para el que quiera

La pregunta sobre la salvación, sobre cómo alcanzar la vida eternamente feliz, es a la vez también la pregunta sobre el bien y el mal moral. Juan Pablo II recuerda que “Dios ya respondió a esta pregunta: lo *hizo creando al hombre y ordenándolo* a su fin con sabiduría y amor, mediante la ley inscrita en su corazón³³³, la «ley natural». Ésta «no es más que la luz de la inteligencia infundida en nosotros por Dios. Gracias a ella conocemos lo que se debe hacer y lo que se debe evitar. Dios dio esta luz y esta ley en la

³²⁷ Cf. *Efesios* 1, 12.

³²⁸ Enc. *Veritatis splendor*, n. 10.

³²⁹ Cf. *Éxodo* 20, 2-3.

³³⁰ Cf. *Levítico* 19, 2; 26, 12.

³³¹ Enc. *Veritatis splendor*, n. 10.

³³² *Ibidem*, n. 11.

³³³ Cf. *Romanos* 2, 15.

creación»^{334,335}. Posteriormente concretará todavía más esta respuesta, estableciendo una Alianza con el Pueblo de Israel y dándole las tablas de la Ley en el Sinaí.

Los mandamientos de Dios son a la vez señalización y camino que hay que recorrer para llegar a la salvación: “Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos”³³⁶. La vida eterna no le es impuesta a nadie: en el Cielo no hay nadie forzado. Es sólo para el que quiera. Y demuestra querer el que cumple los mandamientos. Estos van unidos a una promesa: la tierra prometida, que en la Antigua Alianza es figura y anticipo de la Bienaventuranza eterna. El decálogo se resume en el doble precepto del amor: a Dios, y por Él al prójimo; y tutela los bienes particulares, los derechos fundamentales de la persona humana³³⁷. El amor a Dios y al prójimo -con obras- están inseparablemente unidos y complementados, de tal manera que el uno no puede vivirse sin el otro. “De su unidad inseparable da testimonio Jesús con sus palabras y su vida: su misión culmina en la Cruz que redime³³⁸, signo de su amor indivisible al Padre y a la humanidad^{339,340}.

La Nueva Alianza no suprime los mandamientos, para dar lugar a una moral más o menos etérea, basada sólo en las buenas intenciones: “«No penséis que he venido a abolir la Ley y los profetas. No he venido a abolir, sino a dar cumplimiento»³⁴¹. Cristo es la clave de las Escrituras: «Vosotros investigáis las Escrituras, ellas son las que dan testimonio de mí»³⁴². Es el centro de la *Economía* de la salvación, la recapitulación del Antiguo y del Nuevo Testamento, de las promesas de la Ley y de su cumplimiento en el Evangelio”³⁴³.

Guardar los mandamientos sigue siendo, en la moral evangélica, condición ineludible para la salvación. La gracia abunda más que en la antigua *Economía*, y el amor hace más urgentes el anhelo y el esfuerzo. “*Jesús lleva a cumplimiento los mandamientos de Dios* -en particular, el mandamiento del amor al prójimo-, *interiorizando y radicalizando sus exigencias*: el amor al prójimo brota de *un corazón que ama* y que, precisamente porque ama, está dispuesto a vivir *las mayores exigencias*. Jesús muestra que

³³⁴ Cf. Sto. TOMAS DE AQUINO. *Opuscula theologica* II, n. 1.129.

³³⁵ Enc. *Veritatis splendor*, n. 12.

³³⁶ *Mateo* 19, 17.

³³⁷ Cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 13.

³³⁸ Cf. *Juan* 3, 14-15.

³³⁹ Cf. *Juan* 13, 1.

³⁴⁰ Enc. *Veritatis splendor*, n. 14.

³⁴¹ *Mateo* 5, 17.

³⁴² *Juan* 5, 39.

³⁴³ Enc. *Veritatis splendor*, n. 15.

los mandamientos no deben ser entendidos como un límite mínimo que no hay que sobrepasar, sino como una senda abierta para un camino moral y espiritual de perfección, cuyo impulso interior es el amor^{344»345}.

Nostalgia de plenitud

Cuando aquel joven del que habla el Evangelio³⁴⁶ pregunta a Jesús sobre el modo de alcanzar la vida eterna, éste le responde que guarde los mandamientos. Él responde sinceramente que los ha guardado. Pero no le parece suficiente, anhela algo más. En efecto, un mero *cumplimiento*, sin alma, sin amor, no satisface al corazón. Jesús se refiere a esto; “comprendiendo *la nostalgia de una plenitud que supere la interpretación legalista de los mandamientos* el Maestro bueno invita al joven a emprender *el camino de la perfección*: «Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego ven, y sígueme»³⁴⁷.

Hay una clara invitación a la perfección, a la plenitud. Lo mismo que sucede con las bienaventuranzas, que más que un catálogo de normas particulares de conducta expresan las disposiciones personales de fondo que asume una persona en relación a la plena realización y felicidad. Si bien no coinciden literalmente con el enunciado de los mandamientos, no hay con respecto a ellos ninguna discrepancia. Son disposiciones radicales en la propia existencia, que llevan consigo promesas de auténtica plenitud; y que siendo un *autorretrato* de Cristo, suponen una invitación a seguirle en comunión de vida con Él³⁴⁸.

Buscar la plenitud indica madurez en la persona que busca, y esta madurez se acrecienta cuando la búsqueda es plenamente sincera. “El coloquio de Jesús con el joven nos ayuda a comprender *las condiciones para el crecimiento moral del hombre llamado a la perfección*: el joven, que ha observado todos los mandamientos, se muestra incapaz de dar el paso siguiente sólo con sus fuerzas. Para hacerlo se necesita una libertad madura («si

³⁴⁴ Cf. *Colosenses* 3, 14.

³⁴⁵ Enc. *Veritatis splendor*, n. 15.

³⁴⁶ *Mateo* 19, 20.

³⁴⁷ Enc. *Veritatis splendor*, n. 16.

³⁴⁸ Cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 16.

quieres») y el don divino de la gracia («ven, y sígueme»)³⁴⁹. La gracia no suele faltar a quien pone el empeño, a quien hace lo que está en su mano.

Existe una estrecha relación entre la madurez humana y la disposición de compromiso, de entrega. El que rehuye, temeroso y egoísta, todo compromiso, está condenado a una perpetua inmadurez. “*La perfección exige aquella madurez en darse a sí mismo, a que está llamada la libertad del hombre*”³⁵⁰.

Como ha proclamado solemnemente la Constitución *Lumen gentium* del Concilio Vaticano II, la vocación al amor perfecto no está reservada de modo exclusivo a una élite de personas: es para todos³⁵¹. El seguimiento de Cristo³⁵², fundamento esencial y original de la moral cristiana, es el modo de tender a la perfección con la que es perfecto el mismo Padre celestial³⁵³. Jesús pide que le sigan en el camino de un amor que se da totalmente a los hermanos por amor de Dios³⁵⁴. La generosidad hacia la plenitud supone un don recibido de Dios; pero ello no disminuye, sino que refuerza la exigencia moral del amor. “Da lo que mandas y manda lo que quieras”, dice San Agustín³⁵⁵.

Estos requerimientos no son únicamente del pasado. También hoy se hace presente “la contemporaneidad de Cristo” con respecto a todo hombre³⁵⁶: “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”³⁵⁷. Bien necesitado está el mundo de nuestros días del seguimiento de Cristo radical, en plenitud. Sin esa actitud de fondo el mero *cumplimiento* de preceptos no se sostiene. Hacen falta cristianos plenamente coherentes, porque: “Ninguna laceración debe atentar contra la *armonía entre la fe y la vida*: la unidad de la Iglesia es herida no sólo por los cristianos que rechazan o falsean la verdad de la fe, sino también por aquellos que desconocen las obligaciones morales a las que llama el Evangelio”³⁵⁸.

Vigencia de la ley natural

³⁴⁹ *Ibidem*, n. 17.

³⁵⁰ *Ibidem*.

³⁵¹ Cf. *Ibidem*, n. 18.

³⁵² Cf. *Mateo* 19, 21.

³⁵³ Cf. *Mateo* 5, 48.

³⁵⁴ Cf. *Juan* 15, 12; cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 20.

³⁵⁵ *Confesiones* X, 29, 40; cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 24.

³⁵⁶ Cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 25.

³⁵⁷ *Mateo* 28, 20.

³⁵⁸ Enc. *Veritatis splendor*, n. 26.

No es raro hoy en día, cuando se trata de problemas morales, que se destaque la importancia de la conciencia individual y de las libres decisiones personales. Ya que la moral se refiere a la conducta del hombre-persona y concretamente a sus acciones deliberadas y libres. Todo esto es verdadero y muy importante.

Pero lo antes dicho no nos debe llevar a contraponer artificialmente la libertad humana y la ley moral. Esta contraposición sólo se produciría si el hombre pretendiera constituirse en legislador moral y, en cierta manera, en autosalvador. Sin embargo, como recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica³⁵⁹: “El hombre, llamado a la bienaventuranza, pero herido por el pecado, necesita la salvación de Dios. La ayuda divina le viene en Cristo por la ley que lo dirige y en la gracia que lo sostiene”. ¿Qué sentido tiene esta ley de Cristo?: “La ley moral es obra de la Sabiduría divina. Se la puede definir, en el sentido bíblico, como una instrucción paternal, una pedagogía de Dios. Prescribe al hombre los caminos, las reglas de conducta que llevan a la bienaventuranza prometida; proscribire los caminos del mal que apartan de Dios y de su amor. Es a la vez firme en sus preceptos y amable en sus promesas”³⁶⁰.

Una de las principales expresiones que tiene la ley moral es la que llamamos *ley natural*, que “expresa el sentido moral original que permite al hombre discernir mediante la razón lo que son el bien y el mal, la verdad y la mentira”³⁶¹.

El Catecismo de la Iglesia Católica se detiene en mostrar las características de esta ley moral natural, que es una guía que Dios proporciona a todos y a cada uno de los hombres. “La *ley divina y natural*³⁶² muestra al hombre el camino que debe seguir para practicar el bien y alcanzar su fin. La ley natural contiene los preceptos primeros y esenciales que rigen la vida moral. Tiene por raíz la aspiración y la sumisión a Dios, fuente y juez de todo bien, así como el sentido del prójimo en cuanto igual a sí mismo. Está expuesta, en sus principales preceptos, en el Decálogo. Esta ley se llama natural no por referencia a la naturaleza de los seres irracionales, sino porque la razón que la proclama pertenece propiamente a la naturaleza humana”³⁶³. Como está presente en el corazón de todos los hombres, es *universal*, a todos se extiende, y determina los principales deberes y

³⁵⁹ N. 1949.

³⁶⁰ *Ibidem*, n. 1950.

³⁶¹ *Ibidem*, n. 1954.

³⁶² Cf. Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 89.

³⁶³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.955.

derechos humanos. Recoge unos principios morales comunes, aplicables a través de todas las épocas y culturas. Es también *inmutable*, y no queda abolida por el paso del tiempo, al igual que los elementos esenciales de la naturaleza humana.

Dios, supremo legislador, ha querido que los preceptos de la ley natural sean conocidos por todos, de manera clara e indudable. Pero para eso necesitamos ayuda. “En la situación actual, la gracia y la revelación son necesarias al hombre pecador para que las verdades religiosas y morales puedan ser conocidas *de todos y sin dificultad, con una firme certeza y sin mezcla de error*”³⁶⁴. La ley natural proporciona a la Ley revelada y a la gracia un cimiento preparado por Dios y armonizado con la obra del Espíritu”³⁶⁵.

Juan Pablo II, en su Encíclica *Veritatis splendor*, señala en perfecta concordancia con el anterior Magisterio pontificio, la vigencia siempre actual de la ley moral natural, poniendo de relieve la inconsistencia de teorías que han llegado a preconizar “*una completa autonomía de la razón* en el ámbito de las normas morales relativas al recto ordenamiento de la vida en este mundo. Tales normas constituirían el ámbito de una moral solamente *humana*, es decir, serían la expresión de una ley que el hombre se da autónomamente a sí mismo y que tiene su origen exclusivamente en la razón humana (...). Estas tendencias de pensamiento han llevado a negar, contra la Sagrada Escritura³⁶⁶ y la doctrina perenne de la Iglesia, que la ley moral natural tenga a Dios como autor y que el hombre, mediante su razón, participe de la ley eterna, que no ha sido establecida por él”³⁶⁷.

En efecto, la ley moral natural supone una participación de la criatura racional en el orden universal establecido por el legislador divino, de manera que la razón humana no es legislativa en el terreno moral³⁶⁸. La libertad del hombre es una libertad de respuestas y decisiones en conciencia, pero no una substitución abusiva de la potestad legislativa de Dios creador y providente. La ley de Dios tiene como meta el amor, expresa la verdad y está al servicio de los derechos y de la felicidad de la persona humana³⁶⁹. La ley natural no es obra de un designio caprichoso, sino que refleja el orden sapientísimo de Dios, que busca en toda época y circunstancia el bien de sus hijos. Sólo quien ejerce la perfección del acto

³⁶⁴ PÍO XII. Enc. *Humani generis*, D.S. 3.876.

³⁶⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.960.

³⁶⁶ Cf. *Mateo* 15, 3-6.

³⁶⁷ JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 36.

³⁶⁸ Cf. *Ibidem*, n. 44.

³⁶⁹ Cf. *Ibidem*, n. 90 y ss.

creador, que alcanza lo más profundo del ser de las cosas, es capaz de dar una inclinación congruente y ordenada al universo, y dentro de él al hombre, que es constitutivamente racional y libre.

La naturaleza de los seres es como es, como Dios la ha establecido. Yo puedo desdeñar la ley de la gravedad, pensar que es caprichosa y falsa, y en consecuencia arrojarme a la calle desde un octavo piso, porque he decidido la no vigencia de tal ley. Sin embargo, esa convicción subjetiva no va a impedir los traumatismos que sufriré al chocar con el pavimento. Se trata aquí de una *ley natural física*. Análogamente la *ley moral natural* sigue vigente, aunque yo pretenda ignorarla. Y, si la quebranto, los traumatismos morales para la persona y la sociedad son inevitables.

La ley moral natural está en plena vigencia. Y yo, libre y racionalmente, deberé poner todo mi empeño en conocerla y practicarla. El hecho de que, con frecuencia excesiva, sea quebrantada por unos y por otros no indica que no está vigente, sino que el ambiente moral está contaminado y depravado. Ya que las leyes morales no recogen conductas morales *factuales o estadísticas*, sino el *deber ser* de una ordenación divina. Aunque no hubiera ni siquiera diez justos en Sodoma, esto no implicaba que la ley moral natural estuviese obsoleta. Y el castigo divino se hizo sentir³⁷⁰.

Aceptar la ley de la gravedad no supone intolerancia o fanatismo hacia quienes no aceptan la caída de los cuerpos graves. Sino tener en cuenta, para el adecuado comportamiento humano que lleva a procurar los bienes y evitar los males físicos, una ley que está vigente. Lo propio sucede en el ámbito moral: guiarse por la ley natural, vigente para todos, es procurar la realización de los derechos y del bien de la persona humana.

Ante la ley moral natural la razón humana no es pasiva ni inerte: puede y debe descubrirla para aplicarla a la vida, y poner en ello todos los resortes de su amorosa voluntad³⁷¹.

El bien terreno y eterno de las personas es demasiado importante para que sea dejado en manos de un designio caprichoso de tal o cual pensador o gobernante. Cuando el Magisterio pontificio precisa las certezas universales de la ley moral natural, confirmadas por la Revelación divina, presta al hombre de nuestro tiempo y de todos los tiempos el mejor servicio: en orden a la dignidad y derechos de la persona, la justicia en las relaciones

³⁷⁰ Cf. *Génesis* 18, 20 y ss.

³⁷¹ Cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 36 y 40.

comunitarias, la solidaridad entre los hombres y las naciones, la realización cabal terrena y eterna de cada hombre³⁷².

Libres en verdad

La libertad del hombre necesita un rumbo, un sentido, unas pautas; para no ser simplemente un arbitrio, un juego caprichoso e irracional. La moral se plantea cuál es la relación entre la libertad del hombre y la ley de Dios, entre la libertad y la verdad. El querer humano no es un querer ciego, sino razonable. Responde a unas razones, ama y busca lo que al hombre conviene; “solamente la libertad que se somete a la Verdad conduce a la persona humana a su verdadero bien. El bien de la persona es *estar* en la Verdad y *realizar* la Verdad”³⁷³.

No hay que tener miedo a la verdad ni a la libertad, regalos de Dios al hombre, basamentos de su dignidad. Una moral de meras obligaciones formales, que dejase en la sombra la libertad, es incompleta y escasamente satisfactoria para el hombre de nuestros días. Hay necesidad de una amplia acción pastoral que ayude a descubrir el nexo inquebrantable Verdad-Bien-Libertad. Cuando se desprecia la verdad o se mira con indiferencia, se termina despreciando la vida del hombre y los derechos humanos. Se está perdiendo de vista el hecho de que sólo en la verdad puede el hombre encontrar su salvación³⁷⁴.

Hay aquí una referencia cristocéntrica: para considerar el valor pleno de la libertad cuando se ordena por completo a querer el bien, es preciso “tener la mirada fija en el Señor Jesús (...). Cristo crucificado revela el significado auténtico de la libertad, lo vive plenamente en el don de sí”³⁷⁵. Libertad para el bien, para el amor, para la plenitud; no para el juego caprichoso o el egoísmo estrecho.

La libertad humana es real, pero débil y contingente (puede fallar), como cualquiera a diario experimenta. Ante ella aparecen los espejismos de la primitiva tentación: “Seréis como dioses”³⁷⁶. Tenemos libertad, pero trabada todavía por las ligaduras del pecado. Cuanto más se practica el bien, más fuerte y genuino es el ejercicio de la libertad: “La

³⁷² Cf. *Ibidem*, n. 53.

³⁷³ JUAN PABLO II. Enc. *Veritatis splendor*, n. 84.

³⁷⁴ Cf. *Ibidem*.

³⁷⁵ *Ibidem*, n. 85.

³⁷⁶ *Génesis* 3, 5.

libertad, pues, necesita ser liberada. Cristo es su libertador: «para ser libres nos libertó Él»³⁷⁷,³⁷⁸.

Es tal la condición humana que el reconocimiento honesto y abierto de la verdad es condición para la auténtica libertad: “Conoceréis la verdad y la verdad os hará libres”³⁷⁹. Jesucristo vinculó con ello su misión: “Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad”³⁸⁰. El amor a la verdad nos une especialmente a Dios, a quien hay que adorar “en espíritu y en verdad”³⁸¹. Los hombres “en virtud de esta adoración llegan a ser libres”³⁸².

¿Cómo darle un pleno sentido a la libertad que cada uno de nosotros tenemos: amando. Si no, la rica potencialidad del hombre permanece estéril; “la libertad se realiza en el *amor*, es decir, en el *don de uno mismo* (...), el servicio de Dios y a los hermanos”³⁸³. O, dicho con otras palabras: “La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres”³⁸⁴.

Coherencia

Es condición elemental de seriedad humana. A cualquier persona madura (que ha superado las etapas del infantilismo) se le pide coherencia: que actúe de acuerdo con sus ideas y convicciones, o al menos que se esfuerce por hacerlo. Juan Pablo II señalaba³⁸⁵ que, además de la separación entre la libertad y la verdad, se viene observando en nuestros días “otra más grave y nociva dicotomía: la que se produce entre fe y moral”. No es infrecuente el hecho de que el contenido de la fe cristiana se acepte y se proclame, y a la vez que la conducta privada y/o pública de una persona desdiga de las enseñanzas de Cristo, con el consiguiente antitestimonio para quienes desean no sólo el anuncio de verdades consoladoras, sino verlas encarnadas en las vidas de hombres y mujeres de su tiempo y situación.

³⁷⁷ *Gálatas* 5, 1.

³⁷⁸ Enc. *Veritatis splendor*, n. 86.

³⁷⁹ *Juan* 8, 32.

³⁸⁰ *Juan* 18, 37.

³⁸¹ *Juan* 4, 23.

³⁸² Enc. *Veritatis splendor*, n. 87.

³⁸³ *Ibidem*.

³⁸⁴ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 27.

³⁸⁵ Enc. *Veritatis splendor*, n. 88.

Es innegable que los avances del secularismo hacen que hoy muchos hombres y mujeres piensen y vivan “como si Dios no existiera”³⁸⁶. Y toca a los cristianos -es el fundamento de toda evangelización- presentar “el verdadero rostro de la fe cristiana”: “*una verdad que se ha de hacer vida*”³⁸⁷. Es verdad que en muchas ocasiones son los prejuicios ideológicos o la simple ignorancia lo que aleja a numerosas personas de la fe cristiana. Pero es igualmente influyente el que los cristianos presentemos de ella un rostro desfigurado por falta de coherencia en la vida práctica.

La fe tiene necesariamente unas consecuencias morales: suscita y exige un compromiso coherente de vida: “En esto sabemos que le conocemos: en que guardamos sus mandamientos”³⁸⁸. Es inseparable la creencia de la vida práctica. Y es a través de la calidad de las obras como la fe se hace visible: es *confesión* y *testimonio*, como la luz puesta en alto³⁸⁹; exige el ejercicio del amor de caridad hacia Dios y el prójimo³⁹⁰.

En ocasiones hay determinadas circunstancias que piden un testimonio esforzado, una coherencia que debe ser heroica: llegando hasta el don total de sí mismo, siguiendo los pasos de Cristo que “amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella”³⁹¹. En esas circunstancias la coherencia pide fortaleza, para no caer en la cobardía de un antitestimonio. Pensemos en situaciones generalizadas de corrupción moral o de injusticia institucionalizada, que constituyen *estructuras de pecado*. Allí un cristiano, un hombre cabal, no debe dejarse llevar por la corriente.

Las consecuencias de la fe y las perentorias exigencias de la caridad pueden llevar, a veces, al creyente incluso al supremo testimonio del martirio³⁹².

Mártires

“Mientras se aproxima el tercer milenio de la nueva era”. Así iniciaba Juan Pablo II su Carta Apostólica «En el umbral del tercer milenio» (*Tertio millennio adveniente*). En efecto la nueva era (en inglés: *new age*) comenzó con la venida de Jesucristo a la tierra y durará hasta su segunda venida al fin de los tiempos. No hay otra nueva era. El Papa,

³⁸⁶ *Ibidem*.

³⁸⁷ *Ibidem*.

³⁸⁸ *1 Juan* 1.

³⁸⁹ Cf. *Mateo* 5, 14-16.

³⁹⁰ Cf. *Mateo* 25, 31-46.

³⁹¹ *Efesios* 5, 25.

³⁹² Cf. Enc. *Veritatis splendor*, n. 89.

haciendo un balance global, se refería a los mil primeros años: “La Iglesia del primer milenio nació de la sangre de los mártires (...). Los hechos históricos ligados a la figura de Constantino el Grande nunca habrían podido garantizar un desarrollo de la Iglesia como el verificado en el primer milenio, si no hubiera sido por aquella *siembra de mártires y por aquel patrimonio de santidad que caracterizaron a las primeras generaciones cristianas*³⁹³. A continuación, una referencia también a nuestros tiempos: “Al término del segundo milenio, *la Iglesia ha vuelto de nuevo a ser Iglesia de mártires*. Las persecuciones de creyentes -sacerdotes, religiosos y laicos- han supuesto una siembra de mártires en varias partes del mundo (...). Es un testimonio que no hay que olvidar³⁹⁴.”

El martirio constituye siempre un excepcional testimonio de coherencia entre la fe y la vida cristiana, ya desde los Apóstoles de Cristo y sus contemporáneos. Decía Pascal: “Yo no creo más historias que las de los testigos que se dejan degollar”³⁹⁵. El martirio, supremo ejemplo de fortaleza humana, que se da con el auxilio divino, expresa el carácter indeclinable, no sometido a componendas, de los mandatos divinos. “La relación entre fe y moral resplandece en toda su intensidad en el *respeto incondicionado que se debe a las exigencias ineludibles de la dignidad personal de cada hombre*, exigencias tuteladas por las normas morales que prohíben sin excepción los actos intrínsecamente malos”³⁹⁶.

De esto es un testimonio elocuente el martirio cristiano. En la Biblia aparecen ejemplos paradigmáticos como los de la casta Susana³⁹⁷, Juan el Bautista³⁹⁸, Esteban³⁹⁹, Santiago el Mayor⁴⁰⁰, que dieron su vida por la verdad, como eminentemente lo hizo Jesucristo⁴⁰¹. En tiempos más recientes San Juan Nepomuceno fue mártir del secreto de confesión, y Santa María Goretti de la virtud de la castidad⁴⁰². Los ejemplos son innumerables.

El testimonio supremo del martirio tiene una enorme fuerza: confirma la inviolabilidad del orden moral, la santidad de la ley de Dios, la intangibilidad de la

³⁹³ N. 37.

³⁹⁴ *Ibidem*.

³⁹⁵ *Pensamientos*, 593.

³⁹⁶ Enc. *Veritatis splendor*, n. 90.

³⁹⁷ *Daniel* 13, 22-23.

³⁹⁸ *Marcos* 6, 17-19.

³⁹⁹ *Hechos de los Apóstoles* 6, 8-7, 60.

⁴⁰⁰ *Ibidem* 12, 1-2.

⁴⁰¹ *I Timoteo* 6, 13; *Apocalipsis* 13, 7-10.

⁴⁰² Enc. *Veritatis splendor*, n. 91.

dignidad personal del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios⁴⁰³; y es un signo preclaro de la santidad de la Iglesia⁴⁰⁴. Los mártires impiden que se confundan el bien y el mal⁴⁰⁵, que triunfe una moral acomodaticia, adaptada a los egoísmos e intereses estrechos de unos y de otros, y a los imperativos ambientales de moda.

Derechos humanos y Ley moral

La Ley moral tiene doliente. Tiene quien la propague y defienda: la Iglesia de Jesucristo. En circunstancias muchas veces adversas ha tenido firmeza para “defender la validez universal y permanente de los preceptos que prohíben los actos intrínsecamente malos”⁴⁰⁶. Y lo hace buscando el servicio a la persona humana: la intransigencia con el mal redundando en directo servicio de las personas. “En realidad, la verdadera comprensión y la genuina compasión deben significar amor a la persona, a su verdadero bien, a su libertad auténtica”⁴⁰⁷.

La Ley moral es *democrática*: obliga a cada hombre y a todos los hombres. Hay una igualdad plena ante la ley moral. “Ante las normas morales que prohíben el mal intrínseco no hay privilegios ni excepciones para nadie”⁴⁰⁸. Esto garantiza su fuerza, no sólo a nivel personal sino también social: es el fundamento ético más sólido para la convivencia social nacional e internacional⁴⁰⁹.

La vigencia de la Ley moral no depende de acuerdos de intereses, ni del influjo del más poderoso. Ésa es su mejor garantía. Y por eso la Iglesia, al propagarla y defenderla, tiene que ir muchas veces contra corriente. Ante la injusticia social y económica, ante la corrupción política, aparece la necesidad de una radical renovación personal y social. En el fondo de todo el contexto cultural están la moral y la religión⁴¹⁰.

Ésta es la mejor salvaguarda de los derechos humanos, con una autoridad que está por encima de los abusos. Sin Dios, Creador y Redentor, no hay una verdad trascendente y

⁴⁰³ *Ibidem*, n. 92.

⁴⁰⁴ *Ibidem*, n. 93.

⁴⁰⁵ Cf. *Isaías* 5, 20.

⁴⁰⁶ Enc. *Veritatis splendor*, n. 95.

⁴⁰⁷ *Ibidem*.

⁴⁰⁸ *Ibidem*, n. 96.

⁴⁰⁹ Cf. *Ibidem*, n. 97.

⁴¹⁰ Cf. *Ibidem*, n. 98.

se cae en el totalitarismo, en la fuerza avasalladora del poder. También en la defensa de los derechos humanos la libertad es inseparable de la verdad⁴¹¹.

Es bastante claro que los atropellos contra los derechos de las personas provienen siempre del quebrantamiento de normas morales: pecados contra la templanza, la justicia y la solidaridad, que alteran gravemente la vida social y política⁴¹². La democracia se basa en el respeto de los derechos humanos -iguales para todos como la dignidad humana y la Ley moral- y en el ejercicio de la libertad en todas las materias opinables. Es altamente preocupante el “riesgo de la alianza entre democracia y relativismo ético”⁴¹³. Pues al desconocerse una Ley moral vinculante para todos, los derechos humanos quedan al arbitrio del más fuerte, aunque éste sea la mayoría. Esto se hace cuando se rechaza la norma moral o cuando se intenta adaptarla a los propios intereses⁴¹⁴.

Nació el Redentor

“Para dar al mundo la paz; paz y ventura, ventura y paz”. Con letras sencillas y melodías alegres, el pueblo cristiano expresa su júbilo por la venida de Jesucristo a la tierra, como Redentor del hombre. Pese a todas nuestras deficiencias, pecados y errores hay en nuestros corazones nostalgias de infinito. Y quizás alguna vez nos hemos dirigido al Redentor, rechazando falsas soluciones, con las palabras de Simón Pedro: “Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna”⁴¹⁵.

En el primer capítulo del Génesis, al término de cada etapa de la creación, expresa el escritor sagrado: “Y vio Dios que era bueno”. Vivimos en un mundo que Dios hizo bueno, pero que por el pecado vino a menos. Tenemos tantas veces anhelos buenos y realidades malas: necesitamos ser liberados, salvados, redimidos; “la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto; (...) está esperando la manifestación de los hijos de Dios”⁴¹⁶. Merced a la Encarnación del Hijo de Dios podemos conocer y lograr nuestras mejores posibilidades, y sin Él pasarían ocultas e inaccesibles. “En realidad el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer

⁴¹¹ Cf. *Ibidem*, n. 99.

⁴¹² Cf. *Ibidem*, n. 100.

⁴¹³ *Ibidem*, n. 101.

⁴¹⁴ Cf. *Ibidem*, n. 105.

⁴¹⁵ *Juan* 6, 68.

⁴¹⁶ *Romanos* 8, 19.22.

hombre, era figura del que había de venir⁴¹⁷, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación⁴¹⁸. En vísperas del comienzo del tercer milenio de la nueva era, la era cristiana, el Papa Juan Pablo II nos invitaba a dirigir nuestras miradas a Jesucristo, “Verbo del Padre, hecho hombre por obra del Espíritu Santo. Es necesario destacar el carácter claramente cristológico del Jubileo, que celebrará la Encarnación y la venida al mundo del Hijo de Dios, misterio de salvación para todo el género humano”⁴¹⁹.

Dirigir nuestras miradas a Jesucristo es acercarnos al misterio insondable de la vida y los designios divinos. “Él, que es imagen de Dios invisible⁴²⁰, es también el hombre perfecto, que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En Él la naturaleza humana asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios, con su encarnación, *se ha unido en cierto modo con todo hombre*. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, amó con corazón de hombre. Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”⁴²¹.

Tenemos, pues, sobrados motivos, para alegrarnos por el nacimiento del Redentor del hombre. Nos alegramos cada año en la Navidad, y nos dispusimos a celebrar con especial júbilo el milésimo segundo aniversario de ese acontecimiento. Quiera Dios que nuestro acercamiento personal a la figura de Jesucristo nos permita conocerle mejor, tratarle con mayor amistad, quererle y seguirle con mayor eficacia.

Y habitó entre nosotros

“Jesús nació en la humildad de un establo, de una familia pobre⁴²²; unos sencillos pastores son los primeros testigos del acontecimiento. En esta pobreza se manifiesta la gloria del cielo⁴²³. La Iglesia no se cansa de cantar la gloria de esta noche:

La Virgen da hoy a luz al Eterno / Y la tierra ofrece una gruta al Inaccesible.

⁴¹⁷ *Ibidem* 5, 14.

⁴¹⁸ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

⁴¹⁹ Carta Apost. *Tertio millennio adveniente*, n. 40.

⁴²⁰ *Colosenses* 1, 15.

⁴²¹ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

⁴²² Cf. *Lucas* 2, 6-7.

⁴²³ Cf. *Lucas* 2, 8-20.

Los ángeles y los pastores le alaban / Y los magos avanzan con la estrella.

Porque Tú has nacido para nosotros / Niño pequeño, ¡Dios eterno!”⁴²⁴.

La Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios está en el centro de la religión cristiana, ya que “una religión no es la Iglesia a la que uno va, sino el universo en que uno vive”⁴²⁵. En la Navidad no celebramos un acontecimiento místico o *espiritual* (tal como un fantasmagórico *espíritu de la Navidad*), sino tan material y sencillo como el nacimiento de un Niño, que, por ser a la vez Dios y hombre verdadero, traerá consigo para nosotros también muchos regalos místicos y espirituales. Un acontecimiento que nos llena de alegría: “La alegría, que era la pequeña publicidad del pagano, es el secreto gigantesco del cristiano (...). El paganismo era la cosa más grande del mundo, y el cristianismo fue todavía más grande, y desde entonces todo lo demás es pequeño en comparación”⁴²⁶.

El nacimiento de ese Niño divide la Historia, y diviniza al hombre: le abre perspectivas infinitas: “Una vez llegada la plenitud de los tiempos, sobrevino la Encarnación de Jesucristo, el Verbo divino, enviado por el Padre para darnos a conocer todo aquello que Dios ha querido comunicarnos y hacernos participar de la misma vida divina. Este rasgo -este progresivo acercamiento de Dios al hombre, esta gratuita apertura al hombre de la intimidad divina- caracteriza de modo propio y singular la religión proclamada por Jesucristo, y la distingue radicalmente de cualquier otra: el cristianismo, efectivamente, no es una búsqueda de Dios por el hombre, sino un descenso de la vida divina hasta el nivel del hombre (...). La religión cristiana es, pues, una irrupción de Dios en la vida del hombre”⁴²⁷. Es natural y corresponde a las mejores posibilidades del hombre el que éste busque a Dios, y así lo ha hecho, sin excepción, a lo largo de toda la historia de la humanidad. Y sin embargo es innegable que muchas veces ha sido un búsqueda a tientas y en la oscuridad, con tropiezos y perplejidades. El nacimiento del Niño Dios nos sitúa ante la inmensa bondad de un Dios que se compadece de nosotros, se inclina hacia nosotros y se hace uno de los nuestros. “Encontramos aquí el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones, en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. El cristianismo comienza con la Encarnación del Verbo.

⁴²⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 525.

⁴²⁵ G.K. CHESTERTON. *El amor o la fuerza del sino*. Madrid, 1993, p. 293.

⁴²⁶ *Ibidem*, p. 293-294.

⁴²⁷ A. DEL PORTILLO. *Escritos sobre el sacerdocio*. Madrid, 1970, p. 105-106.

Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo”⁴²⁸.

Nace el Niño Dios, y viene a hacernos a cada uno hijo de Dios; y por tanto a hermanarnos, con una dignidad que iguala a todos los hombres a un nivel más profundo y personal que las realizaciones socio-políticas: “La base del cristianismo y de la democracia es que el hombre es sagrado (...). El más difícil de todos los evangelios es que el cristianismo se identifica con la democracia; nada asusta tanto a los hombres como decir que todos ellos son hijos de Dios”⁴²⁹. Jesucristo vino a darnos la libertad de los hijos de Dios, y nos señala el camino de la obediencia a sus mandamientos. Una obediencia filial, por fe y por amor: “En una verdadera tradición religiosa el hombre entiende dos cosas: la libertad y la obediencia. La primera significa saber qué quieres de verdad. La segunda significa en quien confías de verdad”⁴³⁰.

Aprender a amar

Es lo principal que tenemos que hacer en esta vida, y no es tan fácil como pudiera parecer, ya que el egoísmo tiene profundas raíces en cada uno de nosotros. Me refiero a un amor verdadero: no teórico ni tampoco reducido por afanes utilitarios o hedonistas. Un amor que sea un trasunto del amor con que Dios nos ama y nos regala la vida, y todos los demás bienes.

La venida de Jesucristo al mundo es manifestación patente del amor que Dios nos tiene: “Tanto amó Dios al mundo, que le dio su unigénito Hijo”⁴³¹. Es la culminación de la Antigua Alianza de Dios con el pueblo de Israel: hay una Nueva Alianza que surge de la Redención. Y si bien es verdad que los hombres hemos traicionado y continuamos traicionando la Alianza con Dios, Él no nos rechaza ni nos abandona. La fidelidad de su amor no es una contrapartida de la nuestra. Juan Pablo II lo ha expresado bella y certeramente: “Dios es fiel a sí mismo, fiel a su amor al hombre y al mundo”⁴³². Y, compadecido de la humanidad, busca remedio a nuestros males, la raíz de los cuales es el pecado: “a quien no conoció pecado le hizo pecado por nosotros para que fuéramos justicia

⁴²⁸ JUAN PABLO II. Carta Apost. *Tertio millennio adveniente*, n. 6.

⁴²⁹ G.K. CHESTERTON, *o.c.*, p. 294.

⁴³⁰ *Ibidem*.

⁴³¹ *Juan* 3, 16.

⁴³² Enc. *Redemptor hominis*, n. 9.

de Dios”⁴³³; “tal revelación del amor y de la misericordia tiene en la historia del hombre una forma y un nombre: se llama Jesucristo”⁴³⁴.

Es una lección bien clara, que importa mucho aprender para evitar el vacío existencial. “El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprendible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente”⁴³⁵. Podemos descubrir ahí la profunda dimensión humana del misterio de la Encarnación y Redención: Cristo Redentor revela plenamente el hombre al mismo hombre. Viene a la tierra para que el hombre “no muera sino que tenga la vida eterna”⁴³⁶. El sentido de la vida se pierde por el pecado, al alejarse el hombre de quien es su Principio y su Fin. La existencia en este mundo resultaría entonces vana y estéril. Jesucristo ha venido a darnos de nuevo nuestra dignidad y nuestra misión.

En todo tiempo y lugar, y desde lo más profundo de su corazón el hombre ha buscado a Dios. Así lo atestigua la historia de las religiones. Pero no es una búsqueda que se limite al conocimiento y amor que el hombre pueda dar de sí. Se pone a nuestro alcance el misterio de Cristo “escondido desde los siglos”⁴³⁷ en Dios, de las “insondables riquezas de Cristo”⁴³⁸, que viene a enseñarnos la verdad que nos hará libres⁴³⁹, que nos enseña a amar en espíritu y en verdad⁴⁴⁰.

Liberados

Muy abajo quedó el hombre cuando, en los albores de la Historia, se alzó contra Dios en un alarde de orgullo y desobediencia. El pecado original le hizo perder la amistad con Dios, la gracia divina y el estado de felicidad terrena que constituía el Paraíso. Ciertamente el pecado original es una verdad de fe, revelada por Dios. Pero podríamos añadir que es también un hecho *experimental*, que desconcierta al hombre cuando a pesar de sus buenos deseos advierte la dura realidad del mal en el mundo y en sí mismo. Allá por

⁴³³ 2 Corintios 5, 21.

⁴³⁴ Enc. *Redemptor hominis*, n. 9.

⁴³⁵ *Ibidem*, n. 10.

⁴³⁶ Juan 3, 16.

⁴³⁷ Colosenses 1, 26.

⁴³⁸ Efesios 3, 8.

⁴³⁹ Cf. Juan 8, 32.

⁴⁴⁰ Cf. Juan 4, 23 y ss.

el siglo V floreció la herejía de Pelagio -combatida por San Agustín- que negaba la realidad del pecado original y la necesidad de la gracia para que el hombre se salvara y alcanzase la felicidad. Era un *naturalismo*. Y quince siglos después abunda en el ambiente otro *naturalismo*: apoyarse en las simples fuerzas humanas, en el progreso científico-técnico, económico, político, gerencial, etc., del hombre para pretender lograr la plenitud humana. Da la impresión de que demasiados cristianos no creen, de manera práctica, en el pecado original: y por tanto desconocen también la ineludible necesidad de la gracia divina para la salvación.

Y, sin embargo, todos los seres humanos estamos necesitados de la salvación de Dios. Él ha tomado la iniciativa, como profesamos en el Credo: “Que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del Cielo, se encarnó de la Virgen María por obra del Espíritu Santo y se hizo hombre”. De ese modo “mediante la Encarnación el Hijo de Dios se ha unido en cierto modo a todo hombre”⁴⁴¹. Dios nos ha tendido su mano para que, si libremente quiere, “todo hombre pueda encontrar a Cristo”⁴⁴². Es un ofrecimiento para todos y para cada uno de los hombres. “Jesucristo se hace presente con la potencia de la verdad y del amor, que se han manifestado en Él como plenitud única e irrepetible, por más que su vida en la tierra fuese breve y más breve aún su actividad pública”⁴⁴³.

La vida y la doctrina de Jesucristo no influyen solamente en las vivencias intimistas de algunas personas, sino que han de tener un influjo profundo y vasto en la vida de toda la humanidad. Su venida a la tierra es decisiva para que la vida en el mundo sea más conforme a la eminente dignidad del hombre⁴⁴⁴. Si bien es verdad que el reino de Cristo no es de este mundo, en él comienza y se va desarrollando. No es un proyecto humano, pero se realiza entre los hombres. No se limita a nuestras fuerzas, pero busca liberar al hombre de sus negatividades: “la Iglesia que, por razón de su ministerio y competencia de ninguna manera se confunde con la comunidad política y no está vinculada a ningún sistema político, es al mismo tiempo el signo y la salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana”⁴⁴⁵.

⁴⁴¹ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

⁴⁴² JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 13.

⁴⁴³ *Ibidem*.

⁴⁴⁴ Cf. Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 38.

⁴⁴⁵ *Ibidem*, n. 76.

Libertad solidaria

Cada uno de nosotros tiene la experiencia inmediata de su propia libertad. Mediante ella no lo podemos todo, pero sí bastantes cosas. Y muchas de ellas se refieren al bien que redundan en favor de los demás hombres. La libertad es solidaria. Y si no lo es se va empequeñeciendo al tamaño reducido del egoísmo individual. No basta con no utilizar la libertad para hacer daño: es necesario con ella obrar el bien. Es a este propósito muy significativa la escena del Juicio Final que describe el Evangelio de San Mateo en su capítulo 25: los bienaventurados son premiados por haber ejercitado solidariamente las obras de misericordia con su prójimo, que son reflejo del amor verdadero que han tenido hacia Dios, Padre de todos: “Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber...”. En cambio los réprobos son rechazados por su estéril egoísmo: “Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber...”. Las obras de misericordia, corporales o espirituales, constituyen el espacio más pleno para el ejercicio de la libertad personal.

Las gentes de nuestro mundo necesitan ayuda solidaria de pan y cultura, en todos sus aspectos: no de armas ni de anticonceptivos desechados, exportados y *regalados* desde algunas naciones pudientes. El siglo veinte, llegado ya a su fin, ha sido testigo de muchas injusticias y sufrimientos para la humanidad. Y si bien es cierto que en todas las épocas los ha habido, ahora tenemos una información mejor y más rápida, así como una conciencia más solidaria. Hemos visto multiplicarse la violencia, la ignominia de los campos de concentración, los genocidios, la tortura y el terrorismo, las discriminaciones. Y según la enseñanza bíblica la paz es consecuencia de la justicia, y sin ella no puede haberla.

Una libertad solidaria se ocupa de promover el bien común, y se sacrifica por él, ya que el bien común no es un bien ajeno (sólo lo sería para el egoísmo individualista), sino el más excelente y participable de los bienes, también para el que lo promueve.

El nacimiento del Redentor del hombre fue anunciado como un acontecimiento de gran alegría “para todo el pueblo”⁴⁴⁶. Cristo “se ha unido en cierto modo a todo hombre”⁴⁴⁷. Le interesa cada hombre, con sus problemas, esperanzas y sufrimientos reales; con sus victorias y con sus derrotas. Vino a ayudar a todos y “les dio el poder de llegar a ser hijos

⁴⁴⁶ *Lucas 2, 1-14.*

⁴⁴⁷ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 22.

de Dios”⁴⁴⁸. Hay en nosotros hambre de verdad, de bien, de libertad, de belleza; y nuestra conciencia atestigua la hondura de esos deseos: “Nos hiciste, Señor, para Ti e inquieto está nuestro corazón hasta que descanse en Ti”⁴⁴⁹.

La vida y las enseñanzas de Cristo son una fortísima convocatoria a nuestra libertad: para obrar el bien y difundirlo.

¡Viva la libertad!

“El hombre es racional, y por ello semejante a Dios; fue creado libre y dueño de sus actos”. Así escribía en el siglo II San Ireneo de Lyon⁴⁵⁰, recogiendo una perenne enseñanza cristiana, bien fundamentada en el Evangelio. Sin embargo, por rutinas y deformaciones, en ambientes y períodos diversos, esta realidad ha producido entre algunos cristianos una cierta desazón y desconfianza. Se prefería hablar de obligaciones, sin más. Explícita o implícitamente se decía: ¡La libertad es peligrosa! Y, sin embargo, este maravilloso valor humano se entronca con la posibilidad de vivir a plenitud la fe cristiana.

La Historia se desenvuelve por el dinamismo de la libertad humana. El hombre tiene la capacidad de autodeterminar su conducta, adoptando decisiones propias, para bien o para mal. “Dios ha creado al hombre racional confiriéndole la dignidad de una persona dotada de la iniciativa y del dominio de sus actos. «Quiso Dios *dejar al hombre en manos de su propia decisión*”⁴⁵¹, de modo que busque a su Creador sin coacciones y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección»^{452,453}.

En efecto, Dios nos ha hecho libres, y en uso de esa libertad somos actores de nuestra historia personal y de la historia global: la calidad de la Historia depende directamente de la calidad de muchas historias personales. La *historia grande* se compone de muchas *historias pequeñas*. Esto es lo que, con palabras que señalan la eficacia para el

⁴⁴⁸ Juan 1, 12.

⁴⁴⁹ SAN AGUSTÍN. *Confesiones* 1, 1.

⁴⁵⁰ *Adversus haereses* 4, 4, 3.

⁴⁵¹ *Eclesiástico* 15, 14.

⁴⁵² Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 17.

⁴⁵³ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.730.

bien de cada vida cristiana, expresaba el Beato Josemaría Escrivá: “De que tú y yo nos portemos como Dios quiere -no lo olvides- dependen muchas cosas grandes”⁴⁵⁴.

La libertad interior de cada persona es un hecho inicial, experimentado cada día, que se manifiesta como recibido. Es un don o regalo de gran categoría, que Dios ha hecho al hombre; y merece por esto que la respetemos y amemos. “La libertad es el poder, radicado en la razón y en la voluntad, de obrar o de no obrar, de hacer esto o aquello, de ejecutar así por sí mismo acciones deliberadas. Por el libre arbitrio cada uno dispone de sí mismo. La libertad es en el hombre una fuerza de crecimiento y maduración en la verdad y en la bondad. La libertad alcanza su perfección cuando está ordenada a Dios, nuestra bienaventuranza”⁴⁵⁵.

Sería ridículo tenerle miedo a la libertad, que nos permite trazar personalmente nuestro rumbo en la vida. Sólo el bien conocido y libremente querido es un bien en el pleno sentido de la palabra. Valga citar aquí las palabras de un gran defensor de la libertad cristiana: “Si interesa mi testimonio personal, puedo decir que he concebido siempre mi labor de sacerdote y de pastor de almas como una tarea encaminada a situar a cada uno frente a las exigencias completas de su vida, ayudándole a descubrir lo que Dios, en concreto, le pide, sin poner limitación alguna a esa independencia santa y a esa bendita responsabilidad individual que son características de una conciencia cristiana. Ese modo de obrar y ese espíritu se basan en el respeto a la trascendencia de la verdad revelada y en el amor a la libertad de la humana criatura. Podría añadir que se basa también en la certeza de la indeterminación de la historia, abierta a múltiples posibilidades, que Dios no ha querido cerrar”⁴⁵⁶.

La libertad es democrática

Entre los bienes humanos más excelentes figura la libertad personal. Ciertamente la libertad es un patrimonio de todo hombre y de cada hombre. Ese don de Dios ha sido repartido con largueza. La fe cristiana ayuda a descubrirlo, valorarlo y agradecerlo. “Es la

⁴⁵⁴ *Camino*, n. 755.

⁴⁵⁵ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.731.

⁴⁵⁶ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 99.

fe en Cristo, muerto y resucitado, presente en todos y cada uno de los momentos de la vida, la que ilumina nuestras conciencias, invitándonos a participar con todas las fuerzas en las vicisitudes y en los problemas de la historia humana. En esa historia, que se inició con la creación del mundo y que terminará con la consumación de los siglos, el cristiano no es un apátrida. Es un ciudadano de la ciudad de los hombres, con el alma llena del deseo de Dios, cuyo amor empieza a entrever ya en esta etapa temporal, y en que reconoce el fin al que estamos llamados todos los que vivimos en la tierra”⁴⁵⁷.

Amar y respetar la libertad de las otras personas es amar y respetar su intransferible dignidad. “La libertad se ejercita en las relaciones entre los seres humanos. Toda persona humana, creada a imagen de Dios, tiene el derecho natural de ser reconocida como libre y responsable. Todo hombre debe prestar a cada cual el respeto al que éste tiene derecho. El *derecho al ejercicio de la libertad* es una exigencia inseparable de la dignidad de la persona humana, especialmente en materia moral y religiosa. Este derecho debe ser reconocido y protegido civilmente dentro de los límites del bien común y del orden público”⁴⁵⁸.

El fundamento de una real y verdadera democracia no es la indiferencia ante los problemas ni el escepticismo ante la verdad, sino la positiva valoración de la libertad de los demás y de la propia. El amor a la libertad engendra la conciencia clara de un saludable pluralismo en todos los asuntos temporales, terrenos, que Dios ha querido que sean opinables: “Sería empequeñecer la fe reducirla a una ideología terrena, enarbolando un estandarte político-religioso para condenar, no se saben en nombre de qué investidura divina, a los que no piensan del mismo modo en problemas que son, por su propia naturaleza, susceptibles de recibir numerosas y diversas soluciones”⁴⁵⁹.

Detrás de las actitudes agresivas e intolerantes, asoma la oreja del déspota, que intenta imponer su arbitrio a los demás, quizás con la coartada de que son ellos los intolerantes.

Libremente responsables

⁴⁵⁷ *Ibidem*.

⁴⁵⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.738.

⁴⁵⁹ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 99.

La libertad es poder y fuerza, al servicio del bien de cada persona. Podemos utilizarla bien o mal, como todo poder. Y no hacen falta muchos argumentos para demostrar que somos libres: es un hecho universal que cada uno experimenta cuando lleva las riendas de su actuación. El problema, por tanto, no es el de *ser libre* (interior y personalmente), porque ya lo somos (y nadie nos puede despojar de esa libertad interior); sino el de *usar bien* de nuestra libertad. “Hasta que no llega a encontrarse definitivamente con su bien último que es Dios, la libertad implica la posibilidad de *elegir entre el bien y el mal*, y por tanto, de crecer en perfección o de flaquear y pecar. La libertad caracteriza los actos propiamente humanos. Se convierte en fuente de alabanza o de reproche, de mérito o de demérito”⁴⁶⁰.

Se cuenta -aunque en esto discrepan los relatos- que cuando el premio Nobel de Literatura Alexander Solzhenitsyn visitó por vez primera los Estados Unidos de Norteamérica, hizo un gira por el país, y al mostrarle sus anfitriones la Estatua de la Libertad preguntó que dónde quedaba la Estatua de la Responsabilidad. Parece que su comentario no fue muy bien recibido, pero tiene una gran lógica, ya que libertad y responsabilidad forman un binomio inseparable. La libertad no es *neutra*, como si fuera un juego de azar. No basta con que una acción humana sea *libre*: conviene que además sea *buena*. La libertad no es sinónimo del instinto desbocado, del capricho frívolo, del voluntarismo ambicioso y prepotente. La libertad es siempre fuente de responsabilidades, ante Dios y ante los hombres: “Seguir a Cristo no significa refugiarse en el templo, encogiéndose de hombros ante el desarrollo de la sociedad, ante los aciertos o las aberraciones de los hombres o de los pueblos. La fe cristiana, al contrario, nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar, por tanto, todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos y podemos -con la gracia del Cielo- construir nuestro destino eterno”⁴⁶¹.

El miedo a la responsabilidad sería, por eso, en el fondo miedo a la libertad y a su dinamismo. “La libertad hace al hombre responsable de sus actos en la medida en que éstos

⁴⁶⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.732.

⁴⁶¹ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 99.

son voluntarios. El progreso en la virtud, el conocimiento del bien, y la ascesis acrecientan el dominio de la voluntad sobre los propios actos”⁴⁶².

Libertad para los laicos

La libertad humana es un hecho evidente. Y no constituye una invención de algún filósofo libertario o de un revolucionario impaciente. Es un regalo de Dios a los hombres.

Los cristianos no nos sentimos incómodos ante la libertad, sino a nuestras anchas, como el pez en el agua. Sólo una positiva valoración de la libertad permite que los laicos (los miembros comunes y corrientes del Pueblo de Dios) desplieguen toda la iniciativa y creatividad que requiere la actuación en el ancho mundo, el de nuestra época o el de otra época cualquiera. “Los laicos tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios (...). A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor”⁴⁶³.

Hay una real libertad de los cristianos, una legítima autonomía de los laicos, que el Beato Josemaría Escrivá, llevado por su gran aprecio a la libertad, procuró siempre subrayar: “Me refiero precisamente a la libertad personal que los laicos tienen para tomar, a la luz de los principios enunciados por el Magisterio, todas las decisiones concretas de orden teórico o práctico -por ejemplo, en relación a las diversas opiniones filosóficas, de ciencia económica o de política, a las corrientes artísticas y culturales, a los problemas de su vida profesional o social, etc.- que cada uno juzgue en conciencia más convenientes y más de acuerdo con sus personales convicciones y aptitudes humanas (...). De no ser así -si se tratase de *instrumentalizar* al laico para fines que rebasan los propios del ministerio jerárquico- se incurriría en un anacrónico y lamentable clericalismo. Se limitarían enormemente las posibilidades apostólicas del laicado -condenándolo a perpetua inmadurez-, pero sobre todo se pondría en peligro -hoy, especialmente- el mismo concepto de autoridad y de unidad en la Iglesia. No podemos olvidar que la existencia, también entre los católicos, de un auténtico pluralismo de criterio y de opinión en las cosas dejadas por

⁴⁶² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.734.

⁴⁶³ Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 31.

Dios a la libre discusión de los hombres, no sólo no se opone a la ordenación jerárquica y a la necesaria unidad del Pueblo de Dios, sino que las robustece y las defiende contra posibles impurezas”⁴⁶⁴.

Amor a la libertad de todos los hombres, que Dios ha otorgado a cada uno; amor a la libertad de los católicos en el ámbito de su competencia terrena. Dentro de este amplio contexto se inserta -y sin él no puede entenderse- la libertad de que gozan los fieles de la Prelatura personal del Opus Dei en todas las materias opinables: “De ahí se sigue inmediatamente que todos los miembros del Opus Dei tienen la misma libertad que los demás católicos para formar libremente sus opiniones, y para actuar en consecuencia. Por eso el Opus Dei como tal no debe ni puede expresar una opinión propia, ni la puede tener. Si se trata de una cuestión sobre la que hay una doctrina definida por la Iglesia, la opinión de cada uno de los miembros de la Obra será ésa. Si en cambio se trata de una cuestión sobre la que el Magisterio -el Papa o los obispos- no se ha pronunciado, cada uno de los miembros del Opus Dei tendrá y defenderá libremente la opinión que le parezca mejor y actuará en consecuencia”⁴⁶⁵.

¿Libertad para pecar?

Leemos en el Génesis⁴⁶⁶: “Dijo Dios: hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza; y domine sobre los peces del mar y las aves del cielo, sobre las bestias domésticas, y sobre la tierra y sobre todo reptil que se mueve sobre la tierra. Y Dios creó al hombre a imagen suya; a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó”. Y el Concilio Vaticano II⁴⁶⁷ comenta: “Enseña la Sagrada Escritura que el hombre fue creado a imagen de Dios, capaz de conocer y amar a su Creador, constituido por Él como señor sobre todas las criaturas para que las gobernase e hiciera uso de ellas, dando gloria a Dios”. El ser humano fue hecho por Dios con gran dignidad y poder, dueño de sus actos y decisiones. La imagen de Dios en el hombre se manifiesta por su alma espiritual e inmortal, su inteligencia, su libre voluntad. De tal manera que, junto a los dones recibidos, pueda cada persona humana

⁴⁶⁴ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Conversaciones*, n. 12.

⁴⁶⁵ *Ibidem*, n. 29.

⁴⁶⁶ 1, 26-27.

⁴⁶⁷ Const. *Gaudium et spes*, n. 12.

orientar su voluntad hacia el bien y ser artífice de su propia perfección, dando gloria a Dios de esta excelente manera.

Pero sucedió lo que no tenía que haber sucedido: “el hombre, constituido por Dios en estado de justicia desde el mismo comienzo de su historia, abusó, sin embargo, de su libertad por persuasión del maligno, alzándose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin fuera de Dios”⁴⁶⁸. Es el pecado, la rebelión contra Dios, que nos trajo y nos sigue trayendo tantas lamentables consecuencias. De modo que “toda vida humana, individual o colectiva, se nos presenta como una lucha, y por cierto dramática, entre el bien y el mal, entre las tinieblas y la luz. Más aún, el hombre se encuentra incapacitado para resistir eficazmente por sí mismo a los ataques del mal, hasta sentirse como aherrojado entre cadenas”⁴⁶⁹.

Dios nos ha creado para el bien y la felicidad, no para el pecado y la desdicha. Corona eminente de la creación corpórea “los hombres (...) nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad: podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde como Autor de todo lo que existe. Esta posibilidad compone el claroscuro de la libertad humana. El Señor nos invita; nos impulsa -¡porque nos ama entrañablemente!- a escoger el bien. «Fíjate, hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal. Si oyes el precepto de Yavé, tu Dios, que hoy te mando, de amar a Yavé, tu Dios, de seguir sus caminos y de guardar sus mandamientos, decretos y preceptos, vivirás (...). Escoge la vida, para que vivas»^{470,471}.

Es un formidable poder el que Dios ha dejado en nuestras manos.

Una libertad no alienada

El Catecismo de la Iglesia Católica⁴⁷² señala cómo la libertad humana, que es un bien de máxima excelencia, puede dar lugar, si se usa mal, a graves daños: “La libertad del hombre es finita y falible. De hecho el hombre erró. Libremente pecó. Al rechazar el proyecto del amor de Dios, se engañó a sí mismo y se hizo esclavo del pecado. Esta primera alienación engendró una multitud de alienaciones. La historia de la humanidad,

⁴⁶⁸ *Ibidem*, n. 13.

⁴⁶⁹ *Ibidem*.

⁴⁷⁰ *Deuteronomio* 30, 15-16. 19.

⁴⁷¹ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 24.

⁴⁷² N. 1.739.

desde sus orígenes, atestigua desgracias y opresiones nacidas del corazón del hombre a consecuencia de un mal uso de la libertad”.

He aquí un valiosísimo tema para la reflexión personal, que ayuda a asomarse a la profundidad del alma humana y de los insondables designios de Dios: “¿por qué me has dejado, Señor, este privilegio, con el que soy capaz de seguir tus pasos, pero también de ofenderte? Llegamos así a calibrar el recto uso de la libertad si se dispone hacia el bien; y su equivocada orientación, cuando con esa facultad el hombre se olvida, se aparta del Amor de los amores. La libertad personal

-que defiendo y defenderé siempre con todas mis fuerzas- me llevará a demandar con convencida seguridad, consciente de mi propia flaqueza: ¿qué esperas de mí, Señor, para que yo voluntariamente lo cumpla?”⁴⁷³.

Como se apuntaba más atrás, la libertad es una prodigiosa capacidad de la persona humana, pero no una fuerza ciega, sin rumbo. Hay un nexo constitutivo entre la libertad y la verdad: “La verdad os hará libres”⁴⁷⁴. Si no se busca y ama la verdad, la libertad se convierte en una fuerza errática, en un juego de azar. “La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: *la libertad de la gloria de los hijos de Dios!*”⁴⁷⁵⁴⁷⁶.

Somos libres para obrar el bien, pero podemos obrar el mal. A pesar del lastre del pecado original y de los pecados personales, cada hombre tiene luces suficientes para poder discernir. “En la profundidad de su conciencia descubre el hombre una ley que no se da él mismo, sino a la que debe obedecer y cuya voz resuena con claridad a los oídos del corazón cuando conviene, invitándole siempre con voz apagada a amar y obrar el bien y evitar el mal: haz esto y evita lo otro”⁴⁷⁷.

Liberación y salvación

⁴⁷³ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 26.

⁴⁷⁴ *Juan* 8, 32.

⁴⁷⁵ *Romanos* 8, 21.

⁴⁷⁶ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 27.

⁴⁷⁷ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 16.

El hombre, inteligente y libre, no se contenta con bienes parciales y pasajeros: aspira a la plena felicidad. Las construcciones terrenas son efímeras y se desvanecen ante el umbral de la muerte. Demasiado a menudo nos amenaza nuestra debilidad, y caemos en el pecado. El hombre está necesitado de salvación. “Por su cruz gloriosa, Cristo obtuvo la salvación para todos los hombres. Los rescató del pecado que los tenía sometidos a esclavitud. «Para ser libres nos libertó Cristo»⁴⁷⁸. En Él participamos de «la verdad que nos hace libres»⁴⁷⁹. El Espíritu Santo nos ha sido dado, y, como enseña el apóstol, «donde está el Espíritu, allí está la libertad»⁴⁸⁰. Ya desde ahora nos gloriamos de «la libertad de los hijos de Dios»^{481,482}.

En efecto, Dios quiere salvarnos, pero en libertad, contando con nuestra cooperación: “Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti”⁴⁸³. Además de la fuerza de Dios hace falta también el libre querer del hombre.

Dios espera de cada hombre una colaboración, una respuesta a su amor, una entrega sincera: “Nada más falso que oponer la libertad a la entrega, porque la entrega viene como consecuencia de la libertad. Mirad, cuando una madre se sacrifica por amor a sus hijos, ha elegido; y, según la medida de ese amor, así se manifestará su libertad. Si ese amor es grande, la libertad aparecerá fecunda, y el bien de los hijos proviene de esa bendita libertad, que supone entrega, y proviene de esa bendita entrega, que es precisamente libertad”⁴⁸⁴.

Cuando una persona sale de sí misma, rompe las barreras del egocentrismo y se decide a dejarse ayudar por Dios, encuentra el camino de su salvación. Con demasiada frecuencia se ha venido utilizando la coartada de la libertad para justificar la indiferencia o la desviación moral. Pero la libertad no es un juego, sino una capacidad personal de alcanzar el bien y de amarlo, de acercarse a Dios; no equivale al indiferentismo religioso, sino a la necesidad de asumir decisiones personales en materia religiosa. Esa libertad exige, como todo derecho humano básico del que los hombres gozan, no sufrir coacción en la propia actividad religiosa y moral en el seno de la comunidad política. “Hay que respetar las legítimas ansias de verdad: el hombre tiene obligación grave de buscar al Señor, de

⁴⁷⁸ *Gálatas* 5, 1.

⁴⁷⁹ *Juan* 8, 32.

⁴⁸⁰ *2 Corintios* 3, 17.

⁴⁸¹ *Romanos* 8, 21.

⁴⁸² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.741.

⁴⁸³ SAN AGUSTÍN. *Sermón* 169, 38.

⁴⁸⁴ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 30.

conocerle y de adorarle, pero nadie en la tierra debe permitirse imponer al prójimo la práctica de una fe de la que carece; lo mismo que nadie puede arrogarse el derecho de hacer daño al que la ha recibido de Dios”⁴⁸⁵.

No hay que tener miedo a la libertad. Ni falsear la realidad tratando de negar sus consecuencias: la eterna salvación o condenación. Pero es de tal categoría el don de la libertad que su buen uso -el amor consciente, voluntario y generoso a Dios y al prójimo- *compensa*, por así decir, los pecados y los crímenes que por su mal uso se cometan, ya que Él “juzgó que serían mejores sus servidores si libremente le servían”⁴⁸⁶.

¿Podemos hablar de una libertad cristiana? Ciertamente. Y ¿en qué consiste? Es la misma libertad humana, que ha quedado debilitada y herida por el pecado, una vez sanada y elevada por la gracia divina. A la luz de estas consideraciones se entiende cuál es la más profunda y radical de las liberaciones: la liberación del pecado, que Cristo ha comenzado a redimirnos, pero que tiene que llegar a su plena realización. El que peca contra Dios “manifestará quizá que se ha comportado conforme a sus preferencias, pero no logrará pronunciar la voz de la verdadera libertad: porque se ha hecho esclavo de aquello por lo que se ha decidido, y se ha decidido por lo peor, por la ausencia de Dios, y allí no hay libertad”⁴⁸⁷.

Con ayuda

El poeta latino Ovidio expresó, con palabras universalmente conocidas, la dificultad humana para obrar el bien: “Veo lo mejor, y lo apruebo, y sin embargo hago lo peor”. Y no es el único en señalar esta debilidad en la voluntad humana, que cualquier persona experimenta cuando seriamente quiere realizar un bien costoso. El propio San Pablo pone de manifiesto esta realidad: “Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino que, lo que aborrezco, eso hago”⁴⁸⁸. Necesitamos ayuda para hacer el bien, no basta con la buena voluntad humana. Y esa ayuda procede de Dios, de su gracia: “la

⁴⁸⁵ *Ibidem*, n. 33.

⁴⁸⁶ SAN AGUSTÍN. *De la religión verdadera* 14, 27.

⁴⁸⁷ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 37.

⁴⁸⁸ *Romanos* 7, 15.

libertad del hombre, que ha quedado herida por el pecado, no puede hacer plenamente activa esta ordenación a Dios sino con la ayuda de la gracia divina”⁴⁸⁹.

Hay una doble libertad: el hombre se mueve libremente para amar a Dios; pero Dios también libremente le proporciona antes su ayuda para que pueda obrar el bien. “La auténtica libertad es una espléndida señal de la divina imagen en el hombre, ya que Dios quiso dejar al hombre en manos de su propia decisión, de modo que espontáneamente sepa buscar a su Creador, y llegar libremente a la plena y feliz perfección, por la adhesión a Él”⁴⁹⁰.

Dios es el autor del don de la libertad y nos enseña cuál es el camino de su ejercicio, a salvo de esclavitudes y cadenas: “Si permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres. Le respondieron: Somos linaje de Abraham y nunca hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: seréis libres? Jesús les respondió: Os lo aseguro: todo el que comete pecado es esclavo del pecado”⁴⁹¹. Nos señala el camino, pero no nos fuerza, prohíbe los pecados pero no los impide. Con expresión llena de radicalidad afirma el Beato Josemaría Escrivá: “Dios ha querido que seamos cooperadores suyos, ha querido *correr el riesgo de nuestra libertad*”⁴⁹².

Querer libremente el bien es ejercer el auténtico sentido de la libertad. Ello supone seguir en todo la Voluntad de Dios: “¿Lo quieres, Señor?... ¡Yo también lo quiero!”⁴⁹³. Entonces hay paz en el fondo del alma, el gozo profundo de amar el bien, la realización cabal del querer de Dios, que siempre procura para nosotros lo mejor: “El abandono en la Voluntad de Dios es el secreto para ser feliz en la tierra”⁴⁹⁴.

Cabe también la opción negativa: “Responder que no a Dios, rechazar ese principio de felicidad nueva y definitiva ha quedado en manos de las criaturas. Pero si obra así deja de ser hijo para convertirse en esclavo: (...) ningún hombre escapa a algún tipo de servidumbre. Unos se postran delante del dinero; otros adoran al poder; otros, la relativa tranquilidad del escepticismo; otros descubren en la sensualidad su becerro de oro”⁴⁹⁵.

⁴⁸⁹ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 17.

⁴⁹⁰ *Ibidem*.

⁴⁹¹ *Juan* 8, 32-34.

⁴⁹² *Es Cristo que pasa*, n. 113.

⁴⁹³ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 762.

⁴⁹⁴ *Ibidem*, n. 766.

⁴⁹⁵ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 34.

Tomar conciencia de la propia libertad expresa el dominio del hombre sobre sus acciones, y ayuda a cumplir amorosamente lo que Dios quiere para cada uno. “Libremente, sin coacción alguna, porque me da la gana, me decido por Dios. Y me comprometo a servir, a convertir mi existencia en una entrega a los demás, por amor a mi Señor Jesús”⁴⁹⁶.

Guapos y bien apoyados: “La gracia de Cristo no se opone de ninguna manera a nuestra libertad cuando ésta corresponde al sentido de la verdad y del bien, que Dios ha puesto en el corazón del hombre. Al contrario, como lo atestigua la experiencia cristiana, especialmente en la oración, a medida que somos dóciles a los impulsos de la gracia, se acrecientan nuestra íntima verdad y nuestra seguridad en las pruebas, como también ante las presiones y coacciones del mundo exterior. Por el trabajo de la gracia, el Espíritu Santo nos educa en la libertad espiritual para hacer de nosotros colaboradores libres de su obra en la Iglesia y en el mundo”⁴⁹⁷.

Libertad amenazada

Una de las paradojas que nos ofrece la fe cristiana es que la libertad sin Dios degenera en servidumbre: “Esclavitud o filiación divina: he aquí el dilema de nuestra vida. O hijos de Dios o esclavos de la soberbia, de la sensualidad, de ese egoísmo angustioso en el que tantas almas parecen debatirse”⁴⁹⁸. A la vez que la sujeción a Dios lleva consigo la posesión más plena de la libertad: “Os lo repito: no acepto otra esclavitud que la del Amor de Dios. Y esto, porque, como ya os he comentado en otros momentos, la religión es la mayor rebeldía del hombre que no tolera vivir como una bestia, que no se conforma -no se aquieta- si no trata y conoce al Creador. Os quiero rebeldes, libres de toda atadura, porque os quiero -;nos quiere Cristo!- hijos de Dios”⁴⁹⁹.

Así, la entrega al querer de Dios por amor constituye el nivel más profundo y existencial de ejercicio de la libertad, de rompimiento de ataduras y de apertura a la gracia divina salvadora. “El amor de Dios marca el camino de la verdad, de la justicia, del bien. Cuando nos decidimos a contestar al Señor: *mi libertad para ti*, nos encontramos liberados

⁴⁹⁶ *Ibidem*, n. 35.

⁴⁹⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.742.

⁴⁹⁸ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 38.

⁴⁹⁹ *Ibidem*.

de todas las cadenas que nos habían atado a cosas sin importancia, a preocupaciones ridículas, a ambiciones mezquinas”⁵⁰⁰.

La libertad mal ejercida no es sólo una pérdida para quien lo realiza, sino también una auténtica amenaza para la vida y la libertad de los demás. “El ejercicio de la libertad no implica el derecho de decir y hacer cualquier cosa. Es falso concebir al hombre sujeto de esa libertad como un individuo autosuficiente que busca la satisfacción de su interés propio en el goce de los bienes terrenales”⁵⁰¹. Las consecuencias, a nivel colectivo, son actuales y preocupantes; “las condiciones de orden económico y social, político y cultural requeridas para un justo ejercicio de la libertad son, con demasiada frecuencia, desconocidas y violadas. Estas situaciones de ceguera y de injusticia gravan la vida moral y colocan tanto a los fuertes como a los débiles en la tentación de pecar contra la caridad. Al apartarse de la ley moral, el hombre atenta contra su propia libertad, se encadena a sí mismo, rompe la fraternidad con sus semejantes y se rebela contra la verdad divina”⁵⁰².

Esta libertad que tanto se ha exaltado -muchas veces sin rumbo ni sentido- en el pensamiento y en toda la cultura del mundo moderno, es en sus orígenes un valor genuinamente cristiano, ni pusilánime ni timorato. “Ésta es la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Los cristianos amilanados -cohibidos o envidiosos- en su conducta, ante el libertinaje de los que no han acogido la Palabra de Dios, demostrarían tener un concepto miserable de nuestra fe. Si cumplimos de verdad la Ley de Cristo -si nos esforzamos por cumplirla, porque no siempre lo conseguiremos-, nos descubriremos dotados de esa maravillosa gallardía de espíritu, que no necesita ir a buscar en otro sitio el sentido de la más plena libertad humana”⁵⁰³.

Es una experiencia personal e inalienable, que cada uno de nosotros está invitado a realizar.

Virtudes devaluadas

⁵⁰⁰ *Ibidem*.

⁵⁰¹ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.740.

⁵⁰² *Ibidem*.

⁵⁰³ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Amigos de Dios*, n. 38.

Cuando la inflación recorre su curva ascendente y los precios suben y los salarios no alcanzan, se puede afirmar también que la moneda ha sufrido una real devaluación: ha perdido su valor. Algo análogo puede suceder, en el terreno espiritual y moral, si nos atuviéramos a la pobre apreciación de muchos, con respecto a tres virtudes, las más excelentes y valiosas.

En efecto, las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad, tienen una primacía sobre todas las demás: “Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino (...); fundan animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano”⁵⁰⁴.

Siendo virtudes tan excelentes, su devaluación o minusvaloración es especialmente notoria. Así sucede con la fe teologal, que para muchos es una especie de sentimiento o entusiasmo. Nada más lejos de la realidad: la fe está en el orden del conocimiento intelectual. Es una luz que, junto con la gracia, Dios pone en nuestra inteligencia, y es perfectamente compatible con la sequedad o frialdad espiritual. “La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe «el hombre se entrega entera y libremente a Dios» (...). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. «El justo vivirá por la fe»⁵⁰⁵. La fe viva «actúa por la caridad»^{506,507}.

Así como la fe no es un sentimiento, la esperanza teologal no es la autoestima. Ésta última consiste en la confianza en uno mismo, y se proyecta en ilusiones a corto plazo. En cambio: “La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los Cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en la promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo”⁵⁰⁸. Sus beneficios están muy por encima de las posibilidades meramente humanas: “La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón

⁵⁰⁴ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.812-1.813.

⁵⁰⁵ *Romanos* 1, 17.

⁵⁰⁶ *Gálatas* 5, 6.

⁵⁰⁷ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1.814.

⁵⁰⁸ *Ibidem*, n. 1.817.

de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los Cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad”⁵⁰⁹.

Por su parte la caridad no es la simpatía, ni las relaciones públicas, ni un temperamento bondadoso. “La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios”⁵¹⁰. “Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la caridad guarda los *mandamientos* de Dios y de Cristo”⁵¹¹: se manifiesta en las obras y no en las simples apariencias. “La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino”⁵¹². “La caridad tiene por *frutos* el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y de la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión”⁵¹³.

Sería una lástima que una visión superficial y cerrada a la trascendencia permitiese en nosotros la *devaluación* de esas joyas espirituales, regalos divinos, que son la fe, la esperanza y el amor de caridad.

⁵⁰⁹ *Ibidem*, n. 1.818.

⁵¹⁰ *Ibidem*, n. 1.822.

⁵¹¹ *Ibidem*, n. 1.824.

⁵¹² *Ibidem*, n. 1.827. ⁵¹³ *Ibidem*, n.1.829.

IV. LIBERTAD PARA TRABAJAR

Sobre el ocio y el negocio

Nuestra época, llena de afanes laborales, ha descubierto -quizás como ninguna otra- la importancia y dignidad del trabajo humano. El trabajo de los hombres ha encontrado nuevos y prometedores campos de desarrollo: ha incrementado su especialización, perfección y eficacia. Y cabe preguntarse cual es el porqué da tanto esfuerzo, la justificación y el *sentido* último de la faena laboral de tantos millones de seres humanos.

Hay una respuesta simplista: la del marxismo, que no reconocía al trabajo sino los móviles económicos. Al mismo tiempo sobrevaloraba ese trabajo, llevando a cabo una paradójica *divinización* atea del trabajador.

Por otra parte, el desarrollo económico, tecnológico y social permite considerar con perspectivas realistas la finalidad y la significación del descanso. Es un hecho la reducción del tiempo semanal de trabajo en los países con mayor grado de desarrollo, reducción que tiende a incrementarse. Aparecen así horas, días, dedicados al descanso y a la diversión, ruptura intencionada y radical con el marco habitual de trabajo y dedicación a unas ocupaciones que puedan comportar una mayor perfección humana.

Es interesante a este propósito recordar aquí la concepción clásica del ocio⁵¹⁴. El ideal griego y latino es el *otium*, concebido no como mera inactividad sino como actividad anímica de contemplación y enriquecimiento interior. Lo opuesto al *otium* sería el *neg-*

⁵¹⁴ Vid. J. PIEPER. *El ocio y la vida intelectual*. Madrid, 1962.

otium, que llevaría consigo un activismo desprovisto de sentido, un mero *hacer* sin apenas *obrar*.

Quizás hoy en día no estamos tan lejos de esa concepción clásica, de la que somos herederos culturales. Para muchas mentalidades todavía el trabajo significa el *neg-otium* que se sobrelleva y se endereza a fines más o menos pragmáticos, y con el que se corta abruptamente para dedicar otros tiempos a un *otium*, que tiene en muchos casos más que ver con la evasión o la ociosidad que con el ideal clásico de la serena contemplación.

Podría pensarse que sigue vigente el influjo generalizado de este aspecto negativo de la cultura clásica: el divorcio entre el ideal de perfección humana y las actividades encaminadas a un resultado *práctico*.

Hacia una armonía

El ideal grecolatino del *otium* es un ideal de serena contemplación, opuesto a su negación, que sería el *neg-otium*. En rigor la actitud de *otium* no tiene que ser un sucedáneo de la pereza pasiva (ociosidad) o activa (activismo irreflexivo). Es tarea de los hombres de nuestro tiempo descubrir los nexos entre un trabajo humanamente dignificante y productivo, y una actitud interior de serena reflexión.

La pereza activa o pasiva desemboca en el hastío, en la tristeza que deriva de no querer ser uno mismo, en la inautenticidad, en la desesperación de realizar una tarea larga y costosa de la que no se conoce el porqué.

Sin un *otium*, entendido en su mejor sentido, el trabajo humano es alienante, esclavizador. Es fuente de insatisfacción y de rebeldía ante un *mundo* en el que no se penetra a través de una tarea *vital*⁵¹⁵.

Ese *otium* habrá de ser una superación del ideal clásico, que produjo la dicotomía, la excesiva separación con respecto al *negotium*: “El ideal romano se cifraba en ser hombre libre frente al hombre esclavo. Y como el trabajo era lo que determinaba la vida del esclavo, se impuso la conocida distinción entre trabajo servil y trabajo liberal, identificando en el primero el trabajo propiamente dicho, y en el segundo toda esa gama de actividades

⁵¹⁵ Cf. A. USLAR PIETRI. *Trabajo, vida y ocio*. En *Obras selectas*. Madrid-Caracas, 1967.

que, además de la cultura, comprende las aficiones y las artes. El trabajo ordinario tenía un marcado carácter de inferioridad: era considerado simplemente un hecho, correspondiente a un estado, y no una virtud, correspondiente al hombre. El trabajo, por eso, castigaba y clasificaba a los hombres. No sólo no era considerado como valor positivo, sino que era considerado como una condena. El trabajo hacía esclavos, hombres -si así llegaban a ser considerados- de segundo plano”⁵¹⁶. Todavía quedan restos de esa mentalidad entre nosotros.

Los problemas del tiempo libre y la desocupación no pueden ya ser resueltos en términos de contraposición entre ocio y trabajo: de un ocio entendido como liberación de un trabajo esclavizante. Y así como entendemos la necesidad para todos -en sociedades desarrolladas o menos desarrolladas-, del descanso y la diversión para “que por ella, relajada de algún modo la mente, seamos capaces de mayores esfuerzos”⁵¹⁷, estamos cada vez en mayor capacidad de entender la necesidad del trabajo para todos, no sólo como imperativo económico sino como premisa de perfeccionamiento humano.

Un desenfoco acerca del más profundo sentido del trabajo humano ha llevado en ocasiones y podría todavía llevar -entre los tratadistas de espiritualidad y en la conducta de algunos cristianos- a acentuar exageradamente las diferencias, y hasta las incompatibilidades entre la contemplación y la acción. Sería hacerse eco de una concepción pagana en muchos de sus aspectos: “El creyente laico de hoy sabe que se vuelve pagano cuando desprecia la acción en nombre de la contemplación -humanismo antiguo- o cuando desprecia la contemplación en nombre de la acción -humanismo moderno-.”⁵¹⁸

Es hora de hacer ver que la actitud contemplativa, de *otium*, es perfectamente compatible: humanamente primero, cristianamente después, con un trabajo intenso y amplio, realizado con perfección, con conocimiento de su función personal y societaria. La tarea profesional es modo de entronque con la comunidad, aporte personal coordinado con otros, ocasión de despliegue de capacidades humanas. Esa tarea profesional se presenta al hombre como esfuerzo superador: “La apertura de toda realidad a la plenitud de su propio ser -bien sea de un reino por un estadista o de un jardín por un ama de casa- no sólo es el

⁵¹⁶ J. MULLOR. *La nueva cristiandad*. Madrid, 1968, p. 215.

⁵¹⁷ STO. TOMÁS DE AQUINO. *Suma contra los gentiles* III, 25.

⁵¹⁸ J.B. TORELLÓ. *Psicoanálisis y confesión*. Madrid, 1963, p. 174.

trabajo que un hombre efectúa sobre la cosa, sino también la comprensión y la contemplación, la alegría que siente en esa misma cosa. La apertura de esa realidad mediante el trabajo del hombre es tanto la perfección de esa misma cosa como, simultáneamente, el que esa cosa se dé al hombre. El ser se rinde al hombre que se ha rendido al ser”⁵¹⁹. Es así contacto benefactor con la realidad: “Cada cosa entraña y esconde en el fondo una marca de origen divino; quien llega a ver esto, *ve* que ésta y todas las cosas son *buenas* sobre toda comprensión; ve esto y es feliz. Esta es la doctrina de la contemplación de la creación terrena”⁵²⁰.

De este modo el descanso no quedará abismalmente separado de la tarea laboral. Es actividad diferente, pero no opuesta. Ha de llevar consigo una actitud interior semejante. El trabajo desemboca así en la *fiesta*⁵²¹, en el descanso que no es ruptura sino complemento, en la diversión relajante que no es pérdida sino reparación de fuerzas.

Trabajo y dignidad del hombre

Nuestra época está siendo testigo de excepción en una nueva valoración del trabajo. Muchos hombres, siempre en número creciente, han entrado en el pasado siglo y en el presente en la gran rueda laboral, en el intercambio continuado de bienes y servicios. Las condiciones de la vida en las sociedades en que vivimos, llevan al trabajo. Y parece claro y positivo el hecho de que -prescindiendo cada vez más de una sociedad basada en tradiciones de casta y privilegios sociales- la sociedad del futuro se va a apoyar mucho más en la valía del trabajo personal.

Hay en la escala de valores tradicional, particularmente entre nuestros pueblos hispánicos, un soterrado desdén hacia el trabajo, sobre todo hacia el trabajo más material o productivo. Se da algo así como un *quijotismo laboral*, que solamente ve el trabajo como necesidad impuesta por las circunstancias, como castigo divino o como lamentación platonizante por las limitaciones de nuestro ser material.

Esa desdeñosa actitud *señorial* hacia el trabajo puede ser el producto de un falso espiritualismo, de un ultramundano; como si sólo importase el alma, pero no el cuerpo y sus exigencias y posibilidades; como si el ser humano, en íntima unidad, no fuese a la vez

⁵¹⁹ F. WILHELMSSEN. *La metafísica del amor*. Madrid, 1964, p. 96-97.

⁵²⁰ J. PIEPER. *El ocio y la vida intelectual*. Madrid, 1962, p. 317.

⁵²¹ Cf. *Ibidem*.

persona espiritual-material⁵²². No debe despreciarse lo material, en nombre de la excelencia del espíritu y de la vida ultraterrena. “Este mundo no lo es todo. En esto tienen razón los ultramundanos. Pero este mundo es parte esencial del otro. Luego tienen razón los mundanos al subrayar la magnitud de su importancia. Antes se quedan cortos. Lo que hace la doctrina del ultramundano es multiplicar y potenciar *ad infinitum* el valor de nuestras acciones en el mundo. Hay que tener cuidado con lo que se hace, porque las consecuencias son perennes. El valor del mundo es muy superior a lo que los mundanos se imaginan”⁵²³.

Así, los trabajos que puedan parecer más materiales, tienen una profunda relación con el espíritu humano, con su perfección total. “Hay que hacer carreteras. Hay que construir escuelas. No se trata meramente de que las carreteras y las escuelas sean cosas buenas, sino de que este mundo es parte del otro, y, según lo que sembremos, así recogeremos”⁵²⁴.

La conexión con el trabajo humano es -por otra parte- lo que da a la riqueza económica, al dinero, su función e importancia: “Unos hombres ven la riqueza meramente como posibilidades de placer; otros, en cambio, como potencialidades de bien”⁵²⁵. Es la valoración integral de la economía y de la producción, al servicio del hombre; lejos de un desprecio de lo material-económico, que sería sencillamente maniqueísmo (pensar que la materia es mala). Es conveniente dar su valor y categoría a todos los trabajos humanos rectos, aun los más materiales. Es justo reconocer también esa dignidad a las actividades económicas.

La dignidad humana del trabajador y de su trabajo, sea éste mayormente intelectual o manual, es elemento fundamental en el progreso del hombre y de la sociedad. “De que el oficio de un hombre sea tenido, al mismo tiempo, como su vocación, como su misión, como su tarea espiritual, es de donde ha brotado la concienciosidad en el trabajo. Allí donde los hombres fueron persuadidos de que su oficio o profesión era también, y al mismo tiempo, su vocación y tarea espiritual, las gentes se pusieron a trabajar con tanto ahínco y con tales escrúpulos, que sus industrias dominaron el mundo. En cambio, en aquellos otros pueblos de cerebros claros que no quisieron confundir la ocupación con la misión del alma,

⁵²² Cf. R. DE MAEZTU. *El sentido reverencial del dinero*. Madrid, 1957, p. 16-17.

⁵²³ *Ibidem*, p. 17-18.

⁵²⁴ *Ibidem*, p. 19.

⁵²⁵ *Ibidem*, p. 24.

las industrias decayeron, porque los hombres no se dedicaban a ellas sino para ganarse la vida y obligados por la necesidad. Allá donde la palabra oficio significaba al mismo tiempo vocación, los hombres trabajaron como si de su faena dependiera la salvación de su alma. Acá, donde la vocación era una cosa y el oficio otra, los hombres no se afanaron sino meramente por ganarse la vida. Los pueblos de la confusión prosperaron. Los de la claridad, en cambio, quedaron rezagados”⁵²⁶.

No solamente el trabajo humano ocasiona el mejoramiento de la sociedad. Contribuye también poderosamente al mejoramiento de cada persona: “Las gentes han llegado a sentir el trabajo como una virtud, aunque los antiguos hidalgos lo consideraban deshonoroso”⁵²⁷.

Una nueva mentalidad laboral

Buen número de estudiosos han señalado que la Edad Moderna de la historia europea vio surgir una nueva valoración del trabajo humano y de las actividades económicas, que constituyó una premisa importante para la llamada revolución industrial. Ramiro de Maeztu se fijaba particularmente en la mayor dedicación al trabajo y al progreso económico en algunos países y lo atribuía al influjo de la concepción laboral de los puritanos, distinta de la concepción tradicional en el mundo románico (más entroncada ésta última con la contraposición entre el *ocio* y el *negocio*), que veía en el trabajo únicamente un medio de ganarse la vida: “El puritanismo, en cambio, ha creado un concepto original y propio del trabajo. No lo considera meramente como un medio de ganarse la vida, sino como el medio ascético por excelencia, más obligatorio para el rico que para el pobre. No hay otro modo de alejar las tentaciones que la riqueza brinda... Este es un concepto extraño a nosotros. Nosotros nos desdoblamos. Una cosa es, en el mismo hombre, el funcionario, y otra el caballero. Y la separación entre el negociante y el creyente suele ser aún mayor. Ahora bien: la teología del puritanismo no necesita interesarnos, pero sus consecuencias

⁵²⁶ *Ibidem*, p. 47-48.

⁵²⁷ *Ibidem*, p. 61.

son tan actuales y candentes como lógicamente inevitables. Porque si un relojero me compone un reloj meramente para obtener mi remuneración, mientras que otro relojero, que también obtiene mi remuneración, cree al mismo tiempo que la salvación de su alma se conoce por la excelencia de su compostura, no necesito de otro dato para explicarme el hecho de que se halle en Ginebra la industria relojera”⁵²⁸. Y añade el mismo autor: “Yo no simpatizo con la teología de los puritanos. Lo que digo es que le ha sugerido una idea religiosa del dinero que los ha hecho poderosos”⁵²⁹. Se trata de una moralidad que ordena adquirir el dinero, pero prohíbe gastarlo en placeres; que impulsa el esfuerzo productivo, para que el hombre *se sienta* salvado. La consecuencia es que la laboriosidad y el ahorro producen riqueza.

No deja de ser interesante el influjo de una idea religiosa -pese a sus innegables deficiencias- sobre un proceso de acelerado desarrollo económico que llega a nuestros días: “la inmensa revolución realizada en los países protestantes durante la época moderna no ha tenido nada que ver esencialmente con los problemas prácticos de *eleva*r el nivel de vida. La nueva revolución ha sido la afirmación por el hombre moderno del ser, de su poder contra las negatividades de la vida. La enorme agitación comercial y mercantil que ha distinguido a todo el mundo calvinista del siglo XVII fue una forma del poder de ser protestante, una declaración del valor de la existencia personal contra el vacío”⁵³⁰.

Queda fuera de mi propósito desarrollar en estas páginas una laboriosa tesis histórico-económica acerca de las relaciones habidas entre la aparición del capitalismo y sus nexos más o menos comprobables con el desarrollo del puritanismo. Tampoco parece que pueda sostenerse con seguridad que sobre este complejo fenómeno histórico hayan influido solamente factores religiosos⁵³¹.

Tiene interés, sin embargo, poner de relieve un manifiesto cambio de mentalidad con respecto a la valoración del trabajo, manifestado en la caída de la antigua mentalidad *señorial*, por una nueva y generalizada mentalidad *laboral*, que ha venido caracterizando cada vez más a nuestra época⁵³². La preponderancia de esta concepción nueva y más

⁵²⁸ *Ibidem*, p. 262 y ss.

⁵²⁹ *Ibidem*, p. 256 y ss.

⁵³⁰ F. WILHELMSSEN. *La metafísica del amor*. Madrid, 1964, p. 173.

⁵³¹ Cf. A. FANFANI. *Catolicismo y protestantismo en la génesis del capitalismo*. Madrid, 1958.

⁵³² Cf. *Ibidem*, p. 292 y ss.

madura de la tarea humana se inició, en su aspecto mercantil e industrial, de un modo más acusado en los ambientes influidos por el protestantismo puritano⁵³³.

La enseñanza bíblica acerca del trabajo

La concepción cristiana del hombre tuvo desde el principio un profundo impacto sobre la vida y la mentalidad del mundo pagano; “en el pensamiento romano -el trabajo-condena y el esclavo-propiedad del ocioso hombre libre- se inserta, hasta anularlo un día, el pensamiento bíblico que en el trabajo ve un mandato de Dios, orientado simultáneamente al dominio y a la redención de la tierra⁵³⁴, y en el hombre trabajador ve una imagen y una semejanza de Dios, de un Dios activo y creador”⁵³⁵. Ante Dios no hay acepción de personas; no hay diferencia esencial entre el libre y el esclavo. A los esclavos aconsejará San Pablo trabajar “como quien sirve al Señor y no a los hombres”⁵³⁶.

También hoy nos planteamos, con aguda urgencia, el sentido de nuestra vida y por tanto el de nuestra tarea laboral. “El trabajo -como idea- está en la encrucijada de ser, al igual que la libertad, un cáncer que la corrompa o una medicina que la salve. La humanidad no puede dejar de desentrañar el sentido del trabajo”⁵³⁷.

El trabajo, como tarea dignificante y necesaria para la plenitud humana se apoya en los resortes de nuestra perfectibilidad: es deber humano y cristiano. La pluma del Apóstol lo expresa lacónicamente: “quien no quiera trabajar que no coma”⁵³⁸. Es preciso ver en el trabajo una noble tarea, una misión netamente humana. “Mientras el hombre sea sólo un número productivo y no una persona creativa, el trabajo no podrá tener otra significación que la económica, la cual -aunque parezca paradójico- es una herencia románica con resabios de esclavitud que los materialistas arrastran sin saberlo: pretenden la redención de los trabajadores a base de unos cálculos de utilidad y no a base de unos cálculos metafísicos, ya que la metafísica para ellos no existe. Pero eso, en realidad, es continuar con la idea del valor material del trabajo, que era lo que los romanos profesaban en tiempos

⁵³³ Cf. *Ibidem*, p. 253 y ss.

⁵³⁴ Cf. *Génesis* 2.

⁵³⁵ J. MULLOR. *La nueva cristiandad*. Madrid, 1968, p. 215-216.

⁵³⁶ *Efesios* 6, 7.

⁵³⁷ J. MULLOR. *Ibidem*, p. 216.

⁵³⁸ 2 *Tesalonicenses* 3, 10.

de la más dura esclavitud. Por eso los colectivismos, al tratar de dignificar el trabajo sólo económicamente, esclavizan al hombre”⁵³⁹.

Es digna de destacarse la continuidad entre la concepción hebrea del trabajo y la concepción cristiana. El norte del hombre es el trabajo, no la ociosidad. El descanso es un mandamiento divino, porque antes lo es el trabajo. “*Seis días trabajarás y harás tus obras, pero el séptimo día es día de descanso consagrado a Yahvé, tu Dios...*”⁵⁴⁰. Es la misma concepción de la vida en que se incluye el elogio de la mujer, no por su hermosura, sino por su fortaleza, por su trabajo⁵⁴¹. “La riqueza para el judío es una idea que suscita la bendición de Dios; pero al mismo tiempo es una idea dinámica en el sentido de que los bienes materiales no son nunca un fin en sí mismos, la riqueza deja de ser para él capitalismo. La fruición de la riqueza es fuente de nuevo vigor laboral, de nuevos impulsos creativos... El hebreo no considera la posibilidad, como el hombre románico, de abandonar el trabajo personal una vez conseguida la riqueza”⁵⁴².

Si buscamos el genuino entronque de la concepción dignificante del trabajo no la encontramos en el paganismo greco-romano: “Hay, pues, un hilo invisible que une el Viejo y el Nuevo Testamento, según los cuales el trabajo es una obligación humana y no sólo una obligación de clase o de casta inferior. En ambos Testamentos, la riqueza puede ser buena o mala, según sea sinónimo de trabajo o sinónimo exclusivo de capital, según sirva a Dios con el dinamismo de nuevos trabajos o sirva sólo al hombre en un quietismo que sea pecaminoso al volver las espaldas a Dios”⁵⁴³.

Trabajo y misión humana

Lo natural y conveniente al hombre no es el despilfarro de sus potencialidades en la ociosidad, sino la tarea esforzada y laboriosa: “El trabajo acompaña inevitablemente la vida del hombre sobre la tierra. Con él aparecen el esfuerzo, la fatiga, el cansancio: manifestaciones del dolor y de la lucha que forma parte de nuestra existencia humana actual, y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención. Pero el trabajo en sí mismo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no

⁵³⁹ J. MULLOR. *Ibidem*, p. 239.

⁵⁴⁰ *Éxodo* 20, 8-11.

⁵⁴¹ Cf. *Proverbios* 31, 11 y ss.; J. MULLOR, *o.c.*, p. 242 y ss.

⁵⁴² J. MULLOR. *Ibidem*, p. 250.

⁵⁴³ *Ibidem*, p. 252.

han leído bien la Escritura Santa”⁵⁴⁴. El Beato Josemaría Escrivá ha subrayado con fuertes trazos el valor humano y cristiano que el trabajo tiene: “Es hora de que los cristianos digamos muy alto que el trabajo es un don de Dios, y que no tiene sentido dividir a los hombres en diversas categorías según los tipos de trabajo, considerando una tareas más nobles que otras. El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recursos para sostener a la propia familia: medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la humanidad”⁵⁴⁵.

Es la valoración del trabajo que se vivía entre los primeros cristianos, tal como se lee en uno de sus más antiguos documentos, la *Didaché* o *Doctrina de los Doce Apóstoles*⁵⁴⁶: “Si el que llega es un caminante, ayúdale en cuanto podáis; pero no permanecerá entre vosotros más de dos días, o, si hubiere necesidad, tres. Si quiere establecerse entre vosotros, teniendo un oficio, que trabaje y así se alimente. Si no tiene oficio, proveed conforme a vuestra prudencia, de modo que no viva entre vosotros ningún cristiano ocioso”.

Esta alta consideración acerca del valor del trabajo se vio posteriormente oscurecida. Tal ocurre con la espiritualidad monástica y en las que de ella han derivado. “En una palabra: el trabajo es visto fundamentalmente como un medio de combatir el ocio, esa ociosidad que es madre de todos los vicios. No se busca como algo que tiene bondad *en sí mismo*, sino como simple medio ascético. Esta consideración predominantemente instrumental del trabajo -algo que se hace porque es útil, pero sin parar mientes en su propia bondad-, aparece de modo patente en la conocida historia de Pablo el Ermitaño que, aunque no le servía ni para el alimento ni para la limosna -se sustentaba con una pequeña huerta y vivía demasiado lejos de cualquier lugar habitado-, se imponía, para no estar ocioso, la tarea de construir cestos. Al final del año, con los cestos formaba un gran montón y los quemaba, reduciéndolos a ceniza”⁵⁴⁷.

⁵⁴⁴ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 47.

⁵⁴⁵ *Ibidem*.

⁵⁴⁶ XII, 2-4.

⁵⁴⁷ J.L. ILLANES. *La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo*. Caracas, 1966, p. 21-22.

Transcurre así una larga época histórica en que ni la mentalidad ni las circunstancias sociales de los pueblos cristianos favorecen una completa valoración del quehacer laboral: “No olvidemos tampoco que la sociedad tiene en esas épocas una estructura eminentemente jerárquica, basada en la herencia, de tal modo que el acceso a las funciones rectoras depende primariamente no de la competencia personal, sino de la pertenencia a determinadas familias. Se hace posible así una actitud que considera el trabajo como un deshonor o como algo propio de *los plebeyos*. A la inversa, el mensaje sobre al santificación del trabajo resulta más fácilmente inteligible en una época como la nuestra, en la que el principal elemento de diversificación y estructuración social es la competencia profesional de cada individuo”⁵⁴⁸.

La condición y dignidad de cristiano, de hijo de Dios, no hace sino reforzar más la importancia de trabajar: “No me explico que te llames cristiano y tengas esa vida de vago inútil.

-¿Olvidas la vida de trabajo de Cristo?”⁵⁴⁹.

Trabajo y contemplación

La fuerza y magnitud del trabajo humano en nuestros días obligan a preguntarse cómo conciliar el *otium*, la actitud contemplativa y ennoblecedora del hombre (que no es estéril ociosidad) con un trabajo intenso y bien desarrollado (que no es esclavitud alienante). “O logramos que los hombres contemplen a Dios en su trabajo -la contemplación es inherente al espíritu de fe- o la humanidad sufrirá el espejismo colectivo de creer que el trabajo es el medio para emanciparse de Dios y para librarse, finalmente, de las *superestructuras* religiosas”⁵⁵⁰.

Sólo si su trabajo enriquece interiormente al hombre, éste será capaz de difundir el bien a su alrededor. “Que el hombre trabaje contemplando: tal es el medio para evitar que el *mundo* de las cosas buenas sea invadido por el mundo de los sentimientos malos”⁵⁵¹.

Cuando el hombre trabaja cara a Dios, viviendo su trabajo como dignidad y servicio, se descubre el señorío del trabajo cabal, no el falso señorío de la holganza refinada

⁵⁴⁸ *Ibidem*, p. 29, nota 41.

⁵⁴⁹ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 356.

⁵⁵⁰ J. MULLOR. *La nueva cristiandad*. Madrid, 1968, p. 228.

⁵⁵¹ *Ibidem*, p. 259.

o el privilegio. “Sólo si Dios ilumina con su presencia la riqueza y el trabajo, la riqueza será instrumento de amor, como instrumento de amor será el trabajo. El rico se convertirá en administrador, dejando de ser dueño, y, al mismo tiempo, consciente del valor del trabajo, se convertirá en trabajador y se hermanará al obrero, aportando libremente su sudor y su fatiga, su ilusión y su esperanza, a una misma misión creativa. No habrá entonces clases sociales, sino clases de trabajadores. La mística habrá roto los moldes viejos de la concepción romana de la vida y, definitivamente, dejará de existir diferencia entre el libre y el esclavo, ya que uno y otro serán, no sólo espiritualmente, sino también prácticamente, «una misma cosa en Cristo»^{552,553}.

Al hombre cristiano de nuestros días se le ofrece el espléndido horizonte de una contemplación inmersa en el trabajo, de una tarea que no le empequeñece, sino que le aproxima a Dios, engrandeciéndole. “Por eso el hombre no debe limitarse a hacer cosas, a construir objetos. El trabajo nace del amor, manifiesta el amor, se ordena al amor. Reconocemos a Dios no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de la propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en el tierra, amados por Él, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios*^{554,555}.”

Esta doctrina ha sido solemnemente proclamada por el Concilio Vaticano II, invitando a los cristianos corrientes a buscar a Dios de esta manera: “los que viven entregados al trabajo, con frecuencia duro, conviene que a través de esa misma tarea humana busquen su perfección”⁵⁵⁶.

Se hace preciso descubrir el valor del trabajo de cada día, su capacidad de acercarnos a Dios y servir a los demás, afrontando el esfuerzo que comporta. “Me preguntas: ¿por qué esa cruz de palo?

-Y copio de una carta: «Al levantar la vista del microscopio la mirada va a tropezar con la Cruz negra y vacía. Esta Cruz sin crucificado es un símbolo. Tiene una significación que los demás no verán. Y el que, cansado, estaba a punto de abandonar la tarea, vuelve a

⁵⁵² *Gálatas* 3, 28.

⁵⁵³ J. MULLOR. *La nueva cristiandad*. Madrid, 1968, p. 267.

⁵⁵⁴ *I Corintios* 10, 31.

⁵⁵⁵ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Es Cristo que pasa*, n. 48.

⁵⁵⁶ Const. *Lumen gentium*, n. 41.

acercar los ojos al ocular y sigue trabajando: porque la Cruz solitaria está pidiendo unas espaldas que carguen con ella»⁵⁵⁷.

Hay un motivo de amor, un dinamismo de contemplación, que cada uno ha de descubrir, en el trabajo de cada día: “Pon un motivo sobrenatural a tu ordinaria labor profesional, y habrás santificado el trabajo”⁵⁵⁸.

Miedos

Algunas personas pasan por la vida huyendo de sus miedos: miedo a los delincuentes, miedo a las enfermedades, miedo a los quebrantos económicos, miedo a los disgustos familiares, miedo al ridículo..., miedo a la vida, porque nos podemos morir (y, de hecho, así sucederá). Pero vivir con miedo es una triste manera de vivir. El Papa Juan Pablo II, desde el primer momento de su pontificado, ha repetido un llamado a vencer los temores: “«No tengáis miedo». *No tengáis miedo al misterio de Dios*; no tengáis miedo de su amor; *¡y no tengáis miedo de la debilidad del hombre ni de su grandeza!* El hombre no deja de ser grande ni siquiera en su debilidad. No tengáis miedo de ser testigos de la dignidad de toda persona humana, desde el momento de la concepción hasta la hora de su muerte”⁵⁵⁹.

Hay en toda vida humana un componente de riesgo, de aventura, de invitación a la valentía. Querer evitar todo riesgo sería fosilizar la vida. Agudamente lo expresa G.K. Chesterton: “La aventura suprema es nacer. Ahí nos encontramos de repente en una trampa espléndida y estremecedora. Ahí vemos de verdad algo que jamás habíamos soñado antes. Nuestro padre y nuestra madre están al acecho, esperándonos, y saltan sobre nosotros como si fueran bandoleros detrás de un matorral. Nuestro tío es una sorpresa. Nuestra tía es como un relámpago en un cielo azul. Al entrar en la familia por el nacimiento entramos de verdad en un mundo incalculable, en un mundo que tiene sus leyes propias y extrañas, en un mundo que podría continuar muy bien su curso sin nosotros, en un mundo que no hemos fabricado nosotros”⁵⁶⁰.

⁵⁵⁷ Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ. *Camino*, n. 277.

⁵⁵⁸ *Ibidem*, n. 359.

⁵⁵⁹ *Cruzando el umbral de la esperanza*. Bogotá, 1994, p. 39.

⁵⁶⁰ *El amor o la fuerza del sino*. Madrid, 1994, p. 60.

Un cierto miedo a la vida y la abundancia de recursos tecnológicos y administrativos puede crear la ilusión de que *tenemos todo bajo control*, cosa que no es verdad a menos que reduzcamos la vida a un ámbito estrecho y le quitemos su novedad irrepetible. “El ser humano tiene control sobre muchas cosas en su vida; tiene control sobre un número suficiente de cosas para ser el héroe de una novela. Pero si tuviera control sobre todas las cosas, habría tanto héroe que no habría novela. Y la razón por la que las vidas de los ricos son en el fondo tan sosas y aburridas es sencillamente porque pueden escoger los acontecimientos. Se aburren porque son omnipotentes. No pueden tener aventuras porque las fabrican a su medida. Lo que mantiene a la vida como una aventura romántica y llena de ardorosas posibilidades es la existencia de estas grandes limitaciones que nos fuerzan a todos a hacer frente a cosas que no nos gustan o que no esperamos. En vano hablan los altivos modernos de estar en ambientes incómodos. Estar metido en una aventura es estar metido en ambientes incómodos”⁵⁶¹.

El afán por una excesiva seguridad o comodidad revela los miedos que se tratan de espantar. La sociedad de consumo, con su falta de recursos morales, no logra eliminar los miedos, sino que los aumenta. “Cuanto más grande y elaborada es nuestra civilización tanto más deja de ser el club un lugar donde se puede tener un argumento ruidoso, y se convierte en un lugar en donde alguien puede comer a solas, por su cuenta, sin que nadie le moleste. El objetivo es que se sienta cómodo, y hacer a un hombre cómodo es hacerle todo lo opuesto a sociable. La sociabilidad, como todas las cosas buenas, está llena de incomodidades, peligros y renunciadas”⁵⁶².

¿A la felicidad por la electrónica?

Cuando los progresos científicos, tecnológicos y económicos son presentados como una meta suprema para la humanidad, se hace difícil evitar el peligro del materialismo. Y los materialismos son incapaces de llenar la insaciable capacidad del espíritu humano. En nuestra época, como en todas las demás, la Iglesia es *sacramento* o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano: no se cansa de recordar

⁵⁶¹ *Ibidem*, p. 68.

⁵⁶² *Ibidem*, p. 60.

el destino del hombre a la amistad con Dios y a la gloria, que están muy por encima de las simples metas materiales. Para ello cumple con el encargo que recibió de Jesucristo, su Fundador: “La palabra que oís no es mía, sino del Padre, que me ha enviado”⁵⁶³.

El Papa Juan Pablo II ha convocado a una nueva evangelización: a una catequesis urgente y amplia de las verdades de la fe, que es responsabilidad de todos los cristianos y tiene su primer espacio en el seno de la familia. Así se abren horizontes amplios al hombre de nuestros días, y se le ofrece no sólo la posibilidad teórica de una felicidad plena, en comunión con Dios, sino la *fuerza de la acción redentora* con los Sacramentos de la Iglesia. El vértice y la plenitud de esa fuerza está en la Eucaristía, que “construye la Iglesia, y la construye como auténtica comunidad del Pueblo de Dios”⁵⁶⁴. Para recibir esta fuerza e influjo es preciso purificar el alma: “Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz”⁵⁶⁵. Hace falta la *conversión* personal, el arrepentimiento, confesión y enmienda de los pecados personales en el Sacramento de la Reconciliación o Penitencia, el encuentro singular de cada hombre con Cristo que acoge y perdona.

No basta con tener claras las metas que nos propone la fe cristiana: hace falta la fuerza que viene de los Sacramentos. Si no la hay, el materialismo va poco a poco agostando los anhelos espirituales y trascendentes del corazón humano. Cada cristiano - *hombre de Cristo*- es partícipe de la misión de la Iglesia: servir a Dios y a los demás. Y no con un servicio de cortos vuelos; no nos conformamos con la holgura económica o la seguridad y disfrute materiales («*barriga llena, corazón contento*»). Estamos llamados a una felicidad plena, para todos y para siempre, junto a Dios. Para eso necesitamos la ayuda de Dios y de los demás, y prestar también nosotros esa ayuda a nuestros hermanos, en la medida de nuestras posibilidades: “Cristo nos enseña que el mejor uso de la libertad es la caridad que se realiza en la donación y en el servicio”⁵⁶⁶. No en vano Él vino a la tierra para que todos tengamos vida y la tengamos abundante.

¿Libre mercado o mercado libre?

⁵⁶³ Juan 14, 24.

⁵⁶⁴ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 20.

⁵⁶⁵ I Corintios 11, 28.

⁵⁶⁶ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 21.

El rápido hundimiento de los regímenes comunistas de Europa oriental no significó de por sí la excelencia del liberalismo (o del neoliberalismo); “ideología liberal que cree exaltar la libertad individual sustrayéndola a toda limitación, estimulándola con la búsqueda exclusiva del interés y del poder, y considerando las solidaridades sociales como consecuencias más o menos automáticas de iniciativas individuales y no ya como un fin y un criterio más elevado del valor de la organización social”⁵⁶⁷; “el liberalismo filosófico es una afirmación errónea de la autonomía del individuo en su actividad, sus motivaciones, el ejercicio de su libertad”⁵⁶⁸; “liberalismo entendido como ideología del capitalismo”⁵⁶⁹.

Ciertamente el capitalismo ha estado sometido a numerosas y justas críticas, desde el primer *capitalismo salvaje* hasta sus formas más sofisticadas en la actualidad. En un texto todavía reciente se matiza bien en qué medida puede ser admitido: “Si por *capitalismo* se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta ciertamente es positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de *economía de empresa*, *economía de mercado*, o simplemente de *economía libre*. Pero si por *capitalismo* se entiende un sistema en el cual la libertad, en el ámbito económico, no está encuadrada en un sólido contexto jurídico que la ponga al servicio de la libertad humana integral y la considere como una particular dimensión de la misma, cuyo centro es ético y religioso, entonces la respuesta es absolutamente negativa”⁵⁷⁰. Y este mercado no es un valor absoluto, sino limitado al intercambio de mercancías: “existen necesidades colectivas y cualitativas que no pueden ser satisfechas mediante sus mecanismos; hay exigencias humanas importantes que escapan a su lógica; hay bienes que, por su naturaleza, no se pueden ni se deben vender o comprar”⁵⁷¹.

Aunque el libre mercado sea beneficioso para la economía y favorable para la libertad e iniciativa de las personas, necesita sin embargo de una cierta regulación. “La sola iniciativa individual y el simple juego de la competencia no serían suficientes para asegurar el éxito del desarrollo. No hay que arriesgarse a aumentar todavía más la riqueza de los

⁵⁶⁷ PABLO VI. Carta Apost. *Octogesima adveniens*, n. 26.

⁵⁶⁸ *Ibidem*, n. 35.

⁵⁶⁹ JUAN PABLO II. Enc. *Laborem exercens*, n. 11.

⁵⁷⁰ JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 42.

⁵⁷¹ *Ibidem*, n. 40.

ricos y la potencia de los fuertes, confirmando así la miseria de los pobres y añadiéndola a la servidumbre de los oprimidos”⁵⁷². “Da la impresión de que (...) el *libre mercado* sea el instrumento más eficaz para colocar los recursos y responder eficazmente a las necesidades. Sin embargo (...) existen numerosas necesidades humanas que no tienen salida en el mercado”⁵⁷³. Es de desear “*una sociedad basada en el trabajo libre, en la empresa y en la participación*. Esta sociedad tampoco se opone al mercado, sino que exige que éste sea controlado oportunamente por las fuerzas sociales y por el Estado, de manera que se garantice la satisfacción de las exigencias fundamentales de toda la sociedad”⁵⁷⁴.

No se trata, pues, de combatir el libre mercado, sino de asegurar que sea verdaderamente libre; para que la competencia no sea desleal ni abusiva, y que el pez grande no se coma al pez chico. “Hay que romper las barreras y los monopolios que dejan a tantos pueblos al margen del desarrollo y asegurar a todos -individuos y naciones- las condiciones básicas, que permitan participar en dicho desarrollo”⁵⁷⁵. No conviene ir contra la libertad, sino contra los abusos que se cometen en nombre de ella. Parece escrito aquí y ahora lo que se escribió ya en 1931⁵⁷⁶:

“Salta a los ojos de todos, en primer lugar, que en nuestros tiempos no sólo se acumulan riquezas, sino que también se acumula una descomunal y tiránica potencia económica en manos de unos pocos, que la mayor parte de las veces no son dueños, sino sólo custodios y administradores de una riqueza en depósito, que ellos manejan a su voluntad y arbitrio.

Dominio ejercido de la manera más tiránica por aquellos que, teniendo en sus manos el dinero y dominando sobre él, se apoderan también de las finanzas y señorean sobre el crédito, y por esta razón administran, diríase, la sangre de que vive toda la economía y tienen en sus manos así como el alma de la misma, de tal modo que nadie puede ni aun respirar contra su voluntad.

Esta acumulación de poder y de recursos, nota casi característica de la economía contemporánea, es el fruto natural de la ilimitada libertad de los competidores, de la que han sobrevivido sólo los más poderosos, lo que con frecuencia es tanto como decir los más

⁵⁷² PABLO VI. Enc. *Populorum progressio*, n. 33.

⁵⁷³ JUAN PABLO II. Enc. *Centesimus annus*, n. 34.

⁵⁷⁴ *Ibidem*, n. 35.

⁵⁷⁵ *Ibidem*.

⁵⁷⁶ PÍO XI. Enc. *Quadragesimo anno* III, 1.

violentos y los más desprovistos de conciencia (...). Se lucha en primer lugar por la hegemonía económica; se entabla luego el rudo combate para adueñarse del poder público, para poder abusar de su influencia y autoridad en los conflictos económicos”.

Cualquier parecido con la realidad contemporánea no es mera coincidencia.

Vivir con dignidad

Cada persona humana es importante. El hombre no puede ser reducido a la mera condición de *recurso humano*. ¿*Recurso* para qué, o para quién? Cuando resulta que la persona humana es el protagonista de la Historia y el destinatario de todos sus progresos. A nivel teológico el Concilio Vaticano II ha recordado que “el hombre es en la tierra la única creatura que Dios ha querido por sí misma”⁵⁷⁷.

Esta afirmación es válida para los casi 5.000 millones de seres humanos que pueblan el mundo en este momento, más los que lo han poblado y lo poblarán. El crecimiento numérico de la Humanidad, más que un hecho alarmante, es el cumplimiento de un designio de Dios: “llenad la tierra, y dominadla”⁵⁷⁸. La Historia global de la humanidad está integrada por un conjunto de historias a nivel individual. “El hombre en su realidad singular (porque es «persona») tiene una historia propia de su vida y sobre todo una historia propia de su alma”⁵⁷⁹. La peripecia personal de cada vida supone una realización de cada hombre dentro de un contexto laboral, familiar y social. En el plan divino cada hombre es irrepetible y tiene una misión personal que cumplir.

Pero no es fácil vivir siempre de acuerdo con la eminente dignidad que corresponde a la persona humana. “Son muchos los elementos que se combaten en el propio interior del hombre. A fuer de criatura, el hombre experimenta múltiples limitaciones; se siente sin embargo ilimitado en sus deseos y llamado a una vida superior. Atraído por múltiples sollicitaciones, tiene que elegir y renunciar. Más aún, como enfermo y pecador, no raramente hace lo que no quiere hacer y deja de hacer lo que quería llevar a cabo. Por ello siente en sí mismo la división que tantas y tan graves discordias provocan en la sociedad”⁵⁸⁰.

⁵⁷⁷ Const. *Gaudium et spes*, n. 24.

⁵⁷⁸ *Génesis* 1, 28.

⁵⁷⁹ JUAN PABLO II. Enc. *Redemptor hominis*, n. 14.

⁵⁸⁰ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 10.

La situación del hombre contemporáneo presenta, junto a sus luces, sombras oscuras: hay miedo a la guerra, a la autodestrucción, y a la contaminación del medio ambiente; a las insuficiencias económicas; a la degradación del modo humano de vivir. Y está siempre pendiente la grave y decisiva cuestión de la salvación personal, más allá de la muerte. Se echa de menos un progreso moral que vaya parejo al progreso económico, científico y tecnológico.

Queremos progresar, pero la madurez espiritual y la solidaridad hacia los demás hombres no es compatible con el materialismo, que tiene siempre miras estrechas y es egoísta. La persona humana debe estar por encima de las cosas, el trabajo sobre el capital, el espíritu sobre la materia, la ética sobre la técnica. Como han repetido las enseñanzas de los últimos Papas el hombre no es mejor por *tener más*, cuanto por *ser más*. Los agudos contrastes entre el hambre y la opulencia, entre el rico Epulón y el pobre Lázaro no permiten a los hombres vivir conforme a su dignidad. La inflación y el paro laboral profundizan los males y hacen más urgente su solución.

Junto a la buena voluntad y al esfuerzo humano se hace necesario levantar la mirada hacia el Redentor del hombre, buscando su orientación y ayuda. “Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación”⁵⁸¹.

Vocación universal

Han transcurrido ya más de tres décadas desde la promulgación de la Constitución dogmática *Lumen gentium*, el más importante de los documentos del Concilio Vaticano II. Como es bien sabido, su tema es la Iglesia: como Misterio y como Pueblo de Dios; y dentro de ella la Jerarquía, los laicos y los religiosos. También se trata de la proyección de la Iglesia hacia la vida eterna, y de la Santísima Virgen, Madre de la Iglesia. En su capítulo V, la vocación universal a la santidad en la Iglesia, se contiene una invitación de suma importancia: “Todos los fieles, de cualquier condición y estado, están llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre celestial”⁵⁸². En frase del Papa Pablo VI: “Esta fuerte invitación a la santidad puede ser considerada como el elemento más característico de todo el magisterio conciliar

⁵⁸¹ *Ibidem*, n. 10.

⁵⁸² Const. *Lumen gentium*, n. 11.

y, por así decir, su fin último”⁵⁸³. La santidad es una plenitud, y consiste esencialmente en la perfección del amor de caridad hacia Dios y hacia el prójimo. La búsqueda de la santidad no supone una condición rara o excepcional, un peculiar *estado de perfección*, propio solamente de una élite: “Todos los fieles cristianos están, pues, invitados y obligados a ir en pos de la santidad y de la perfección en el propio estado”⁵⁸⁴.

El capítulo IV de la *Lumen gentium* está dedicado enteramente a los laicos, a los comunes fieles cristianos. Cabe resaltar que es la primera vez en la historia que un concilio les dedica un capítulo particular. Durante demasiado tiempo ha prevalecido en el pensamiento y en la conducta práctica de teólogos y pastores la opinión de que los laicos eran una especie de menores de edad, limitados a una obediencia pasiva y a un papel nada creativo en el conjunto de la realidad eclesial. El Concilio Vaticano II puso de manifiesto su lugar propio en la Iglesia y en el mundo, señalando lo específico de su misión: “El carácter secular es propio y peculiar de los laicos (...). A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando según Dios los asuntos temporales. Viven en el mundo, es decir, en todas y cada una de las actividades y profesiones, así como en las condiciones corrientes de la vida familiar y social con las que su existencia forma como un tejido único”⁵⁸⁵. Los laicos tienen, pues, una peculiaridad cristiana distinta de la de los obispos, sacerdotes, diáconos, frailes y monjas. Son miembros de pleno derecho del Pueblo de Dios, pero no tienen en la Iglesia ningún ministerio oficial o cuasi-clerical. Tienen una misión en la Iglesia y en el ancho mundo, al que pertenecen y deben santificar, santificándose en él. En sus opciones temporales (políticas, profesionales, económicas, etc.) no representan a la Iglesia, sino que actúan a título personal, con plena libertad y con la guía de su conciencia cristiana: “Los laicos están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos”⁵⁸⁶.

Proclamar, por tanto, la vocación universal a la santidad en la Iglesia, como hace la *Lumen gentium*, tiene una especial importancia y significación para los comunes miembros del Pueblo de Dios, para los laicos. Ya que la vigencia de ese llamado para los sacerdotes y

⁵⁸³ Motu proprio *Sanctitas clarior*, 19-III-1969.

⁵⁸⁴ Const. *Lumen gentium*, n. 42.

⁵⁸⁵ *Ibidem*, n. 31.

⁵⁸⁶ *Ibidem*, n. 33.

religiosos gozaba de una pacífica aceptación. La vocación a la santidad en la Iglesia no está reservada a unos pocos, a una casta privilegiada, de modo que los laicos tuvieran que permanecer en una resignada mediocridad. Juan Pablo II ha puesto de manifiesto esta realidad: “La dignidad de los fieles laicos se nos revela en plenitud cuando consideramos esa *primera y fundamental vocación*, que el Padre dirige a todos ellos en Jesucristo por medio del Espíritu: la vocación a la santidad, o sea la perfección de la caridad. El santo es el testimonio más espléndido de la dignidad conferida al discípulo de Cristo”⁵⁸⁷.

¿Cómo podrán alcanzar esa santidad? No *a pesar* de sus tareas profesionales, familiares, sociales, etc., sino precisamente *a través* de ellas⁵⁸⁸. Tal como escribió uno de los precursores más conocidos del Concilio, el Beato Josemaría Escrivá, ya en 1932: “¡qué clara estaba, para los que sabían leer el Evangelio, esa llamada general a la santidad en la vida ordinaria, en la profesión, sin abandonar el propio ambiente! Sin embargo, durante siglos, no la entendieron la mayoría de los cristianos: no se pudo dar el fenómeno ascético de que muchos buscaran así la santidad, sin salirse de su sitio, santificando la profesión y santificándose en la profesión. Y, muy pronto, a fuerza de no vivirla, fue olvidada la doctrina”⁵⁸⁹.

Para los laicos el camino de su santidad no consiste en la fuga del mundo, sino en asumir y amar todo lo que su pertenencia al mundo lleva consigo. Se descubre así la gigantesca potencialidad de su vocación eclesial.

Elegidos

Fueron días de júbilo para la Iglesia en Venezuela los de la beatificación de la Madre María de San José. Al proclamarla como beata, la Iglesia la honraba a ella y principalmente a Dios, que es quien la santificó. En un programa televisivo de mucha audiencia, que relataba la vida de la Beata, había un subtítulo general: *La elegida de Dios*. Y es verdad: la Madre María de San José es una elegida de Dios, que correspondió cabalmente a la elección, amando a Dios con todo su corazón, con toda su mente, con toda su alma y con todas sus fuerzas, para ser *santa, pero santa de verdad*.

⁵⁸⁷ Exhort. Apost. *Christifideles laici*, n. 16.

⁵⁸⁸ Cf. Const. *Lumen gentium*, n. 31, 40, 41.

⁵⁸⁹ *Carta* 9-I-1932, n. 91.

Sin embargo, lo de ser *elegida de Dios*, quizás alguien podría interpretarlo mal: pensando que sólo algunos son elegidos, que los demás tenemos que resignarnos a la mediocridad; que la santidad es una meta tan alta que sólo es apta para unas pocas personalidades excepcionales: una especie de extraterrestres de la virtud. Y eso no es así. El Concilio Vaticano II proclamó solemnemente, hace más de treinta años, la llamada *universal* a la santidad. Todos los hombres somos llamados por Dios a esta meta excelente. Si después correspondemos o no a la elección, eso ya es otro asunto. La llamada a la santidad no es solamente para sacerdotes, frailes y monjas, para un tipo especial de personas, sino que se dirige a hombres y mujeres de cualquier estado y condición.

Entonces, ¿los santos no son unos elegidos? Claro que sí. Pero todos los somos. Llegar o no a la santidad depende de nuestra correspondencia a la gracia divina. “Así pues, todos los fieles cristianos se santificarán cada día en las condiciones de vida, oficio o circunstancias en que se hallen y a través de todo ello, con tal que reciban todo de la mano del Padre con fe y cooperen con su voluntad divina, manifestando a todos, hasta en el mismo servicio temporal, la caridad con la que Dios amó al mundo”⁵⁹⁰. En la Plegaria Eucarística primera el sacerdote pide a Dios para todos los participantes en el sacrificio litúrgico: “ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos”. La petición es de que seamos no solamente *elegidos llamados*, sino *elegidos realizados*.

La mayoría de los miembros del Pueblo de Dios son fieles comunes y corrientes, fieles laicos, que no tienen vocación sacerdotal, y tampoco de frailes o monjas. Tienen, en medio de los afanes de este mundo, unos deberes familiares y sociales, un trabajo profesional concreto, con el que contribuyen a la construcción de la ciudad terrena y que es para ellos medio de santificación: “los que viven entregados al duro trabajo, conviene que en ese mismo trabajo humano busquen su perfección, ayuden a sus conciudadanos, traten de mejorar la sociedad entera y la creación, pero traten también de imitar en su laboriosa caridad a Cristo, cuyas manos se ejercitaron en el trabajo”⁵⁹¹.

A la Beata María de San José, intercesora ante Dios, podemos pedirle favores espirituales y materiales. Le pedimos especialmente que nos ayude, cada uno siguiendo su propio camino, a ser *santos, pero santos de verdad*.

⁵⁹⁰ Conc. VATICANO II. Const. *Lumen gentium*, n. 41.

⁵⁹¹ *Ibidem*.

¿Optimismo?

Los mensajes del Papa Juan Pablo II a los venezolanos constituyen una exhortación al optimismo. Ahora bien: el optimismo no es pensar que todo es bueno (eso sería ingenuidad), ni que las cosas se van a arreglar *porque sí*. El verdadero optimismo tiene unas razones, unos puntos de apoyo. “Os saludo con todo mi afecto en el Señor. Con vosotros proclamo las bendiciones con que Dios ha colmado este País: tantas bellezas naturales, abundantes recursos de la tierra, un puesto, muchas veces privilegiado en el concierto de las naciones; pero, sobre todo, hombres y mujeres que han construido una historia, la cual se prolonga hoy en los venezolanos y venezolanas, que tienen la apasionante tarea de crecer y hacer crecer la patria heredada. Así enriqueceréis a las futuras generaciones con el legado del compromiso en la superación de las dificultades del momento presente y colaborando solidariamente, con la ayuda de Dios, en la edificación de un mundo mejor”⁵⁹². El optimismo se apoya en el esfuerzo personal, y en el auxilio que Dios no niega a sus hijos. “Como peregrino de la evangelización, vengo a vuestro País para animar a toda la comunidad eclesial: a los hombres y mujeres de buena voluntad, en su empeño de contribuir al crecimiento del Reino de Dios en esta querida y hermosa nación. Vengo con la confianza de encontrarme con una Iglesia comprometida en llevar a cabo la Nueva Evangelización. Teniendo en cuenta las realidades del momento presente, vengo como Pastor que quiere afianzar la fe, el amor y la esperanza de los hombres y mujeres venezolanos”⁵⁹³. El Papa, con la perspectiva de los once años transcurridos desde su primera visita a Venezuela, nos exhortaba a mirar con optimismo el porvenir desde nuestro concreto presente: “Doy gracias a Dios por los frutos alcanzados desde mi primera visita a la Patria de Bolívar. Ahora os animo a proseguir en las tareas emprendidas, sobre todo de cara a la celebración del V Centenario de la llegada de la fe a Venezuela y al jubileo del año 2.000. Estos acontecimientos ofrecen una feliz ocasión para que la Iglesia entera,

⁵⁹² JUAN PABLO II. *Discurso en Maiquetía* 8-II-1996, n. 1.

⁵⁹³ *Ibidem*.

pastores y fieles, contribuyan a la superación de las dificultades y crisis que el País viene atravesando en los últimos tiempos”⁵⁹⁴.

En los días intensos de la visita papal vimos con nuestros ojos aflorar lo mejor de nosotros mismos, en tantos y tantos. El Papa salió de Venezuela ostensiblemente feliz y contento: “Ha llegado el momento de decir adiós, después de haber pasado tres días y medio en medio de vosotros como peregrino de esperanza. Han sido momentos de alegría espiritual y de encuentros llenos de afecto mutuo, que me han llenado de gozo y confianza en el futuro de la Iglesia en Venezuela y de la vida de esta comunidad nacional”⁵⁹⁵. “En los encuentros con los responsables de los diversos sectores de la vida nacional y con los jóvenes, he podido constatar el inmenso potencial humano de la Nación”⁵⁹⁶.

Una fórmula tradicional, que expresa bien el optimismo, es aquella de «*A Dios rogando, y con el mazo dando*», que cada uno ha de poner en práctica: “me voy con la esperanza de que Venezuela, con la ayuda de Dios y con el esfuerzo incansable de sus hijos, tiene por delante un futuro mejor (...); favoreciendo así la construcción de una sociedad cada vez más justa, solidaria y fraterna. Os aliento a un renovado empeño en la vivencia y testimonio de vuestra fe, haciendo de los valores cristianos y éticos, que han configurado vuestro ser como Nación, un factor de cohesión social, de progreso y de paz”⁵⁹⁷.

¿Optimistas? Claro que sí. Pero no optimistas superficiales, sino optimistas con fundamento.

Mensaje comprometedor

Ya en el trienio preparatorio del V Centenario de la llegada de la fe cristiana a Venezuela, Juan Pablo II nos habló en su Misa del aeropuerto de La Carlota del *compromiso por la Nueva Evangelización* “que, siendo nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión, conserva la fuerza de su contenido originario: *Dios ama al hombre* y se ha manifestado en Cristo, Verbo Encarnado y Salvador. Cada persona, acogiendo a Cristo como Redentor, recibe la filiación y la vida divinas. La Iglesia obedece al mandato de

⁵⁹⁴ *Ibidem*, n. 5.

⁵⁹⁵ *Discurso en Maiquetía* 11-II-1996, n. 1.

⁵⁹⁶ *Ibidem*, n. 2.

⁵⁹⁷ *Ibidem*.

Jesucristo y al anunciarlo continúa en el mundo su misma misión, llevando a cabo de ese modo una tarea en la que está comprometida toda la comunidad cristiana”⁵⁹⁸.

Esta tarea exige una cualitativa renovación interior, que muy bien puede expresarse en la promesa divina a través del profeta Ezequiel: “Les daré un corazón íntegro e infundiré en ellos un espíritu nuevo. Les arrancaré el corazón de piedra y les daré un corazón de carne, para que sigan mis leyes y pongan por obra mis mandatos; serán mi pueblo y yo seré su Dios”⁵⁹⁹. La Nueva Evangelización requiere la misma renuncia a la idolatría que en tiempos del profeta. “*La renuncia a los ídolos* significa aceptar a *Dios como centro de la propia vida*, cambiando el corazón y haciéndolo más humano. Ídolos de hoy son, entre otros, el materialismo y el egoísmo, con sus secuelas de sensualismo y hedonismo, la violencia y la corrupción. La Iglesia transmite a todos la fuerza del Evangelio, que es capaz de transformar las relaciones humanas, de modo que «los hombres aprendan a amarse, a perdonarse y a servirse mutuamente»^{600,601}.

Cuando el corazón de las personas se renueva, no se origina solamente una mejora individual sino que esta renovación tiene amplias repercusiones también a su alrededor. “Para la tan deseada *renovación de la sociedad venezolana* y la superación de las crisis y dificultades, es necesario que las personas, los hogares y los diversos sectores de la Nación participen de la fuerza del Evangelio. De este modo se favorecerá el ambiente propicio para la vivencia de los valores humanos y evangélicos como son la fraternidad, la solidaridad, la justicia y la verdad, tanto en cada uno de los miembros de la sociedad como en la sociedad misma”⁶⁰².

En la Última Cena Jesucristo rogó al Padre por los cristianos de todos los tiempos: “Como tú me enviaste al mundo, así los envió yo también al mundo. Y por ellos me consagro yo, para que también se consagren ellos en la verdad (...). Conságralos en la verdad; tu palabra es verdad”⁶⁰³. No hay Evangelización sin evangelizadores. Hace falta gente decidida a asumir radicalmente el Evangelio en su propia vida, y a darlo a conocer a otros; “condición indispensable para la Nueva Evangelización es *poder contar con*

⁵⁹⁸ *Homilía* en Caracas 11-II-1996, n. 1.

⁵⁹⁹ 11, 19-20.

⁶⁰⁰ Enc. *Redemptoris missio*, n. 15.

⁶⁰¹ *Homilía* en Caracas 11-II-1996, n. 2.

⁶⁰² *Ibidem*.

⁶⁰³ *Juan* 17, 18-19.

evangelizadores numerosos y cualificados”⁶⁰⁴. No podemos contentarnos con contemplar el pasado: “En estos últimos cinco siglos, Venezuela ha recibido la presencia de muchos misioneros que, con su palabra y su testimonio, han hecho de la Nación una tierra de profundas raíces cristianas. Fruto de esa acción son los numerosos cristianos que en esos casi quinientos años han vivido su fe y su confianza en Dios con un amor entrañable a la Iglesia”⁶⁰⁵.

El mensaje de Juan Pablo II nos invita a mirar hacia adelante, comprometiéndonos a fondo. “Con la mirada puesta en el futuro, la Iglesia en Venezuela ha de esforzarse en preparar auténticos apóstoles en todos los campos, lo cual exige tanto una intensa pastoral vocacional como una verdadera promoción del laicado, de forma que éste, asumiendo el propio compromiso bautismal, sea verdadero fermento de la sociedad. Pero, por encima de todo, se ha de presentar el ideal de la santidad, que lleve a dar un decidido y auténtico testimonio de vida en Cristo, pues «el hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina; en la vida y los hechos que en las teorías»^{606,607}.

Dimensiones de progreso

Ante una situación de crisis es conveniente considerar que no todo va mal, conociendo y valorando aquellos factores positivos en que es posible apoyarse. Juan Pablo II nos hablaba de ellos: “Vuestra nación ha sido bendecida por Dios con abundantes recursos naturales. Cuenta con una población en su mayoría joven y dinámica; dispone de gente capacitada en muy diversos sectores; su pueblo tiene una religiosidad muy arraigada. Venezuela ha vivido en las últimas décadas un progreso económico real y significativo, unido al desarrollo de un régimen democrático y de libertades enmarcadas en un Estado de derecho”⁶⁰⁸.

Ahora bien, es preciso considerar con realismo los aspectos menos favorables: “Sin embargo, actualmente se enfrenta a serias dificultades en los diversos ámbitos de la vida nacional, pues una grave crisis económica, que venía preparándose inexorablemente, está

⁶⁰⁴ *Discurso inaugural*, Santo Domingo 12-X-1992, n. 26.

⁶⁰⁵ *Homilía* en Caracas 11-II-1996, n. 5.

⁶⁰⁶ *Enc. Redemptoris missio*, n. 42.

⁶⁰⁷ *Homilía* en Caracas 11-II-1996, n. 5.

⁶⁰⁸ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 2.

afectando duramente a la clase media y baja, aumentando de forma dramática la pobreza hasta hacerla desembocar en muchos casos en auténtica miseria”⁶⁰⁹. No hay que ignorar que los problemas económicos no son simplemente problemas numéricos o monetarios, sino auténticos problemas humanos: “No se debe olvidar que *el proceso de empobrecimiento material conduce muchas veces a un empobrecimiento moral y espiritual* de las personas y los grupos sociales, especialmente de los jóvenes y adolescentes. Ello origina una grave crisis por la ausencia de valores en el campo de la ética, de la justicia, de la convivencia social y del respeto a la vida y dignidad de la persona. Esto, ciertamente preocupante, lleva a la desorientación, provoca desaliento y desesperación, así como una cierta desconfianza en las instituciones”⁶¹⁰.

Es necesario esforzarse seriamente por superar esta crisis: “La salida de esta situación es anhelada cada vez más por quienes piden el respeto y promoción de su inviolable dignidad de personas en todos los ámbitos de la sociedad”⁶¹¹. Juan Pablo II señalaba expresamente algunas dimensiones de la vida social en que es necesario progresar: “De los temas que requieren particular atención para la construcción de una sociedad realmente nueva y dinámica hay que señalar ciertamente el de *la familia* y el de *la vida*. En efecto, el futuro de la sociedad pasa por la familia⁶¹², y «la salvación de la persona y la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar. Por ello, los cristianos, juntamente con todos los que tienen en gran estima esta comunidad, se alegran sinceramente por la variedad de recursos que permiten a los hombres avanzar hoy en el fomento de esta comunidad de amor»^{613»614}.

Otra dimensión de particular relieve: el respeto y defensa de la vida, la seguridad personal y el aprecio de toda persona humana: “Es necesario, asimismo, crear una *cultura de la vida*”⁶¹⁵.

Y sin pasar por alto la dimensión económica: “Tampoco se puede olvidar el papel predominante que tiene *la economía*, fomentando una gestión más justa y coordinada de los recursos; de ese modo, se honrará al hombre, «autor, centro y fin de toda la actividad

⁶⁰⁹ *Ibidem*.

⁶¹⁰ *Ibidem*.

⁶¹¹ *Ibidem*.

⁶¹² Cf. Exhort. Apost. *Familiaris consortio*, 51.

⁶¹³ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 47.

⁶¹⁴ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 6.

⁶¹⁵ *Ibidem*.

económica y social»^{616,617}. A la par que la dimensión cultural. “*La cultura* ha de ser también objeto de especial atención en la construcción de la sociedad. Con el término «cultura» se indica «todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus múltiples cualidades espirituales y corporales»⁶¹⁸. Todo ello debe mirar a la formación integral de la persona humana y al bien mismo de la sociedad”⁶¹⁹.

Cuatro dimensiones de progreso importantes: la vida humana, su ámbito natural que es la familia; la economía y la cultura para las necesidades del cuerpo y del espíritu.

Constructores de la sociedad

Aunque todos los ciudadanos comparten la responsabilidad del bien común, no cabe duda de que a algunos de ellos toca un papel preponderante en la conducción del progreso colectivo. Si asumen ese papel serán verdaderos *constructores* de la sociedad; si no lo asumen serán sus *destructores* más eficaces. Juan Pablo II dirigió su mensaje a los “representantes y responsables de la vida social, cultural, política y económica del País”⁶²⁰, manifestando que de ellos “depende, en gran parte, la tarea de *la construcción de una Venezuela cada vez mejor* que, recogiendo lo más precioso del pasado, *camine hacia el progreso y el bienestar integral de todos y cada uno de los miembros de la comunidad nacional*”⁶²¹.

Los talentos recibidos no deben permanecer ociosos. La mayor capacidad de convocatoria que algunos tienen comporta una grave responsabilidad ante Dios y ante los hombres: responsabilidad de ser ejemplares en la conducta personal y familiar, y también de impulsar el mejoramiento de toda la sociedad: “Vosotros tenéis responsabilidad en muchos sectores de la vida nacional. En el momento presente se han debilitado aspectos fundamentales de la jerarquía de valores, como son el aprecio de la verdad, la práctica de la solidaridad, la responsabilidad en la búsqueda y el cultivo del bien común, y la solidez de la

⁶¹⁶ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 63.

⁶¹⁷ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 7.

⁶¹⁸ Conc. VATICANO II. Const. *Gaudium et spes*, n. 53.

⁶¹⁹ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 7.

⁶²⁰ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 1.

⁶²¹ *Ibidem*.

institución familiar”⁶²². Quienes tienen capacidad de análisis, la tienen también de rectificación: “Ante ello, es necesaria una justa comprensión de estos fenómenos, porque la toma de conciencia de las propias limitaciones es el paso indispensable para una recuperación. Las experiencias que se presentan como negativas han de servir para no repetir los errores y asumir un compromiso corresponsable por el País, fortaleciendo la esperanza fundada en Dios y en las potencialidades de la inteligencia y libertad humanas”⁶²³.

La Iglesia, por boca de su cabeza visible que es el Romano Pontífice ha propuesto una “*Nueva Evangelización*, que tiene como meta renovar la vida según el mensaje de Jesucristo y hacer de los valores evangélicos savia y fermento de una nueva sociedad, favoreciendo entre los fieles cristianos la coherencia entre la fe y la vida, así como la superación en todas partes de las injusticias y fallas sociales, el fomento de la dignidad humana y de una recta conducta familiar, laboral, política y económica”⁶²⁴.

Para una *sociedad nueva*, hacen falta *hombres nuevos* (o renovados), pues las estructuras societarias no son sino reflejo de sus integrantes y promotores. No hay una fórmula mágica que permita el mejoramiento de la sociedad sin la *repotenciación* de sus miembros. “El necesario cambio, que ha de ser «de mentalidad, de comportamiento y de estructuras»⁶²⁵, favorecerá una *cultura de la solidaridad*, que prevalezca sobre la voluntad de dominio o de una vida egoísta, así como una *economía de participación* en vez del sistema de acumulación de bienes, que provoca un gran abismo no sólo entre los diferentes Estados, sino también entre los ciudadanos de un mismo país”⁶²⁶.

Juan Pablo II dirigió un llamado apremiante a los políticos; a los militares; a los intelectuales, artistas y educadores; a los hombres de la ciencia y de la técnica; a los trabajadores y empresarios; a los profesionales de la comunicación social; a la mujer venezolana, transmisora de vida y educadora de la paz⁶²⁷. “Venezolanos: aunque sean serias las dificultades e inmensos los desafíos, grande ha de ser vuestro empeño. Ante un presente

⁶²² *Ibidem*, n. 4.

⁶²³ *Ibidem*.

⁶²⁴ *Ibidem*, n. 5.

⁶²⁵ Enc. *Centesimus annus*, n. 60.

⁶²⁶ *Discurso* en Caracas 10-II-1996, n. 5.

⁶²⁷ *Ibidem*, n. 8.

con incertidumbres y un futuro con interrogantes, haced valer las propias capacidades con imaginación y sobre todo con generosidad, confiando en Dios: *Dios ama al hombre*”⁶²⁸.

Se trata de construir, lo que siempre es una tarea noble y buena, aunque suponga dificultades y esfuerzo. “Venezuela ocupa un lugar de relieve en un gran continente lleno de esperanza. Afrontando sin miedo los retos de vuestra historia, alzando los ojos a lo Alto y con un corazón solidario, caminad con paso firme hacia el Tercer Milenio, aportando generosamente vuestros talentos a la construcción de un nuevo orden más justo por ser más humano”⁶²⁹.

Apertura

En el discurso de Juan Pablo II a los jóvenes, el 11 de febrero de 1996 en Caracas, hay una fuerte y repetida invitación a la apertura: “Ante un mundo de apariencias, de injusticias y materialismo que nos rodea, os invito a todos, muchachos y muchachas de Venezuela, a hacer con responsabilidad y alegría una opción fundamental por Cristo en vuestras vidas: ¡*Jóvenes, abrid las puertas de vuestro corazón a Cristo*. Él nunca defrauda. Él es el *Camino* de la paz, la *Verdad* que nos hace libres y la *Vida* que nos colma de alegría”⁶³⁰. Es un eco de aquella primera invitación que hiciera el Papa, al inaugurar en Roma su pontificado, dirigida a las personas y a los pueblos: dejar a un lado todo temor y decidirse a una apertura esperanzada mediante la ayuda de Dios: “Ante el miedo al futuro, al compromiso, al fracaso..., Él es la roca firme”⁶³¹. Frente a doctrinas falaces y destructivas del ser humano, Él es la luz que viene de lo alto”⁶³². Ante la tentación de los ídolos del poder, del dinero y del placer, Él nos hace libres”⁶³³. ¡Jesús es el único Salvador y no hay otro nombre bajo el cielo por el que podamos salvarnos!”^{634,635}.

Juan Pablo II fué desglosando el significado de su invitación a los jóvenes: en una época amenazada por la cultura de la muerte, los jóvenes cristianos deben, en primer lugar, “ser testigos valientes de la dignidad de la persona, defensores de la vida humana en todas

⁶²⁸ *Ibidem*, n. 9.

⁶²⁹ *Ibidem*.

⁶³⁰ N. 2.

⁶³¹ Cf. *1 Corintios* 10, 4.

⁶³² Cf. *Lucas* 1, 78.

⁶³³ Cf. *Gálatas* 5, 1.

⁶³⁴ Cf. *Hechos de los Apóstoles* 4, 12.

⁶³⁵ *Discurso* en Caracas 11-II-1996.

sus formas, y promotores incansables de sus derechos”⁶³⁶. Esa disposición es particularmente necesaria ante hechos como el narcotráfico, la violencia, la negligencia ante las necesidades de los niños abandonados, de los enfermos y de los ancianos; la práctica del aborto y de la eutanasia. Los jóvenes deben trabajar por la cultura de la vida con creatividad y generosidad, comprendiendo también el recto sentido del amor y la sexualidad⁶³⁷.

Abrir las puertas a Cristo significa también robustecer la vida de la familia, santuario de la vida, célula básica de toda la sociedad, centro y corazón de la civilización del amor: “Fomentad todo lo que favorezca la santidad, la unidad y la estabilidad de la familia, fundada sobre el sacramento indisoluble del matrimonio y abierta con generosidad al don de la vida”⁶³⁸.

El Papa invitaba también a los jóvenes a que la fuerza del Evangelio penetre en todos los ambientes de la sociedad actual, cultivando y defendiendo los valores cristianos: la no violencia, la justicia, el trabajo, la honradez, la amistad, la fraternidad, la paz, el diálogo, la conservación de la naturaleza; “*sed protagonistas de vuestra propia historia y artífices de la renovación social*”⁶³⁹.

La apertura del corazón a Cristo implica también sentirse miembros vivos de la Iglesia, asumiendo y defendiendo las luces del Evangelio, de cara a una renovación espiritual y moral de Venezuela, ya a las puertas del tercer milenio de la era cristiana: “El futuro del mundo y de la Iglesia pertenece a las jóvenes generaciones que, nacidas en este siglo, serán maduras en el próximo, el primero del nuevo milenio”⁶⁴⁰.

Una jornada en Guanare

Durante la noche y en la madrugada del diez de febrero de 1996 van llegando los vehículos, cargados de peregrinos, hacia la explanada del gran Templo, construido en el despoblado. Vienen de los cuatro puntos cardinales, en un día único de fiesta, para honrar a la Madre de Dios y Madre nuestra de Coromoto; y a la vez para ver y oír a Pedro, al Papa, a Juan Pablo II presente por unas horas entre nosotros. Antes de la alborada comienza a

⁶³⁶ *Ibidem*, n. 3.

⁶³⁷ Cf. *Ibidem*.

⁶³⁸ *Ibidem*, n. 4.

⁶³⁹ *Ibidem*, n. 5.

⁶⁴⁰ *Ibidem*, n. 6.

lloviznar, pero amanece solamente nublado. Pasan las horas y siguen llegando los peregrinos. Hay alegría y emoción.

Llegan los helicópteros y vuelan las partituras de la orquesta. Aclamaciones y pañuelos al viento cuando se acerca el Papa. Comienza la solemne celebración del sacrificio eucarístico. Juan Pablo II se detiene ante la imagen de Nuestra Señora de Coromoto y se recoge largamente en oración. Parece decirle a María, una vez más, que es *totus tuus*: todo suyo.

El Papa habla a los fieles que participan en la Misa: “Yo expreso también la inmensa alegría que me concede la divina Providencia, al poder inaugurar hoy este Santuario Nacional de la Virgen de Coromoto, cuya imagen coroné en mi anterior viaje, encomendándole los hijos e hijas de este noble país, los cuales le tributan una gran devoción, gracias al amor de tantos hombres que la han propagado (...). Desde el 8 de septiembre de 1652, Santa María de Coromoto acompaña la fe de los indios y los blancos, de los mestizos y de los negros de la tierra venezolana. A Ella, la Madre tan amada, le digo una vez más: «Tú que has entrado tan adentro en los corazones de los fieles a través de la señal de tu presencia, vive como en tu casa en estos corazones, también en el futuro»⁶⁴¹»⁶⁴².

La devoción a María nos lleva, por especial designio de Dios, a conocer y amar más a su Hijo Jesús: “«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer»⁶⁴³. El *cumplimiento del tiempo* indica lo que se expresa tan intensamente en el Adviento, es decir, que la venida del Hijo de Dios, estuvo precedida por un período de espera y preparación. Ese mismo tiempo de espera y preparación se cumplió aquí, durante la primera siembra del Evangelio, a cargo de los misioneros, cuya tarea, aunque dura y difícil, encontró el terreno abonado en el corazón de los hombres y mujeres sedientos de trascendencia, y de los valores superiores, que dan sentido a la vida humana. En todo momento, la figura cercana y materna de María ha sido el mejor modelo a imitar y seguir. Así, a medida que con la gracia del Bautismo se multiplicaban por doquier los hijos de la adopción divina, aparece también la Madre⁶⁴⁴»⁶⁴⁵. El testimonio y la ayuda de Santa María es para nosotros prenda del acercamiento a Dios y de progreso en la vivencia de la fe: “Si a

⁶⁴¹ Homilía 27-I-1979.

⁶⁴² Homilía en Guanare 10-II-1996, n. 1.

⁶⁴³ Gálatas 4, 4.

⁶⁴⁴ Cf. Homilía 27-I-1979.

⁶⁴⁵ Homilía en Guanare 10-II-1996, n.2.

lo largo de los siglos se han multiplicado en tantos lugares de la tierra los santuarios marianos; si son tan numerosos en América Latina y también aquí en Venezuela, entre los que destaca éste de Coromoto, donde nos reunimos hoy, es precisamente porque para la Iglesia, para todos nosotros, es muy importante el testimonio materno de María sobre Cristo. Con su solicitud acompaña la difusión del Evangelio en todas las naciones. Este testimonio de María tiene una importancia particular para el continuo crecimiento y expansión de la Iglesia. María es Madre de la Iglesia, porque es la Madre de Cristo”⁶⁴⁶.

Ofrendas. Consagración. Comunión. Termina la Misa. El Papa se va. Cuesta marcharse. La enorme muchedumbre se va disolviendo poco a poco. Alegría grande, en medio de la incomodidad de la hora y del paraje. Nuestra petición acompaña a la de Juan Pablo II: “Madre de la Iglesia, alienta a los fieles laicos (...); protege a las familias venezolanas para que sean verdaderas iglesias domésticas, donde se custodie el tesoro de la fe y de la vida (...); ayuda a los católicos a ser sal y luz para los demás, como auténticos testigos de Cristo (...); Reina y Madre santa de Coromoto, ilumina a quienes rigen los destinos de Venezuela, para que trabajen por el progreso de todos, salvaguardando los valores morales y sociales cristianos”⁶⁴⁷.

⁶⁴⁶ *Ibidem*, n. 4.

⁶⁴⁷ *Ibidem*, n. 6.